



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ : CUENTISTA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

CASAVANT, HENRI AIME DE

MÉXICO, D. F.

1962



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

CUENTISTA

1962

REPRODUCTION OF THE
ORIGINAL DOCUMENT
FOR THE RECORDS

TESIS DE HENRI AIME CASAVANT

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

m. 123890

XN62
C3
ej. 2



E. DE VERANO

N-506



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE HERENCIA
PARA ESTE NUEVO

INDICE

| | página |
|--------------------------------------|--------|
| LA VIDA DE ROJAS GONZALEZ | 1 |
| LA OBRA | 4 |
| IAS NOVELAS | 6 |
| La Negra Angustias | 7 |
| Lola Casanova | 10 |
| LOS CUENTOS | 11 |
| Historia de un Frac | 12 |
| . . . Y OTROS CUENTOS | 16 |
| Atajo Arriba | 16 |
| Pax Tecum | 18 |
| Las Rorras Gómez | 21 |
| No juyas, Nacho | 24 |
| El Loco Sisniega | 25 |
| El Corrido de Demetrio Montaña | 29 |
| El Guarapo | 31 |
| EL PAJAREADOR | 36 |
| El Pajareador | 36 |
| Guadalupe, el diente de oro | 38 |
| Kid Lancaster | 41 |
| Tragedia Grotasca | 44 |
| ¡Fuera con yo! | 46 |
| La Accesoría | 47 |
| El Caso de Pancho Planas | 49 |
| SED | 53 |
| La Restitución | 53 |

| | |
|----------------------------------|-----|
| El Retorno | 56 |
| Sed | 58 |
| Un Par de Piernas | 62 |
| Trigo de Invierno | 64 |
| Voy a Cantar un Corrido | 67 |
| Cuatro Cartas | 70 |
| Palomera López | 74 |
| La Caldera | 76 |
| La Celda 18 | 80 |
| Porcelana | 83 |
| CHIRRÍN Y LA CELDA 18 | 88 |
| Chirrin | 88 |
| CUENTOS DE AYER Y DE HOY | 92 |
| Silencio en las Sombras | 92 |
| El Honor | 96 |
| Una Cáscara en la Banqueta | 98 |
| Un Nuevo Procedimiento | 101 |
| Mateo el Evangelista | 103 |
| ¿Dónde está el Burro? | 104 |
| El Carro Caja | 107 |
| Los Dolientes | 111 |
| EL DIOSERO | 115 |
| La Tona | 115 |
| Los Novios | 118 |
| Las Vacas de Quiviquinta | 121 |
| Hículi Hualula | 123 |
| El Cenzontle y la Vereda | 128 |

| | página |
|--|--------|
| La Parábola del Joven Tuerto | 130 |
| La Venganza de "Carlos Mango" | 132 |
| Nuestra Señora de Nequetejé | 136 |
| La Cabra en Dos Patas | 138 |
| El Diosero | 141 |
| Los Diez Responsos | 144 |
| La Plaza de Xoxocotla | 147 |
| La Triste Historia del Pascola Cenobio | 150 |
| CONCLUSIONES GENERALES | 158 |
| BIBLICGRAFIA | 162 |

VIDA DE FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

En el panorama de la literatura mexicana contemporánea descuellan un autor tanto de novela como de cuentos y, en estos últimos, de manera especial en los cuentos campesinos. Es éste Francisco Rojas González.

Nació en Guadalajara en el Estado de Jalisco el diez de marzo de 1903. Era hijo de don Francisco Rojas y de doña María González, y era el mayor de siete hermanos: Roberto, Guillermo, Josefina, María, Luz y Aurora. Cuando vino la Revolución, su padre perdió su fortuna y su hacienda, pero poco después obtuvo un empleo como administrador de un latifundio en La Barca, pueblo cercano a Guadalajara. Su padre por supuesto odiaba a la Revolución maderista, pero su madre, en contraposición, era partidaria de ésta, y de su madre Rojas González heredó el deseo de ayudar a los pobres, a la gente humilde, a los descalzos; Rojas González siempre aprestó su pluma, su ingenio, y sus dotes de escritor para poner de manifiesto la vida miserable de esta gente.

De joven fue afecto al estudio; quería saber el porqué de las cosas, y se apartaba de sus compañeros para penetrar en los conocimientos que lo interesaban y que eran muy variados. Sus primeros estudios los hizo en La Barca hasta 1917. Después se

trasladó a la ciudad de México en donde ingresó en la Escuela de Comercio y Administración. Aquí, el trabajo le era fácil; doblaba los cursos, adelantaba según su capacidad y pronto terminó su carrera. Un poco más tarde se convirtió en el alumno predilecto de don Miguel Othón Mendizábal, profesor de Etnología en el Museo Nacional, y de allí proviene su gran interés en los indios de México. Tal interés se manifiesta en muchos de sus cuentos, pero principalmente en la colección EL DIOSERO, y en la novela LOIA CASANOVA.

Desde enero de 1920, estuvo empleado en la Secretaría de Relaciones Exteriores. En septiembre del mismo año, lo nombraron Canciller en Guatemala (1920-1922); más tarde fue Canciller en Salt Lake City, Utah; en Denver, Colorado, y en San Francisco, California (1923-1924). Fue diplomático hasta el año de 1935, pero ya desde 1932, la Universidad Nacional Autónoma de México lo había invitado a colaborar como investigador en Ciencias Sociales puesto en el que permaneció hasta su muerte.

Se había casado con Lilia Lozano el treinta de septiembre de 1933. Tuvieron tres hijos: Lilia, Marcela y Francisco. Como miembro preeminente del Bloque de Obreros Intelectuales, ocupó el cargo de redactor permanente de la revista Crisol. Trabajó por largos años en los principales diarios y revistas de México y fue feliz y aplaudido conferencista. Así recorrió todo México y Centroamérica. Fue también miembro distinguido de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Asociación Folklórica de México, de la Sociedad Mexicana de Antropología y de la Asociación Mexicana de Sociología, de la que había sido fundador. Como fruto de sus investigaciones en el terreno de la Etnología produjo sus "Cuatro cartas de

Geografía de las lenguas de México", "Estudios Etnológicos del Valle del Mezquital" en las Obras completas de Othón de Mendizábal; Estudio Etnológico de Ocoyoacac; dos tomos de Etnografía de México; el capítulo histórico-etnográfico de la obra Los Tarascos; la Carta Etnográfica de México (1949); y el Atlas Etnográfico de México (1941), auxiliado por otros investigadores y, como en todas sus obras anteriores, bajo la dirección de Lucio Mendieta y Núñez. Escribió también los capítulos relativos a la historia, en "Etnografía y Folklore", de la obra monumental Los Zapotecas. Por desgracia, dejó varios estudios sin terminar e inéditos algunos cuentos. Murió en Guadalajara el once de diciembre de 1951.

Nacido a principios de siglo, fue testigo infantil de las tácticas opresoras empleadas por los potentes contra el sumiso rebaño de siervos que, inclinados sobre la tierra, la fecundan con sudor y lágrimas; posteriormente, joven ya, pero fijas en su cerebro las amargas imágenes de su infancia, llega a México a completar sus estudios. Se incorpora a la diplomacia, y al entrar en contacto con el gran mundo, el panorama de su vida cambia bruscamente.

Poco impresionan a Rojas González el brillo de los salones o la oficiosa cortesanía de la gente que lo rodea en su nueva existencia, y pronto deja aquel medio para el desenvolvimiento de su idea de libertad. Entonces torna al campo, dueño de una preparación sociológica maciza, y se dedica a estudiar a fondo a las gentes del más bajo estrato cultural de México, los indios miserables a los que todavía oprimen las garras de la miseria, del vicio y de la incultura, muy a pesar del innegable progreso social y económico de este país.

Afecto a la poesía, su autor predilecto fue Enrique

González Martínez, quien también nació en Guadalajara, Jalisco, y que escribió principalmente poesía. Entre sus numerosos amigos, hombres de letras, descuellan Mariano Azuela (autor de Los de Abajo); Martín Luis Guzmán (autor de El Aguila y la Serpiente); Gregorio López y Fuentes (autor de El Indio). Patriota, no patriotero, se sentía conscientemente orgulloso de ser mexicano. Admiraba la arquitectura monumental, los grandes murales de José Clemente Orozco, de Diego Rivera, y de David Alfaro Siqueiros, no solamente por su habilidad técnica, sino porque consideraba en ellos la expresión de la situación triste del indígena y la sátira contra los políticos mexicanos. Le interesaba la literatura rusa, y leía a Fedor Dostoyevski y a León Tolstoy. Consideraba que había mucha semejanza entre el problema del campesino ruso anterior a la Revolución bolchevique y el del indio en México.

LA OBRA

Rojas González se dió a conocer en el mundo de las letras con una novelita de ambiente típicamente citadino: Historia de un frac (1930). El argumento de la obra se desarrolla en escenarios del gran mundo, en Londres y en México, para terminar entre los malolientes rincones de una casa de empeños. Aunque más tarde él consideró a esta su primera obra literaria, la peor de todo lo que escribió, los lectores de su época en ella vieron la iniciación de un escritor de la ciudad y años después él mismo la recogió en un volumen . . . Y OTROS CUENTOS (1932), media docena de narraciones cortas, casi todas de sabor campesino, en donde se ponían en evidencia el dolor, la desesperanza y la miseria de las gentes que vivían en los pequeños poblados, en los cascos de las haciendas de la época del latifundio, o en las

rancherías perdidas en la montaña o en el desierto.

Posteriormente, salió a luz *EL PAJAREADOR* (1934), otro manojo de cuentos situados también en el ambiente del campo, y que vino a confirmar a Rojas González como un cuentista del género campesino mejor que del medio característico de la ciudad. *EL PAJAREADOR* contiene siete relatos que tratan de la vida del campesino mexicano. Se pone de manifiesto en ellos que los campesinos trabajan horas y horas para los patronos y, con todo, viven y mueren en la misma angustiada miseria en que han nacido.

Con tales obras la crítica literaria lo consideró cuentista del género campesino, hasta que dió a la publicidad un cuarto volumen, *SED* (1937), en donde, al par que cuentos de claras características rurales ofrece otros aspectos puramente metropolitanos. Esta variedad en el género de las obras de Rojas González no dejó de extrañar a sus críticos; algunos llegaron a suponer que la ciudad había por fin reconquistado al cuentista, al grado de que compartía con ella y con el campo las preferencias en sus motivos literarios. En cuanto a los móviles de su ideología, diré que su pluma estaba al servicio de quienes padecen hambre y sed de justicia.

Vuelve de nuevo sus ojos a la montaña, al caserío y da a la literatura mexicana su novela *LA NEGRA ANGUSTIAS* (1944), Premio Nacional de Literatura de ese año. Ya no es el medio nativo — Jalisco charro, mexicanísimo y bravío — el que presta sus panoramas, sus tipos y sus fragancias a la imaginación creadora; ahora lo inquietan las tierras cálidas del Sur, donde fructificó la Revolución en el clima fecundo de aquellas latitudes. También en 1944 apareció CHIRRIN Y LA CELDA 18, que incluye dos cuentos largos.

En 1946 se publica CUENTOS DE AYER Y DE HOY que reúne 25 cuentos, algunos de los cuales habían sido publicados en periódicos y revistas; otros eran inéditos. Todos los personajes de estos cuentos son humildes y actúan en su ambiente.

LOIA CASANOVA, que trata del choque entre el blanco y el indio, aparece en 1947 y con HISTORIA DE UN FRAC y LA NEGRA ANGUSTIAS integra la obra de Rojas González en el campo de la novela.

Después de la muerte del autor, en 1952 fue publicado EL DIOSERO, una colección de trece cuentos que enmarcan temas en el panorama de toda la República. En esta colección Rojas González deja adivinar su posición contra el trato abominable de que han sido objeto los indios y su situación económica y social, y la consagración que él hizo de su vida a combatir tal injusticia; su obra, tanto la de carácter narrativo como la científica, tuvo como objeto ayudar a estos desvalidos. Aunque en su obra se limita casi a la pura exposición de los hechos, afirma que del bajo nivel de los grupos indígenas no se les puede culpar a ellos, sino a una organización política que les niega sistemáticamente la oportunidad de mejorar su situación.

IAS NOVELAS

De las tres únicas novelas de Rojas González, las dos últimas aparecen muy distantes de la primera con la cual inició su carrera literaria; ésta, Historia de un frac, se dió a la luz pública en 1930, mientras LA NEGRA ANGUSTIAS fue publicada en 1944 y sólo tres años después, en 1947, salió LOIA CASANOVA. Historia de un frac suele ser tratada por los críticos como "novelita". Por esta razón, la incluyo dentro del grupo "novela" aunque en efecto considero, con algunos de los críticos, que en realidad es un cuento y como tal voy a tratarlo

en este estudio.

IA NEGRA ANGUSTIAS (1944)

En el Concurso Nacional de Literatura convocado por la Dirección de Acción Social del Departamento del Distrito Federal con motivo de la Tercera Feria del Libro, IA NEGRA ANGUSTIAS obtuvo el premio ofrecido. Es una "novela de la Revolución" en la que llega a ajustarse a los ideales del caudillo revolucionario Emiliano Zapata, que parece ser el héroe especial de la negra Angustias.

Fue Emiliano Zapata el primer defensor de la Reforma Agraria. Los problemas económicos de los campesinos parecían no poder resolverse jamás; eran el punto saliente de las preocupaciones del caudillo de la tierra; la escasa paga que mantenía al jornalero en la miseria y que creaba una cadena interminable de sujeción al amo, una verdadera esclavitud, da a Zapata la inquietud que lo hace resumir la expresión de sus ideales en el Plan de Ayala. Propone en este plan la distribución adecuada de la población para lograr así una explotación racional de las riquezas naturales del país. Su grito era ¡Tierra y Libertad! . . . y fue también el grito de los soldados de la Negra Angustias.

Rojas González, como tantos escritores mexicanos de su época, no se mantuvo ajeno a la crisis social y política de su pueblo. Se distinguió primero dentro de la literatura de contenido social -- sus cuentos -- y posteriormente emprendió con éxito la novela de asunto revolucionario. Con IA NEGRA ANGUSTIAS, Rojas González descubrió una perspectiva aún no explotada: la de las mujeres que intervinieron en la lucha. El tema de esta novela es el de la vida de una mujer que fue coronela de un grupo de zapatistas. Tiene una cierta historicidad. Se desenvuelve la acción en las campañas de la Costa

Chica (Guerrero). Rojas González conoció a esta mujer que fue amiga de los caudillos de la Revolución sureña tales como Emiliano Zapata, Ambrosio Figueroa, etc. Dice el autor que la inspiradora para su *Negra Angustias* fue una mujer llamada Remedios Farrera, una de las que empuñaron el 30-30 en defensa de las ideas de libertad. LA NEGRA ANGUSTIAS constituye un estudio psicológico de la heroína desde sus años mozos en Mesa del Aire hasta su casamiento con un menguado maestro a quien conoció durante la Revolución. En esta novela aprendemos cómo influyó la Revolución en mujeres como Angustias, a quien no sólo la transforma físicamente, sino que también modifica su psicología. Joven, era pastora de cabras. Con ellas se había familiarizado y muchas la obedecían al ser llamadas por el nombre que ella misma les había puesto. Las bramas de los chivos la espantaban y ella los odiaba, sobre todo cuando murió una cabra favorita suya al dar a luz a dos cabritos. Desde entonces, su odio hacia los machos se recrudeció, y los perseguía y los golpeaba con filosos guijarros.

El padre de Angustias, el mulato Antón Farrera, es dueño de una historia bronca y sombría. Eustemio Reyes pide a Angustias como mujer para su hijo Rito. El padre, aunque aprueba el matrimonio de Angustias con el hijo del más rico ganadero de Mesa del Aire, respeta la negativa de su hija y la boda no se hace. La actitud del pueblo no es igualmente comprensiva y las murmuraciones florecen en mil infamias. Doña Crescencia, la bruja del pueblo, pretende limpiarla de sus "defectos" por extraños rituales.

Un día, cuando ya es joven, guapa y garbosa, el boyero Laureano trata de raptarla; ella lo mata y enloquecida huye a las montañas. Unos hombres la encuentran y la llevan ante el Jefe Efrén el

Picado que pronto se enamora de ella. Pero Efrén ya tiene una amante, doña Chole, que se pone muy celosa y ayuda a Angustias y a Güitlacoche a huir. El Güitlacoche ya está enamorado de Angustias y quiere casarse con ella, pero ella empieza a comprender que su belleza y su garbo tienen voz propia y muy potente, y empieza a ser brusca y altanera. Juntos llegan a Real de Ánimas, donde hay muchos hombres que hablan de la Revolución. La Angustias oye los relatos de las luchas que la deciden a declarar que es la hija de Antón Farrera, acerca de quien hay leyendas. Los pobres conocen el nombre de Antón Farrera; el entusiasmo de la gente se desborda; al grito de ¡Viva la negra Angustias! salen los hombres, encabezados por la ya "Coronela Angustias".

Vive Angustias muchas aventuras; se torna dura y autoritaria; la Revolución le proporciona la oportunidad de dar rienda suelta a sus más bajos instintos, hasta el momento en que decide que debe aprender a leer. Para enseñarle viene un joven maestro de Cuernavaca, Manuel de la Reguera y Pérez Cacho. Poco a poco, la Angustias se enamora del maestro, y acaba por casarse con él. Casi de súbito la Angustias se transforma de hombruna en dulce y sumisa. Ahora no es "La Coronela Angustias" de la Revolución, sino una mujer enamorada y una madre buena y alegre.

En LA NEGRA ANGUSTIAS sobresale por su autenticidad la pintura de escenas típicas: las plazas de los pueblos, los mesones, las mancebías. El autor trata problemas económicos y sociales en esta obra. Parece comprender perfectamente la psicología de los pueblos, donde a todos parece interesarles más la vida de sus vecinos que la propia; inventan historias, en este caso para explicarse la conducta de Angustias. Según ellos, la Angustias debe tener motivos oscuros,

secretos borrosos, cosas ocultas o ¿cómo podría ella rehusar a Rito Reyes, un hombre entero y capaz de darle gusto en todo? Y se explican el caso por las más infames fantasías.

En su última novela, *LOLA CASANOVA* (1947), Rojas González narra la vida de su protagonista entre los indios seris de Sonora. Lola Casanova añade un cuadro a la que pudo llegar a ser una galería de heroínas femeninas que se inició con la Negra Angustias pero fue interrumpido por la muerte del autor.

Lola Casanova es hija de españoles residentes en Guaymas. Su padre, catalán de inteligente iniciativa, tiene una casa que todo el mundo señala como una de las más hermosas y más antiguas de Guaymas. Pero es afecto al juego y cuando pierde una fortuna en el naufragio de un vapor de Oriente, trata de recuperarla jugando con el capitán Néstor Ariza, que ya está enamorado de Lola. Casanova no tiene suerte, y pierde su casa.

Entretanto, Lola se ha enamorado de Juan Vega, hermano de su amiga Luisa, pero cuando sabe que su padre está en una situación desesperada, decide sacrificarse, y acepta casarse con don Néstor, hombre para quien más de una vez ha hecho pública su antipatía. En el viaje de Guaymas a la ciudad de los naranjos, Hermosillo, donde Lola y Néstor piensan casarse, Lola es raptada por los indios seris quienes por venganza contra Néstor atacan a la comitiva nupcial y matan a muchos de las personas del acompañamiento. Esto ofrece a Lola una oportunidad para escapar del matrimonio ominoso. Adopta pues la vida errante de los seris que la han raptado y llega a ser la mujer del caudillo Coyote, y aún la redentora de esta tribu pues a la muerte de Coyote guía a los seris y funda un pueblo.

Aunque el ritmo de la novela parece a veces un poco lento, en realidad entraña problemas psicológicos más arduos y profundos que los tratados en el ambiente revolucionario de LA NEGRA ANGUSTIAS. Ahora traza una estampa de la vida de una ciudad mexicana de hace cien años y, lo que es más difícil, describe las costumbres de los indios seris con los que llega a vivir su heroína. Pero no ha fracasado su empresa. Las escenas iniciales de Guaymas son interesantes y flúidas y los cambios de escena entre Guaymas y el campamento de los indios seris muestran la habilidad técnica del autor. La naturaleza se presenta como un personaje que siempre está en escena. La tierra y el mar forman parte de la tragedia constituida por la muerte de Coyote. La narración de la vida de los seris y de sus aventuras, pese a su lentitud o quizá por ella misma, tiene el atractivo de llevar al lector el conocimiento de aquella tribu orgullosa y perseguida. Sin duda alguna, los estudios sociológicos y antropológicos de Rojas González le han sido preciosos, y gracias a ellos y a su talento novelístico, sus reconstrucciones pueden considerarse fieles y expresivas. Rojas González parece decir en LOLA CASANOVA que la solución al problema étnico de México es el mestizaje. Como la Negra Angustias, Lola tiene una extraña y extrema flexibilidad para mudar radicalmente su carácter, para convertirse a otro tipo de existencia, el opuesto. El cambio no es tan incongruente ni tan inopinado en Lola como en Angustias, pero sí es asombroso.

LOS CUENTOS

Francisco Rojas González fue más fecundo como cuentista que como novelista. Antes de su prematura muerte en diciembre de 1951, ya había dado a las prensas cinco volúmenes de cuentos, y en 1952

apareció su obra póstuma, EL DIOSERO, una colección de 13 relatos. Aunque, por la gran variedad de temas que aborda, su producción es difícil de clasificar, se puede decir que propende a presentar asuntos de los que son sus protagonistas preferidos, seres y grupos humanos que viven en la más abyecta pobreza, que son explotados injustamente, que subsisten como por milagro. El grupo étnico que más lo interesa es el indio, y él es su héroe literario. Aun cuando nos presenta un ambiente distinto, como en Historia de un Frac, sus simpatías están con el protagonista desafortunado: en este caso, el pobre Frac. Por lo general Rojas González aprovechó sus altas dotes de observador y de escritor para presentar literariamente las angustias de los humildes y las tragedias de los pobres y de los miserables de la vida. Ésta, la primera producción literaria de Rojas González, salió en 1930. Es el cuento que gustó menos al autor; lo escribió como una diversión. El título explica exactamente de qué se trata: es la historia de un frac inglés que nace en el taller de una sastrería elegante de Londres, la sastrería "Regent Square", de aquellas a las que se permite que pueden anunciarse como lo que es, proveedora de la Casa Real. Dice el frac que su padre es un sastre rubio y su madre una escocesa buena y cansada por el duro trabajo de echar al gran mundo prendas elegantes. Así se puede ver que nuestro amigo Frac procede de cuna aristócrata, pues muchos de sus hermanos mayores han lucido en fiestas elegantes, aún en fiestas reales. Ya dada la última puntada, llevan a Frac ante el modisto en jefe, que es el técnico del corte, la suprema autoridad de la línea. Sale Frac muy bien de la prueba; hasta nota que le hacen algunas alabanzas por su excelente factura. Colocan a Frac en un maniquí y lo ponen en un sitio preeminente en el aparador central,

acompañado de sus hermanos menores, Pantalón y Chaleco, y los tres hacen un conjunto encantador, pero pronto Frac se da cuenta de que también en el aparador está Vestido de Calle o Americana, traje ridículo y antipático que le hace una mueca plebeya. También está Jacquet, curioso individuo que saluda a Frac con protocolaria caravana. A su espalda está Breech, traje de montar también usado por "la gente bien". Además hay cuellos de etiquetas y bastones de malaca.

Pasan los días, y una tarde su amigo Breech le llama la atención sobre una rara pareja que se asoma al escaparate. Él es un señor de tipo bajo, gordo, y metido en un vulgar abrigo oscuro. Este señor lleva un sombrero de fina calidad zambutido hasta las orejas, una corbata que parece un arco iris, y en un dedo un brillante que lanza chispas groseras. La pareja parece fijarse en Frac, y después de charlar un poco, entra en la tienda. Aún reían Breech y Frac cuando un dependiente quita a Frac del maniquí y lo lleva a la sala de prueba. Allí está esperándolo la pareja extravagante, el hombre en mangas de camisa y la señora volviéndose loca al verse retratada en los cuatro espejos de las paredes. Después de mucho esfuerzo, el señor se metió en Frac y le hizo perder sus líneas tan bellas. El dependiente se deshace en cumplidos, diciendo que Frac da al señor una línea elegante que lo hace lucir. Hablan en una lengua extraña y, al fin, el hombre sin decir una palabra al vendedor paga el importe y se lleva a Frac. Breech llora, Jacquet le hace una reverencia a Frac, y Americana lanza una carcajada satírica. Los compradores son mexicanos y pronto salen de Londres, la Meca de los dandys y los gentlemen.

Estamos ahora en México. El propietario de Frac es Diputado, según le informa el patriarca del guardarropa, un viejo saco

de dril desteñido. Esta noticia tranquiliza a Frac y le hace pensar que ha caído dentro de la aristocracia de México. Pronto se da cuenta de que en México, país en que no es extraño ver al siervo de ayer convertido en el amo de hoy y viceversa, no hay aristocracia. Del patriarca del guardarropa procura informarse de los usos y costumbres del país, y aprende que en México el frac no es muy usado; tal noticia le agrada, pues su vida será de poco trabajo. Pasan semanas antes que el amo saque a Frac del guardarropa; llega el momento y, después de arreglarlo, lo pone a horcajadas en el respaldo de una silla, donde Frac espera intranquilo hasta que el amo llega del Parlamento. Pero el diputado ha engordado, y el pobre Chaleco es abierto a tijera por la espalda; Frac se hace lo más elástico posible, pero cuando el amo se dirige al espejo, Frac ve que el diputado tiene puesta una corbata de estrambre rojo y negro. El pobre Frac se desmaya y vuelve en sí en una sala muy bien alumbrada donde las mujeres parecen algo menos que verdaderas damas. Cuando está la fiesta en su apogeo, se presenta frente al diputado un sujeto, también en traje de etiqueta, que gritando "¡Reaccionario, retrógado, reeleccionista!" dispara. La bala atraviesa la solapa izquierda de Frac. . .

Muerto el diputado, Frac vuelve al ropero, pero poco después, éste es vendido, y Frac colgado en una percha cubierta con una cortina de tela floreada. Un día, oye que el ama habla a la criada y dice que tiene que empeñar algo o no podrán comer en la mañana siguiente. La criada sugiere que se puede empeñar la "leva" del amo (insulto para Frac), y así Frac llega al empeño donde el dependiente lo llama "levita", otro golpe para Frac. Y allí en un rincón sucio y maloliente se queda Frac, con vulgar cobertor encima, mordido por los roedores,

y picado por los bichos, amigos del cobertor.

Comentario

Con graciosa ironía y de modo muy compacto nos describe la sociedad de Londres y la de México. Satiriza al príncipe inglés que tan frecuentemente cae del caballo, que las caídas llegan a ponerse de moda entre la aristocracia inglesa, por lo que se augura para Breech un futuro muy accidentado. Extiende su sátira contra los burócratas de México que pretenden siempre cambiar su plan de vida, tratando de pasar por lo que no son.

Como dije antes, con este cuento Rojas González hizo su presentación literaria; después Historia de un Frac pasó casi inadvertido durante 15 años hasta que, por fin, su tema fue aprovechado para la confección de una película muy buena titulada Tales of Manhattan (Seis Destinos) que produjo la Compañía Fox, y que dirigió Julien Duvivier. El plagio de Historia de un Frac fue tan evidente que el autor protestó. La Compañía Fox echó la culpa al coproductor; éste resultó insolvente. Lo malo del caso es que el autor no había registrado su propiedad de esa obra literaria, y la Compañía Fox no quiso aceptar la responsabilidad moral que tenía de concederle los derechos de autor.

. . . Y OTROS CUENTOS

. . . Y OTROS CUENTOS (1931) incluye Yo pienso que que atribuye al poeta Miguel D. Martínez Rendón, por lo cual no voy a tratarlo. También incluye Historia de un Frac que ya traté antes a propósito de su publicación en 1930. En esta colección Rojas González cultiva alternativamente los de ambiente campesino y los de la ciudad, aunque predominan los de ambiente campesino. Sus personajes son los peones miserables que habitaron los pueblecillos, haciendas, y ranchos durante la época del pleno esplendor del latifundismo.

Atajo Arriba

Atajo Arriba es un cuentecito rápido, de un momento supremo en la vida de dos hombres: el amo y el peón. Atardecía; la cigarra cantaba su oración de la tarde; se oía el mugir del toro en brama; el atajo subía, subía. . . hasta perderse allá en la cumbre en el rojo de los rayos del sol que declinaba. El jinete, el amo, monta en buen caballo, y el peón va tras la junta de bueyes. El peón saluda al amo que pronto empieza a regañarlo por no desuncir en el potrero y cargar él los aperos. El pobre peón protesta que después de barbechar quedó tan cansado que no pudo más. Pero el amo, pensando más en sus animales que en el hombre, se enfurece y golpea al gañán con la hoja de su machete. El campesino lanza un ronco grito que corta la canción de la cigarra; aun los pájaros, asustados por el grito, dejan sus nidos y vuelan con todas las fuerzas de sus alas. El campesino piensa en que los bueyes comen más que él, pero que el respeto al amo, la tradición de siglos se impone. . . Se deja azotar; la tormenta de

cintarazos sigue cayendo sobre la espalda sangrante; levanta la cara hacia el amo, quizá en demanda de misericordia. Al ver el sol y la enrojecida cumbre de la montaña, súbito, la sentencia de los curas: ". . . y jamás levantes la mano a tu patrón, que es la representación de la divinidad en la tierra." le parece una doctrina absurda, y en su rostro impávido hasta ahora, se dibuja una mueca; la mueca se transforma en gesto enérgico: el gesto del rebelde. Olvida la tradición, lo que le han enseñado; se acuerda del hambre, de los sufrimientos, de las humillaciones pasadas, de los derechos de ser humano que nunca ha tenido. Con un gesto violento, arranca de las manos del amo el machete enrojecido con su propia sangre, y derriba de un solo tirón al jinete. La hoja se vuelve obediente, pero esta vez no de plano sino de filo, corta el aire y se hunde en la carne blanca ¡una, dos, tres, diez, cincuenta veces! . . .

La mano no se contiene hasta dejar en el camino una masa informe de la que escurre tanta sangre que la tierra blanca del atajo se hace roja, roja. . . roja como la cumbre de la montaña que tiñe el sol poniente. El hombre aspira a pulmón lleno; amontona sobre el cuerpo arado, yugo, conyundas, y cadenas; con un puñado de hojas de jara limpia la del machete; salta a los lomos del caballo del amo, y camina cuesta arriba.

Cuando los vecinos del rancho vienen al lugar, allá en la cumbre no ven más que un jinete rojo que cruza frente al sol, y cuando preguntan por el vil asesino, los rancheros contestan: "Pos quién sabe, amo, se jué atajo arriba." Y el maestro del pueblo agrega: "¡Y se perdió en el sol!"

Comentario

Este cuento ilustra la sentencia de Gracián: "Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Lo malo, si breve, no tan malo." Aquí se trata de lo bueno breve. Deja ver la simpatía de Rojas González por los pobres, por los humildes. El maestro del pueblo ha empezado a sembrar en la mente de los campesinos la idea de los derechos de los seres humanos contra la vieja tradición de sumisión ciega a la autoridad, sea la del padre, la del amo, la de la iglesia, y aún la del estado. Nuestro campesino, impulsado por el tormento físico estalla en acción violenta, inesperada, rebelde, bien comprendido por los otros campesinos que fingen no saber nada del asesinato. El cuento es conmovedor y significativo en el hecho de que el campesino deja sobre los despojos del tirano los símbolos de su esclavitud.

Pax Tecum

En Pax Tecum, Rojas González vuelve al pueblo en busca de escenario. Una frase llena el pequeño mundo del protagonista del cuento: "Es un hombre que por sus bondades no es para esta tierra." La frase se refiere al señor Obispo, que pronto va a venir a visitar la escuela en que estudia el joven. Él nunca ha visto al señor Obispo, y todos los elogios que de él oye fortalecen su deseo de conocerlo. Todas las maestras, la Directora, y aun la portera de la escuela alaban al prelado. Los compañeros son más felices porque ya conocen al prodigio; ya han besado sus manos, y un muchacho, el más afortunado, ha tenido la suerte de tomar el lazo de su mula para que él se apease. Llega el día en que el joven no puede contener su curiosidad; necesita saber algo más; tiene que familiarizarse antes que el obispo llegue a la escuela. Por saber más, se atreve a preguntar a su maestra. Ella

empieza por las alabanzas de siempre: el espíritu sutil, el gran talento, la sublimidad extraordinaria; pero pensando que el joven no entiende nada de lo espiritual, describe lo material del Obispo: y ¡vaya si ella se ha fijado bien en la apariencia física del señor Obispo! El muchacho nota que al describir al hombre, la maestra, llena de entusiasmo, mueve sus grandes ojos negros y relame sus labios. Eso no tiene significado para él, cree en el prodigio, y poco a poco crece su ansia; en las clases está distraído pensando en el momento de besar aquella diestra llena de bendiciones y olorosa a incienso. . . Cuando la profesora enseña a la clase el himno de bienvenida, la voz-cilla del muchacho adquiere raros timbres que a él mismo lo sorprenden por lo bellos, y un calosfrío corre por su cuerpo en un éxtasis casi divino.

Al fin, una mañana llena de sol, sale de su casa con su corazón infantil lleno de emoción; ha llegado el día. Las calles están adornadas; las muchachas están ataviadas del mejor modo posible; los muchachos, bañados la víspera, se cuidan para no ensuciarse; y la escuela está en el colmo del lujo y del buen gusto. Ya viene la señal de que el cortejo de Su Ilustrísima se encamina a la escuela, y, por fin, después de media hora de esperar, el cortejo dobla la esquina y llega. El himno llena las cuatro paredes del salón, los profesores corren de un lado a otro, y el cortejo entra en la sala en una nube de humo perfumado y un sonar de campanillas. Ahora se puede ver al prodigio, hombre alto, de pelo castaño claro, de ojos azules. Marcha arrogante, sonriente, con mirada dulce; su mano larga y fina se posa de vez en cuando sobre la cabeza de algún niño, cuyos ojillos están rasos en lágrimas. Llega al solio, alza la mano y da la bendición

episcopal a la asistencia que espera de rodillas. Después los niños desfilan uno a uno para besar el anillo pastoral, pero cuando le toca el turno a nuestro joven, quiere ver de cerca los ojos claros, tranquilos, llenos de misticismo, de divinidad. Al levantar la vista para ver al Obispo, descubre que esos ojos, poco antes de dulce mirada azul, se han transformado en acerados con extraños reflejos, su boca se pliega en un rictus indescriptible, y su rostro pálido y seráfico antes, se colora intensamente. El joven sigue la mirada del Prelado, y la encuentra clavada en su maestra, que, con el pretexto de arreglar un adorno, ha trepado a una silla y muestra los encantos que siempre guarda tan discretamente. Vuelve el muchacho a ver al Obispo y nota la perturbación de éste: su mano suda y tiembla, su voz se estremece cuando dice el ritual "Pax Tecum". El joven decepcionado, sin besar el anillo episcopal, tras un gesto de repulsión baja en carrera las escaleras del solio.

Después de la reprimenda, la maestra sigue hablando de los atractivos físicos del Obispo. Al pensar en ello, el joven llega a la conclusión de que el hombre de los ojos color de acero y mirada caprina no puede ser diferente del dulce Obispo de manos taumaturgas. Es su primer paso hacia la liberación del espíritu.

Comentario

En este cuento se puede ver el genio de Rojas González para penetrar en la mente, en el espíritu de sus protagonistas. El pobre muchacho idealista sufre su primer desencanto; aprende que en el mundo no hay ángeles, que los santos son muy raros; no comprende que en esta vida no todo es o blanco o negro, sino que entre ambos hay varios tintes de gris. El pobre pasa por una dura prueba. El autor parece

expresar que los jóvenes a veces perciben y entienden a los adultos con una agudeza y una sutileza que asombran. Es un cuento tierno; está escrito en primera persona. ¿Se podría pensar que el joven del cuento es el autor mismo y el relato una de sus propias experiencias?

Las Rorras Gómez

El tercer cuento de la colección es Las Rorras Gómez. Una noche el narrador y un amigo suyo están en una cantina. El amigo se fija en la mesera de rostro prematuramente ajado. Se puede ver que había sido bella, aunque ahora nada logra rejuvenecer la cara tris-tona: ni los afeites baratos, ni el brillo artificial de sus inmensos ojos claros, ni aquellos labios pintados que al plegarse dejan ver una fila de dientes de oro verdoso a fuerza de escasez de quilates. El amigo adivina la tragedia en esta cara, y ella le pide al autor que relate al amigo lo que de ella ya conoce: su dramática historia que, considera ella, si saliera de sus propios labios no sería creíble. El autor narra y de ahí proviene Las Rorras Gómez.

Una de dos gemelas muy parecidas, — ésta la más hermosa de las dos — ambas hermosas hasta llamar la atención, eran las Rorras de las mejores familias de Pueblo Nuevo; eran las primeras a ser invitadas, eran las más atendidas y las que más entusiasmaban a los jóvenes. La hermana, más alegre aunque menos bella, platicaba con su novio por la gran ventana enrejada hasta muy entrada la noche mientras la otra rezaba; también ella tenía novio, pero nunca se les vió en la ventana.

En 1917, cuando don Venustiano juraba y perjuraba que el país estaba en paz, José Inés García Chávez merodeaba por la región de Los Altos y causaba muchos daños. Un día, Pueblo Nuevo fue el elegido,

y las hordas de Chávez se lanzaron a la nueva aventura. La racha chavista cayó sobre el pueblecillo indefenso que confiado se dedicaba a cultivar sus campos, a cantar sus canciones, y a admirar la belleza de sus mozas, entre las que ocupaban envidiable lugar las Rorras Gómez. Los vecinos hicieron lo que pudieron para defender al pueblo, pero los apetitos insaciables, la saña feroz, y el número de atacantes se impusieron; los vecinos se retiraron, primero hasta la plaza y después hasta el campanario que constituyó el último reducto. Los disparos se hacían más escasos y la gavilla preparaba el saqueo. Chávez y los suyos conocían la fama de las Rorras y una veintena de los bandidos se disputaban el paso del portón de su casa; la puerta saltó hecha pedazos; la avalancha penetró en la casa; y ¡no hallaron a nadie!

Los hombres se deshacían buscando. Sedientos de lujuria, por el momento olvidaron la rapiña aunque ropas, muebles y hasta joyas estaban al alcance de sus manos. Sólo unos cuantos se entregaron al saqueo. Por fin dieron con la bodega; fueron allí, esperando hallar entre las cajas y sacos de grano el precioso botín. Lo que encontraron fueron dos cajas de tequila que a toda prisa consumieron. Ya se preparaban a abandonar la casa cuando alguien notó que se movía un ladrillo en la pared de enfrente. Pensó en los efectos del tequila, pero otro y otro vieron lo mismo, hasta que todos observaron el fenómeno. Alguien arrancó el ladrillo y vió que no era ladrillo sino una tabla pintada de color de la pared.

Del hueco salió un grito que corearon todos con gusto: ¡por fin, las Rorras! En efecto, allí estaban. Los padres las habían dejado allí con su vieja nana, considerando que era éste un buen escondite, pero esta Rorra, la mesera, fue la culpable de que las

descubrieran. Era tanto su miedo que quiso atrancar el postigo con una larga vara y al intentarlo, movió la puertecilla. Lo que siguió se puede adivinar: la pared fue derrumbada; las Rorras fueron sacadas a la fuerza, y allí, sobre los casos de grano, se consumó el hecho. . . primero uno, después otro, luego otro y otro y otro. . .

El General Diéguez rescató al pueblo; su ataque por sorpresa impidió que las Rorras fuesen llevadas a la sierra por los chavistas. El pueblo entero lloró la desgracia. Cuando salieron del hospital de Guadalajara, a la otra Rorra la hizo formal su novio. Ahora vive en un rancho, llena de hijos, descuidada y fea. Pero ésta no quiso volver a su novio y se dió a la vida. . .

En ese momento, la mesera interrumpe y declara que no ha contado lo principal. . . porque él no lo sabe. Dice que cuando atrancaba la puerta, no era por miedo por lo que temblaba su mano, sino que. . . pues. . . su novio era muy tímido, y ella tenía ganas de desmayarse entre los brazos de un hombre fuerte, fuerte. . . y entre los chavistas había muchos hombres fuertes. . .

El amigo bebió de un solo trago todo el ponche de su copa. . . y la Rorra Gómez tuvo esa noche los brazos de otro hombre fuerte.

Comentario

El clímax de este cuento sorprende al lector. La mesera es la Rorra cuyo novio nunca se veía a la ventana; ¿era ella tan devota! ¿Quizá rezaba por su hombre fuerte? No podemos decir que Rojas González haga un estudio psicológico de la protagonista, pero sí vemos que entendía la psicología de mujeres como la Rorra, y nos presenta la verdad desnuda. No trata de sermonear, sino simplemente observa y relata: deja al lector sus propias conclusiones. Vemos

aquí una muestra de la madurez de su comprensión, pues, si no simpatizaba con todos los variados tipos de personas que existen en este mundo, a lo menos captaba su existencia y los entendía.

No juyas, Nacho

No juyas, Nacho es el cuarto cuento de esta colección.

Empieza con una conversación entre Nacho y su padre; de ella se deduce que el padre se opone a la boda de Nacho con Chole, porque el amo Toño la codicia y don Melesio, padre de la muchacha, propicia la situación. Ningún razonamiento convence al muchacho y el padre cede, diciendo que irá a pedir a Chole, y ¡que Dios lo ayude!

Se casan Nacho y Chole. En dos meses Nacho sospecha que su padre tenía razón en lo que objetaba, y que el suegro insiste en vencer a la hija en favor del amo. Nacho espera a don Melesio en el potrero de Palo Alto, y cuando lo ve venir, con la coa, de un solo golpe, le parte la cabeza como una calabaza madura. Vienen luego los insultos del amo. Se descubre el plan de éste con don Melesio para acusar de robo al muchacho. Toño impide a Chole que aclare los hechos que ella bien conoce. Pone a Nacho en manos del teniente para que "se haga justicia". El plan está hecho: Nacho tratará de huir, le aplicarán la ley fuga, quemarán su casa. . . Chole lo ha oído todo. . . Por el camino real, entre dos filas de soldados camina el miserable Nacho. En la distancia una gran columna de humo se alza hasta el cielo, y se puede oír la voz aguda de una pobre mujer que grita desesperada: ¡No juyas, Nacho. . . no juyas. . . !"

Comentario

En este cuento el autor se sirve de conversaciones para

exponer su tema, y éstas bastan para que el lector comprenda perfectamente lo que sucede. Es un cuento conmovedor, inquietante, que llena al lector de aversión por la injusticia de los hombres. Mucha compasión sentimos por el pobre Nacho, y mucha conmiseración por la Chole, víctima inocente de las pasiones humanas: la lujuria de Toño, la codicia de su padre, y la venganza de Nacho. También aquí es evidente el interés y la simpatía de Rojas González por los desdichados, por las víctimas de la injusticia. Usa el lenguaje apropiado a sus personajes; se hace sensible su comprensión de las miserables condiciones de la vida de los peones y su aversión por los poderosos amos que podían disponer de sus peones como si fuesen animales; critica de modo implícito a la sociedad que permitía la existencia de tales condiciones. Como lo hace siempre, no predica, simplemente observa y narra, pero por los sucesos que relata y por la naturalidad de su estilo captamos fácilmente los sentimientos que la narración encierra.

El loco Sisniega

El loco Sisniega es un cuento de la Revolución. Cuando don Antonio Sisniega, afamado como rico, se atreve a cruzar la calle real, todas las ventanas se abren y las vecinas tienen mucho que comentar: no aprueban el traje de don Antonio, un viejo vestido pringoso. Dicen que se está pudriendo en oro, mientras el buen padre Lozano no puede conseguir dinero para terminar el templo de San Pedro. El pobre don Antonio sigue su camino, sin fijarse en que es objeto de tanto interés y de tanta malicia. Los chicos que salen de la escuela lo insultan repitiendo lo que han oído en sus casas, pero Sisniega sigue sin notar los gritos de los chiquillos. En la puerta de la

cantina está el grupo acostumbrado de vagos que se divierten con las gracejadas de Hilareis, vago que es cargador de oficio, ingenioso de nacimiento y "mariguano de alma". Cuando pasa don Antonio, Hilareis repite por centésima vez el chiste que los divierte tanto. Hilareis se desprende del grupo, se destoca, y con el sombrero en la mano derecha, hace una ridícula reverencia al avaro, y le dice: "Lo que gusta dar." ¡El colmo de la espiritualidad! ¿Verdad? . . . pero un chiste que vale las carcajadas de la tertulia ignorante y grosera. El avaro emprende la huida, mientras Hilareis grita más groserías.

En las tertulias de la cantina se habla de Villa, "el Chivo Encantado", y de sus hazañas que habían llenado de pavor a los pueblos del Bajío. Dicen que en días pasados en la Hacienda de la Luz, echó al administrador; que en Santa Rita cargó con todas las muchachas, y tras de vaciar las trojes, las quemó; y que derrotó a las carrancistas en los llanos de Buenavista. Parece que "tiene ganas al pueblo, porque quiere ver a sus soldaderas tapadas con los rebozos de las muchachas del pueblo." La gente acomodada sale del lugar; los de la clase media buscan refugio en casas de aspecto miserable, y los pobres siguen siendo los mismos. El presidente municipal, hombre bueno, pasa a ver a don Antonio para avisarle que debe salir del pueblo porque seguramente Villa le va a exigir un préstamo forzoso y, como el avaro lo va a negar lo fusilarán.

Sisniega decide que no puede o no quiere huir con su tesoro; tampoco quiere dejarlo y así se queda en el pueblo. Al día siguiente, al pardear, Sisniega hace su primer viaje a las afueras. Vuelve con los pies empolvados; entra en su casa y sale de nuevo; sus movimientos son torpes como si cargase bajo su capa un bulto pesado. El amanecer

lo sorprende en el sexto viaje. Lleva en sus zapatos tierra del camposanto.

Se oye el grito de "¡Viva el Chivo Encantado! ¡Que viva Villa!" y su pandilla entra en el pueblo a matar, a saquear, y a sembrar tras sí la desolación. Entran violentamente en la cantina, corren ríos de tequila, los hombres ríen, gritan, cantan la canción guerrera acompañada de alaridos salvajes. Un grupo de impacientes sale de la cantina y van a la tienda principal, donde el dueño implora, pero "pronto lo convencen con una corbata de ixtle". La turba se esparce por el pueblo, y después se oyen disparos aislados, gemidos, gritos, súplicas e imploraciones. En el portalito roncan las soldaderas, soñando en el rebozo de seda tantas veces prometido.

Sólo el sol no interrumpe su vieja carrera; brilla de nuevo en las ruinas del pueblo. Una columna de humo gris sube al cielo, y de los árboles penden los cuerpos de los vecinos más conocidos. Un grupo marcha al panteón; en medio del grupo está Antonio Sisniega. Los soldados tratan de hacerle decir en dónde escondió su dinero, pero él dice que si lo tuviera lo daría para salvar la vida. Lo llevan al álamo. . . donde ya ha enterrado su tesoro. . . y están a punto de fusilarlo cuando se dan cuenta que se acercan a toda velocidad "los carranclanes". ¡Fuego contra ellos! y en la conmoción, olvidan a Sisniega.

Don Antonio pasa horas y horas vagando alrededor de las tapias del camposanto; en la noche regresa al pueblo. Entra por la calle real, y su presencia asombra a todos. El no responde a las preguntas, ve como ven los locos y babea como babean los idiotas. Ahora todos los sentimientos hacia él son de compasión. Aun los

muchachos que salen de la escuela lo ayudan a cruzar las calles y los vagos de la cantina tienen frases compasivas para él. Pero Hilareis sonríe maliciosamente.

Un día, Hilareis se presenta en la puerta de don Antonio, hace su grotesca reverencia, y en voz alta con acento intencionado le dice, mostrándole un puñado de tierra blanca: "Mire, mi patrón, la saqué de las raíces del álamo del panteón. . . ¡Lo que usted gusta dar!" Poco después Hilareis se compra un gran traje de charro, y emborracha a sus amigos de la cantina. El padre Lozano todavía no ha reunido la suma necesaria para terminar el templo de San Pedro. Las beatas han perdonado a Sisniega que sigue loco. Sólo Hilareis ha descubierto el modo de vivir sin trabajar y sólo Sisniega sabe lo caro que le cuesta este secreto.

Comentario

En El loco Sisniega, Rojas González nos da un cuadro del pequeño pueblo en donde todos se ocupan en la vida de sus vecinos; las viejas comentan todo acerca de Sisniega; los chicos también se meten en el asunto, insultando al viejo. Los vagos de la cantina, vulgar y grosero gentío, como siempre celoso del que tiene más, se burlan de él y lo ridiculizan. Hay que admitir que el avaro es en sí ridículo al soportar los chistes, los gritos, y los insultos sin defenderse pero ¿quién sabe cómo obtuvo su dinero? Es posible que haya trabajado muy duro, pero sí parece que quiere más a su dinero que la dignidad de un ser humano. Al mismo tiempo, Rojas González nos enseña algo del terror de las luchas, de la rapiña, del saqueo; algo de la injusticia, de los sufrimientos de la gente, sobre todo de los pobres sin recursos para huir. Y ¡qué irónico resulta que el desvergonzado Hilareis sea

el que descubre el secreto de Sisniega!

El corrido de Demetrio Montaña

El corrido de Demetrio Montaña es otro cuento de la Revolución como Las Rorras Gómez y El loco Sisniega. Demetrio Montaña es un hombre honesto y por eso la comunidad agraria le tiene gran confianza, sobre todo porque es él quien, desde el 6 de enero de 1915, ha propugnado más porque se dotara de ejidos a la ahora floreciente colonia. Los campesinos lo respetaban y lo querían, los terratenientes y sus secuaces lo odiaban. Una mañana Demetrio se encuentra en pleno camino portador de un pliego que lo acredita como delegado de su Comunidad ante la gran convención campesina que se verificará en la ciudad cercana. Allí, él habla mucho, discute, reprueba, aplaude, hasta tener la convicción de que ha cumplido con su deber. . . La última sesión termina tarde; aunque la noche está encima, Demetrio desea volver a Chona "su vieja", y acariciar a sus hijos. Sus compañeros le aconsejan esperar hasta la mañana, pues con los cristeros el camino no será seguro de noche. Demetrio no quiere escuchar y se encamina al rancho.

En el camino Demetrio piensa en la última convención, en sus triunfos en la tribuna, en lo que contará a sus representados, entona una canción. . . El caballo conoce el camino y sigue adelante rienda floja. . . Demetrio acaba por dormirse. De pronto, un grito enérgico, seco, cruel le hace llevar instintivamente la mano a la pistola. Al abrir los ojos, ve contra su pecho numerosos cañones de mausser y alguien le ordena gritar "¡Viva Cristo Rey!" Atado ya y a pie es conducido a Mirandillas a donde llega extenuado.

Volvemos a encontrarlo cuando vuelve en sí en un recinto

oscuro y mal oliente que reconoce como la troje de la hacienda. Por un sacerdote que se presenta sonriendo beatíficamente sabe que será fusilado como enemigo de los cristeros. No valen sus protestas ni sus explicaciones. Accede a confesarse, pero "la confesión" toma un camino extraño: el de la política y por allí habilmente es llevado por el sacerdote a admitir su posición de agrarista contra los cristeros. Ya está dispuesto el cuadro. Demetrio se coloca frente a la línea de tiradores. El individuo que daba órdenes se dirige al cura, y saludándolo, dice: "A sus órdenes, mi general". ¡El cura-general da la orden de fuego! Y meses después, el mariachi hace popular en el bajo el triste corrido de Demetrio Montaña. . .

Comentario

Aquí tenemos otro cuento de Rojas González sobre su tema predilecto: la injusticia, y la miseria y los sufrimientos de la gente. El protagonista es más inteligente que los de otros cuentos, en general, de esta colección. Tiene su propio ranchito, ha luchado por la libertad, la comunidad agraria lo quiere. Y por hombre bueno que es, es sencillo y no se da cuenta de la astucia del cura que viene a confesarlo. En primer lugar, el cura llama culpas a la actividad de Demetrio en la lucha; dice que siempre habrá amos y siervos, y que lo contrario es ir contra la Santa Doctrina. Esto es evidentemente un credo falso. Luego, no parece interesarse en los pecados de Demetrio, sino que le pregunta acerca de algo con lo que nada tendría que ver un verdadero sacerdote: sus actividades políticas. Es curioso que el cura rechaza el nombre de cristeros y exige el de Soldados de Cristo. Pone de manifiesto la actitud totalmente negativa del sacerdote que lejos de dar consuelo al prisionero, lo engaña a las

puertas mismas de la muerte. ¿Por qué camino ha llegado un sacerdote a creer que tiene el derecho de disponer de la vida de un ser humano, olvidando uno de los más importantes Mandamientos de la Ley de Dios, la ley que debe predicar a los fieles y de la cual él tampoco está exento? El autor no contesta esa inevitable pregunta, pero sí logra pintar a un sacerdote repugnante. Parece la protesta del escritor contra los sacerdotes que se salen del marco propio de su ministerio bajo el pretexto de convertirse en soldados.

El Guarapo

El último cuento de la serie es El Guarapo. Es el cuento de un jovencito que con su padre visita un trapiche; su padre quiere enseñarle el proceso de elaboración: primero guarapo, después cachaza, luego melado, después melcocha, y por último, piloncillo. Los trabajadores desnudos son los batidores; tienen la piel curtida y la cachaza hirviendo les levanta ampollas. Al ver el molino, el hombre sigue hablando, pero la muela hace tanto ruido que el niño casi no puede oír a su padre. El ruido lo espanta y se abraza a las piernas de su padre. Dos enormes cilindros giran uno sobre otro, los obreros alimentan la gran máquina y los gruesos tercios de caña desaparecen entre los dos cilindros, produciendo ruidos que dan calosfríos: parecen quejidos humanos. Los visitantes dan una vuelta alrededor del estridente aparato. Por un lado sale el bagazo que muchos hombres llevan afuera para secar. Por el otro lado sale un líquido zarco, delgado, que corre haciendo burbujas: es el guarapo. Un obrero obsequia una caña tierna al muchacho. El padre y el hijo huyen del ruido y se apartan a un lejano rincón de la fábrica donde el padre dice la historia de Estanislao.

Una mañana Estanislao el mayordomo del trapiche paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las puntas de su jorongo cuando, en una de tantas vueltas una racha más fuerte impulsó las puntas del jorongo hasta los cilindros que las aprisionaron. El mayordomo trató en vano de quitarse el gabán; gritó pidiendo auxilio y algunos trataron de ayudarlo pero llegaron tarde. La gran máquina lo había devorado con la facilidad con que devora la caña. Cuando los peones rodearon la muela, el guarapo ya se había convertido en sangre, y los bagazos eran de caña y de carne. Pararon la máquina, y algunos piadosos recibieron en botes de petróleo las entrañas machacadas; el guarapo enrojecido ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Éste, satisfecho de que nada hubiera ocurrido a la maquinaria sólo comenta: "¡Qué lástima! ¿Qué le vamos hacer?" y ordena que sigan adelante. No importa que el guarapo lleve la sangre de Tanilo. El proceso continúa. El molino alimentado con nueva caña produce el jugo zarco, espumoso, que ahora empuja hasta el tanque el último cuajarón de sangre de Tanilo mientras aquí y allá entre bagazo, sale un guiñapo de su gabán de colorines.

Florentino, "el más letrado", el que usa pantalones de mezclilla y zapatos anchos, porque ya ha estado en el Norte, encabeza la comisión de trabajadores que vienen a pedir al patrón ayuda para la viuda de Tanilo. El patrón entreve como amenaza eso que Florentino aprendió en el Norte: una compensación. Le conviene ceder; sí, la viuda tiene derecho. De la consulta de sus libros, descubre que el día del suceso la molienda aumentó en media arroba y ésta le pertenece

a la viuda. Ordena que le den su importe. También ordena que Florentino se quite esos pantalones y esos zapatos porque hombres vestidos como él y con ideas como la que importó de Estados Unidos inquietan a la gente. Huarache y calzón blanco es lo que allí se debe usar.

En una paliacate colgado en un rincón de la casucha hay un poco de piloncillo; la viuda lo puso allí; es su "compensación". Más tarde el cura fue a bendecir el trapiche y roció la muela con agua bendita. Volvemos a la realidad con los visitantes; el padre pregunta al chico si no ha olvidado la lección. No, no la ha olvidado: primero guarapo, después cachaza, después. . .

Comentario

Como en Las Rorras Gómez, en El Guarapo tenemos dos cuentos: el del joven que visita el trapiche con su padre y la tragedia de Tanilo el mayordomo. Creo que lo que más impresionó al jovencito no fue la lección; lo impresionó la horripilante muerte de Tanilo. Es notable la crueldad del padre o por lo menos la desconsideración para su hijo. Indudablemente es torpe relatar sucesos tan dramáticos a un chico capaz de asustarse por el ruido del molino. Tal vez la intención del autor sea la de censurar el desacierto de los padres al poner a sus hijos delante de situaciones que los traumatizan.

En cuanto a la historia misma de Tanilo, es otra muestra de la inhumanidad del hombre para el hombre. El patrón no sacrificará la molienda porque más le importan sus intereses que la pérdida de una vida humana, la de un obrero fiel. Pero en Florentino vemos una chispa, aunque débil, de la esperanza que promete mejorar las condiciones de los miserables. Florentino tiene ideas que "pueden inquietar a la gente"; esas ideas y muchas otras son las que más tarde harán

estallar la Revolución.

Comentario sobre . . . Y OTROS CUENTOS

En . . . Y OTROS CUENTOS Rojas González presenta su recurrente tema del pobre, del miserable explotado, tales como: el peón cruelmente castigado por el amo en Atajo arriba; Nacho y Chole, víctimas de la vileza de Toño y del servilismo de don Melesio en No juyas, Nacho; el miserable avaro don Antonio, burlado por el listo Hilareis en El Loco Sisniega; Demetrio traicionado por el sacerdote-general en El Corrido de Demetrio Montaña.

Aparecen dos prelados en esta colección de cuentos: uno en Pax Tecum, el otro en El Corrido de Demetrio Montaña; ambos desagradables aunque el Obispo, por "lo humano" es casi agradable. El sacerdote-general no sólo es antipático sino monstruoso. Tampoco es fácil deducir cuál es la verdadera posición del autor en cuanto al Obispo, al sacerdote-general, y a la Rorra que tanto rezaba. ¿Escribe acerca de la reacción del Obispo como crítica a un prelado que en esos momentos debería tener la atención fija en sentimientos puros de éxtasis religioso, y no en pensamientos sacrílegos de lujuria? ¿O quiere decirnos que todos, aún los más religiosos, tenemos nuestras tentaciones por ser seres humanos? ¿Y qué hay respecto del sacerdote-general? No sabemos si censura o si intenta significar que en ciertas circunstancias los clérigos no solamente tienen el derecho sino el deber de salir de su propio marco para proteger a la mayor parte de la gente. En cuanto a la Rorra, es curioso que él escoge a la rezadora para transformarla en la que se dedicó "a la vida". Me gustaría saber si el autor, de este modo, hace una crítica de la religión, o si quiere decir que en todas partes, a todas horas, siempre tenemos

que luchar contra los malos pensamientos, contra las tentaciones, y contra la disposición humana a olvidar los mandamientos de Dios.

No aparecen en persona los jefes de las tropas; ni José Inés García Chávez en Las Rorras Gómez, ni Pancho Villa en El Loco Sisniega, ni el autor descubre en ninguna ocasión sus sentimientos o sus opiniones acerca de las pandillas de bandidos, de raptos y de asesinos que raptan a las mujeres, matan frecuentemente por el puro placer de matar, y hacen sufrir tanto a tantos. No aparecen las convicciones políticas del autor pero sí su comprensión del pueblo. Exhibe un tierno entendimiento de la juventud; sabe penetrar en el alma y en la mente de sus dos muchachos: el jovencito de Pax Tecum y el de Guarapo.

Pese a la abundancia de su imaginación, no excluye la posibilidad, para el lector, de desplegar la suya propia; más bien, la provoca. No sermonea, no dice nada contra el Obispo, o la Rorra, o el avaro Sisniega, o el sacerdote-general, pero abre el camino al lector para que ejerza sobre ellos su juicio personal. Narra y nos deja la oportunidad de hacer conclusiones propias.

Dice José Mancisidor¹ a propósito de . . . Y OTROS CUENTOS: "sencillamente conmovedores, inquietantes, amargos y tiernos a la vez, hincados terriblemente en el alma mexicana."

1. Mancisidor, José, "Pancho Rojas González", El Universal, p. 3., 12 Nov., 1931.

EL PAJAREADOR

La colección de cuentos titulada EL PAJAREADOR apareció en 1934. Contiene ocho cuentos, pero uno de ellos, El guarapo, ya había aparecido en 1931 entre los de la colección . . . Y OTROS CUENTOS.

El primer cuento de la colección es el que la titula. Por necesidad de sus padres, un joven va un día a trabajar en el potrero ajeno como pajareador. Es una mañana risueña y calurosa, y va por la vereda muy contento; el viento sopla, hay flores al lado del camino, y abajo se puede oír la canción del arroyo. Lleva el morral del bastimento pendiente en la espalda y la honda liada a la cintura.

Aquella mañana rodea por el guardaganado y llega tarde al potrero; ya hace una hora que sus compañeros han principiado el trabajo. Cuando lo ven llegar tarde, los otros muchachos se ríen y el mayordomo le dice que debe pasar por el portillo del "lambadero", porque dar vuelta por el guardaganado resulta muy largo. Después de esperar un momento para que satisfagan su curiosidad los muchachos, el mayordomo grita con energía: "¡Sobre los tordos, muchachos!"

Los niños se esparcen por el potrero armando una gritería infernal, mientras lanzan pedruscos que levantan nubes de tordos hambrientos; y gritan los muchachos, "Ey, jaley. . . jaley. . . jaley. . .!" La bandada de pájaros se alza unos pocos metros para volar un trecho y volver a caer sobre las espigas de cebada madura.

El oficio no es difícil de aprender y pronto el "nuevo" encabeza al grupo de pajareadores, gritando con todas sus fuerzas, y tronando a más y mejor la punta de la honda en cuyo tejido su padre había pasado la noche en vela. Durante la primera hora de labor, la

cosa va muy bien; le divierte ver cómo, a su grito, las negras aves dejan la pitanza y se echan a volar, pero poco después lo choca la insistencia de los animaluchos que parecen burlarse del celo de la muchachada. Muy pronto la terquedad de los tordos lo pone corajudo y redobla sus gritos y sus esfuerzos. Cuando los rayos del sol caen sobre su cabeza como una tormenta de puñaladas, empieza a sentir cansancio. La garganta se le seca, el brazo se cansa, sus pies descalzos resbalan sobre los surcos, mientras filosos guijarros se clavan en las carnes tiernas, y el brillo inhumano llega hasta su cerebro. Cuando llega la hora del almuerzo, se deja caer en el suelo y como no siente apetito, permite que sus compañeros den cuenta del bastimento. Momentos después, vuelve al trabajo. Las piernas sangrantes se niegan a sostenerlo y los tordos aprovechan la derrota del más enconado de sus perseguidores y llenan el buche a su entero gusto. De vez en cuando se oye el grito penetrante de los pajareadores: "Ey. . . jaley. . . jaleyyy. . .!"

La jornada termina al pardear la tarde. Los tordos emprenden el vuelo hacia la montaña y los muchachos se agrupan para regresar al rancho. Echan a andar con rumbo al portillo del "lambedero" y por allí salen al camino real. Todos cantan menos el "nuevo" que, rendido, camina tras el grupo. Las canciones de sus compañeros lo llenan de tristeza .que, unida al cansancio y al dolor, lo hacen sentirse enfermo. Cuando aparecen las casas del rancho, el cansancio lo hace caer sin sentido, y ni aun sabe quién lo lleva en brazos hasta el jacal de sus padres.

Su madre le da una friega con manteca de res; le mete los pies en agua tibia y le pone en las sienes chiquiadores de ruda, todo

mientras ella reza tres salves y dos credos. Su padre, mientras acaricia la cabeza de "Coyote", el perro del hogar, piensa en lo que van a pagar al niño el sábado; con eso, podrá echar maíz al solar.

El chico, tendido en el petate sueña que gigantescos tordos le picotean las piernas y le saltan los ojos y que el calor del sol se le mete por las venas hasta abrírseles. En la garganta del niño enfermo como un ronquido suena: "Ey jaley. . . jaley. . . jaleyyy. . . !"

Comentario

Sorprende encontrar aquí a un mayordomo que no es cruel; éste habla paternalmente al niño que llega tarde al trabajo. La pobreza de los padres exige que el niño trabaje en vez de gozar de los pocos años infantiles antes de hacer frente a la realidad de la vida. La decisión de los padres lo pone en contacto con lo que tendrá que conocer más tarde: el sol, la tierra, y el agua. Lo trágico en este cuento está en la paradoja que ofrece la actitud del padre frente a la triste condición del chico. Aquél acaricia al Coyote y acaricia también la idea de la paga que al fin de la semana recibirá el pequeño. Éste sufre el dolor de sus primeros esfuerzos. . . y tendrá que volver al trabajo.

Guadalupe, el diente de oro

Viene luego el segundo cuento de esta colección: Guadalupe, el diente de oro. Siempre que llega Guadalupe el buhonero, todas las mujeres suspenden el trabajo para verlo pasar y saludarlo. El conoce a todas y les da los buenos días; tiene una palabra para cada una. El sábado cuando "el gritón" llama a los peones a recibir su salario, Guadalupe empieza la venta. Tiene dos o tres piezas de manta, retazos de percales floreados o cambayas de ínfima calidad, rebozos de

hilo, espejos pequeños, agujas de varios calibres y muchas cosas más. Se pasea de un lado a otro sonriendo y hablando, mientras las mujeres rodean el puesto, mirando hasta que se atreven a acercarse.

Los hombres recogen los escasos centavos con que se pagan sus seis jornadas de sol a sol; luego van por el puñado de maíz que les toca y se reúnen con las mujeres. Una de ellas pide a su marido que le compre un espejo como le prometió desde el día en que se casaron. Después de regatear, el marido compra un espejo, y los dos se alejan contentos. El Tío Lucas observa que Guadalupe necesitará para el año siguiente una mula, pues el negocio crece.

Pasa el año y la profecía del Tío Lucas se cumple con exceso: Guadalupe aparece con dos mulas y montado en enorme penco. Ahora la sonrisa de Guadalupe es más amplia y deja ver que ha tapado su vieja desmoladura con un diente de oro. Esto entusiasma al Tío Lucas. Es el segundo diente de oro que ve en toda su vida y "¡Lo que inventan!" Guadalupe anuncia que sólo viene de paso porque ya es agente viajero de las "Fábricas de Francia", y que trae magnífica mercancía. Ahora va a Ayo, pero les enseñará lo que lleva para que conozcan cosas de lujo. A poco el puesto de Guadalupe se ofrece todo entero a la curiosidad campesina pero ya ha corrido en el rancho la noticia del diente de oro, y desde temprano los hombres y las mujeres van para mirar juntos el prodigio. Rodean al comerciante y lo contemplan extasiados. Él no desperdica oportunidad para reír con toda la boca y casi nadie se fija en las ricas mercancías que exhibe. Todos miran, preguntan, comentan y con la fresca de la tarde, Guadalupe se va satisfecho diciendo adiós al Tío Lucas.

"Dios te bendiga, Guadalupe 'El diente de oro'" dice el

Tío Lucas.

Al amanecer, una cuadrilla de peones da con él. Quedó tirado a un lado del camino, con la cabeza sumergida en el agua del vallado. Cuando levantan el cuerpo, descubren la boca abierta por la mandíbula descoyuntada a fuerza de golpes. Junto a una piedra ensangrentada aparecen varios incisivos. Falta el diente de oro. En el monte están las mulas con toda su carga; no les falta ni un pelo. El caballo está junto al cadáver.

El Tío Lucas comenta: "¡Quién le manda traír tesoros en el hocico!"

Comentario

Este cuento sugiere dos ideas: el peligro que entraña ser diferente; y la magnitud de lo que evoca la malicia, la codicia del hombre. En nuestro cuento ambas circunstancias derivan del diente de oro del pobre Guadalupe. El comentario "¡Quién le manda traír tesoros en el hocico!" del Tío Lucas es el reflejo de la actitud a la vez ingenua y morboza de la gente del pueblo para quienes un trocito de metal precioso, por lo raro que es en su medio, aparece como más importante que las mulas, el caballo, y aun las "cosas de lujo" del cargamento de Guadalupe. También en esto podría descubrirse la constante posición de Rojas González frente a los campesinos en lo que parece su afán de presentarlos como buenos, simples y, en suma, simpáticos. Pues aunque no parece justificar el crimen, (en ningún caso justifica o condena; sólo insinúa), en la exclamación del Tío Lucas está la justificación, aunque sólo sea válida dentro del círculo de esa gente pobre y alucinada por su propia sencillez. Guadalupe el diente de oro, tanto como el loco Sisniega provoca su propio castigo; éste por su avaricia;

Guadalupe por su ostentación.

Kid Lancaster

Kid Lancaster es uno de los pocos cuentos del escritor que no tratan de las miserias de los pobres: el protagonista del cuento es el Lancaster Kid, un caballo inglés de carreras.

El día en que el Lancaster Kid llega a Negrete, la estación está decorada, hay flores, música, y el bule tequilero pasa de mano en mano y de boca en boca. El actual dueño de Lancaster Kid, descontento porque los caballos criollos han defraudado sus esperanzas y vaciado su billetera cuando él les puso en los lomos la fabulosa apuesta, importó de Halifax aquel ejemplar con la intención de ganar listones y echar por tierra famas y fortunas ajenas.

Cuando Lancaster Kid llegó de México, había mucha gente en la estación. Lancaster Kid venía dentro de una amplia jaula de madera que bajaron con cuidado. Todos los rancheros querían verlo. Cuando el potro se sintió libre, estiró los remos, sacudió la crin e hizo unas cabriolas. Sintiéndose admirado, golpeaba el piso con los cascos, co-leaba graciosamente, y concedía a los rancheros el placer de alisarle el pelo fino y brillante. A leguas se veía que venía de buenos padres. El entusiasmo se desbordaba en elogios y alabanzas.

Cuando el narrador y su tío recorrían los maizales, el tío se prometía apostar al Lancaster Kid todo el producto de la siembra, y Águila, el peón de estribo a su vez "echaría sus cuarenta pesos en las pezuñas del caballo gringo". Llegaba al pueblo gente de todas partes para ver crecer al potro; crecía él y con él crecía su fama. Se pase-aba petulante, orejeando, como para captar el más mínimo elogio.

Meses antes del de diciembre, en el que se efectuaban las

carreras, se descubrió el posible rival allá en Guadalupe de Lerma. El rival se llamaba "Turco" y era prieto, zaíno, y cabezón, de origen muy modesto: su padre era un viejo garañón y la madre era una yegua greñuda y despreocupada de la que se decía que más de una mula había visto la luz por causa de sus descabellados amores. Los que son autoridades en esas cosas decían que Turco sería un buen rival de Lancaster Kid. Los fanáticos solían irse por diferentes caminos; los unos a admirar las petulancias del inglés, los otros a ver el entrenamiento del criollo. La pugna que primero fue de los partidarios de dos caballos, muy pronto se generalizó a dos regiones: los Altos con Turco, el Bajío con Lancaster Kid. La puñalada y el balazo delimitaron trágicamente los campos y el camino real aumentó su colección de cruces. Luego la división llegó a clases: la gente acomodada favoreció al inglés; los de abajo concentraron su entusiasmo sobre los lomos de Turco.

Llegó diciembre "forrado de alegría" y, por fin, las carreras. Cuando Lancaster Kid hizo su aparición, los de sombra lo recibieron con estruendosos aplausos, mientras los asoleados le armaban estridente rechifla. El Turco llegó ante la indiferencia de los partidarios del inglés, pero fue saludado por sus amigos del modo más afectuoso. Vino un alteño a proponer apuestas, el tío puso cinco mil pesos y Águila cincuenta, en favor del inglés. En eso llegó a oídos de la gente la decisión del juez: a Turco le daban de ventaja el lado de la vera. Luego vino la carrera vertiginosa, indescriptible: antes de llegar a media pista Turco sacaba a su adversario más de medio cuerpo y cuando el criollo hundía las manos en la meta, el inglés trotaba más de seis varas atrás. El tío entregó la ganancia al alteño y

Águila decía entre dientes: "¡Ya me las pagará el endino!"

Vino 1914 y la ametralladora demostró su prestigio de gran perforadora de vientres a lo largo del país. Entretanto Lancaster Kid pasaba la vida a semejanza de sus amos acomodados, mientras Águila buscaba venganza. "¡Le he de pelar los lomos!" le oían decir sus compañeros. Después de mucho rondar por el establo del caballo ricachón, una mañana el rancharo salió jinete en la bestia importada. Cuando Águila se incorporó a su ejército, el animal iba ya lleno de espuma. Después, muchos cientos de kilómetros pasaron bajo las pezuñas del infeliz caballo, y cuando por fin Águila lo desensilló, había en su lomo tremendos túneles hechos por los gusanos. "¡Esto no vale ni diez pesos. . . ! le dijo Águila. . . Me debes todavía cuarenta. . . Más los cinco mil del amo don Ruperto. . . ¡Echa tus cuentas!"

Una tarde cuando la gente de Negrete se escondía en el más apartado de los cuartos, mientras afuera tronaba fuerte balacera por la llegada de los revolucionarios, el "buen" Águila apareció. Su pelo gris le bajaba hasta los hombros, y vestía traje de kaki tan ajustado que a leguas se notaba que "el difunto era más grande." Traía un bulto sanguinoliento de olor fétido. Moscas verdes y panzudas lo seguían. En la acción de Cerro Colorado, Lancaster Kid había fruncido el hocico por última vez, abatido por los impactos de una descarga. Águila había vengado así a don Ruperto y como prueba le llevaba algo para que se hiciera unas chaparreras de cuero inglés. Tiró en medio del cuarto una piel alazana, clareada por las balas y por los gusanos. Águila se conformó con una toquilla que tejió con las cerdas del caballo.

Comentario

Este es un cuento gracioso aunque cruel, que a la vez descubre las pasiones de los campesinos. Las miserias y los sufrimientos no son aquí los de la gente, sino de Lancaster Kid, la víctima. Lo trágico de este cuento no es la guerra, que apenas se esboza como fondo, sino la crueldad ejercida contra el inocente animal. La imagen de Negrete con su estación engalanada para la llegada del inglés, y la de la feria pueblerina, son muy gráficas por las expresivas descripciones, que son del pueblo y del campo, motivos preferidos del autor. Águila no solamente se venga a sí mismo, sino que también le importan los cinco mil pesos del amo. Es ésta una modalidad psíquica que no hemos hallado antes en los peones con respecto al amo. El amo es también diferente de los que hay en los otros cuentos: bueno, amable, humano en su trato para el servidor.

Tragedia Grotasca

Tragedia Grotasca es la de un empleado que después de pasar la vida en una oficina es despedido cuando llega a viejo.

El señor Careaga era uno de esos raros empleados que en cuanto el reloj daba las nueve ponía en movimiento la pluma y a la una en punto, no antes, terminaba su trabajo. Tras de revisar su obra de toda la mañana, dejaba limpio el pupitre y ordenados los documentos que tenían que quedarse allí. El jefe de sección le decía que era de los insustituibles y Careaga respondía: "Se hace lo que se puede." Luego iba al perchero, tomaba su paraguas, su sombrero, y su abrigo; limpiaba sus zapatos y salía después de decir: "¡Hasta la tarde, señores!" Así pasaron quince años.

Los compañeros de la oficina sabían que era viudo y que

su única compañera era una hija demente. Todos le consultaban los puntos difíciles; para todos él tenía una respuesta y una sonrisa. No influían en él las alabanzas que todos le prodigaban y trabajaba sin siquiera levantar la cabeza.

Nunca se le oía una queja, aunque a veces los ojos amanecían enrojecidos por el desvelo. En charlas con el Oficial Primero afirmaba que se consideraría absolutamente feliz mientras tuviese fuerzas para ganar el sustento de su hija. El Oficial Primero le decía que era la flor y la nata del empleado público. Careaga continuaba su trabajo, contento y seguro.

Un día algo hizo palidecer a todos, desde el mozo de oficina hasta el jefe de Sección: ¡Nuevo ministro! No había quien no pensara en el cese. Sólo Careaga seguía tranquilo. En su opinión los únicos que debían temblar eran aquellos que no cumplieran con su deber. Como siempre, a las nueve en punto, un día ocupó su silla y se disponía a cambiar pluma al grueso mango cuando se dió cuenta de un sobre amarillo que estaba en su mesa. Sacó sus antiparras, las limpió, abrió el sobre . . . Cuando terminó la lectura, levantó la vista y se dió cuenta de que todos sus compañeros lo miraban con tristeza. Luego, pálido y tembloroso, bajó la cara. La explicación del jefe fue que hubo quien había informado que su calidad de buen trabajador había bajado con los años y que además, el nuevo Ministro tenía muchos compromisos y . . . naturalmente. . .

Careaga salió de la oficina tambaleante, cómico, ridículo; ya no había que decir a sus compañeros "hasta la tarde" o "hasta mañana" acostumbrado. Dijo, "Adiós, señores!"

En la mañana, un empleado vecino de Careaga trajo la

noticia: cuando el pobre viejo salió de la oficina, al cruzar la calle, fue alcanzado por un auto. Hicieron una pobre colecta entre los empleados y uno de ellos comisionado para contratar el servicio funerario. Todos recordaron las excelencias de Careaguita. Alguien se atrevió a decir que no fue el golpe del auto lo que mató a Careaga, sino el que había sufrido en la oficina; ese paralizó su corazón.

En la pobre casa de Santa María la Redonda, una pobre loca pide a gritos el sedante beso paternal.

Comentario

Es grotesca la tragedia del empleado viejo, que confiado y seguro de que no le faltará el sustento para la hija en quien cifra su felicidad, pierde el empleo. ¿Porque con los años ha bajado la calidad de su trabajo? ¿Porque hubo cambio de Ministro? Tras la muerte del pobre hombre viene la tragedia mayor, la de la pobre loca, para quien ya no hay ni amparo ni cariño. La comprensión que el autor exhibe aquí, del empleado constante y fiel que "hace el viaje de la vida en tercera clase", se entiende claramente derivada de propia experiencia como empleado público. Es evidente que conoce a este tipo de trabajador que, ingenuo, confía su seguridad a sus méritos.

¡Fuera con yo!

¡Fuera con yo! es un cuento bastante curioso. No tiene conversaciones, el tema es simple: la descripción de una mina y de los trabajadores, y el "grito de aviso".

El tiro de la mina es profundo y oscuro, y cuando, en primavera, el sol está a plomo, los hombres allá en lo hondo sueltan picos y barretones para levantar la cara y mirar el disco rojo tan lejano.

Después siguen su labor y a borbotones sale el diálogo impulsado por los pulmones abolsados por la silicosis. Por fin, después de ocho largas horas de trabajo, los hombres estiran los brazos en cruz, y empieza el ascenso por la escala vertical, trescientos metros hasta la superficie de la tierra. Cuando a veces, se les escapa de las manos un instrumento, el grito de aviso es: "¡Fuera con la linterna!"; "¡Fuera con la pala!"

Una noche, cuando el gusano de hombres sube, se oye un alarido de espanto y luego el reglamentario grito de aviso. Los mineros voltean la cara contra la pared y el gusano se contrae horriblemente. Unos, inmutables ven pasar el cuerpo que con fuerza de proyectil cae para estrellarse en el vientre de la mina. El alabado de todas las noches se estira por la calle real hasta llegar al río; en el oído de los mineros queda clavado como estaca el último grito de aviso: "¡Fuera con yo!"

Comentario

Este cuento aunque difícil de clasificar, me parece uno de los más trágicos. Hay escaso diálogo, unos pocos renglones, no más. Tanto la situación del miserable, que sin duda extenuado por el duro trabajo, no acierta a asegurarse en la subida y cae como el inmenso dramatismo del "¡Fuera con yo!", constituyen situaciones conmovedoras por lo fuerte y lo brutal.

La Accesoría

La Accesoría es un cuento bastante difícil de narrar pues el diálogo que constituye su mayor amplitud parece incongruente, y lo es en realidad, por el dolor que impide a los padres razonar frente

a la niña muerta.

Esta accesoria es igual a todas. Está en un callejón de barrio pobre de la ciudad; en la esquina hay una cervecería en donde la radiola devana "abandonados" y "borrachitas", y en medio de las cuatro esquinas hay un foco eléctrico de escasos voltios. En el callejón hay oscuridad espesa. Cuando sale de la cervecería un obrero tambaleante prendido del brazo de una compañera siempre ocasional y ambos entran en el callejón, la accesoria siente rubores. Entonces se da cuenta del papel que tiene encomendado, y estrecha con ternura a la gente que vive en su interior.

Pero aquella noche la accesoria está triste. Por la puerta entreabierta entra hasta su corazón un aire frío que hace parpadear las velas de cebo que rodean el cadáver de una niña. Poco a poco, tras mucho divagar y ante el pensamiento de lo que pudo ser si ellos hubieran sido ricos y si hubieran muertos antes que la niña, concluyen que la vida es siempre dura. Vueltos ya a la realidad, el zapatero termina su trabajo y hacen cuentas de la paga que por él recibirán y de los veinte reales que habrá que pagar por el cajón, y de los veinte pesos de la fosa. . . "para el pobre hasta la muerte resulta un lujo. . ."

El viento sopla y la accesoria tiembla; mientras la mujer duerme, el hombre, llevando consigo el par de zapatos que ha terminado, echa a andar calle abajo hacia la cervecería de la esquina. Cuando sale de allí, ya no lleva los zapatos pero en cambio su paso es tambaleante y, aún el viento sopla y la accesoria tiembla; allí está el cadáver; la mujer duerme.

Comentario

El diálogo entre el zapatero y su mujer se desenvuelve como dije antes: de modo en apariencia incongruente. Los razonamientos del uno y de la otra acerca de si los ricos son más o menos infelices ante la pérdida de un hijo, van evolucionando en fuerza de sus argumentos hasta llegar a la conclusión de que el cadáver que al principio consideraban "más feo" si era el de un pobre, es igualmente rígido sea de pobre o sea de rico. Esto, a sus ojos, iguala ambas condiciones ya que para ellos esa rigidez parece que duele. El falso argumento de que el dolor de los ricos es menos amargo porque tienen riquezas para consolarse, argumento tan popular entre los pobres, es puesto por el autor en boca de sus personajes sin agregar comentario alguno. A pesar de toda la filosofía simple y humana a que el hombre y su mujer han llegado, él parece compadecerse de sí más que de ninguna otra cosa. Busca el alcohol para olvidarse de los gastos de la sepultura del cuerpecito y de la pena de su mujer y aun de la niña muerta. Todo desaparece ante su afán de consolarse a sí mismo.

El caso de Pancho Planas

El caso de Pancho Planas es el último cuento de esta colección.

En el andén de la estación hay mucha gente que se despide de sus amigos. El narrador, desde el primer momento, ve en Pancho Planas a un tipo extraordinario, magnífico, de los que ahora parecen seres fabulosos, muy alejados de nuestros tiempos. Viste de manera un poco exótica y tiene sólo una pierna; la que le falta está sustituida con "pata de palo". Mira por la ventana y de improviso trata de abrirla. El narrador le ayuda y cuando el vidrio está abierto, la amistad se establece. Pancho compra enchiladas y ofrece una al

narrador; cuando termina las suyas ofrece al narrador un trago de tequila; después de beber, él comienza a hablar. El tequila ha hecho lo suyo y las lenguas se sueltan.

Pancho Planas va a Querétaro a visitar a su hija. Para ella y para el nieto compra varias cosas: caramelos al agente de publicaciones; quesos en La Barca; limas en Silao; cajetas en Celaya; fresas en Irapuato. . .

Siempre tuvo Pancho el deseo de llegar a ser sargento. Cuando "reinaba" Porfirio Díaz, Pancho era soldado en Guadalajara. Al poco tiempo su coronel le tomó afecto y a los dos años de servicio llegó a ser cabo. Pronto oyeron hablar de un "tal Madero" y el batallón de Pancho fue movido al norte. Después del primer contacto con el enemigo todos decían que el que más merecía el ascenso era el cabo Pancho Planas. Al siguiente combate lo hicieron prisionero, y ¡adiós esperanzas!

Madero dió a los prisioneros la oportunidad de juntarse con su gente. Siguieron muchas batallas y un día Pancho amaneció con la cinta colorada en la manga. Mataron a Madero, y Carranza "andaba con ganas" de vengar ese asesinato; los soldados fueron a Coahuila a guerrear. Durante un fuerte combate, Pancho se quedó aislado y se fue a Monterrey. Allí, por un compañero que llegó después, supo que se le había propuesto para sargento, pero como no lo encontraron, lo declararon desertor.

En Monterrey se juntó con la gente de Jacinto Treviño, y regresaron a México. Después de una batalla cerca de Chalco, otra vez llegó a ser cabo, pero poco después, en un encuentro otra vez cayó prisionero. Con sorpresa, se dió cuenta de que el general de los enemigos era el coronel que lo había ascendido por primera vez

a cabo. El general ofreció recibirlo entre su gente. Después de las acciones de Celaya, Trinidad y León se dispersaron y Pancho se fue a Querétaro; en el camino quemó el chaquetín con todo y las cintas de cabo. Después de poco tiempo se juntó con Los carrancistas y fueron tras de Pancho Pistolas. Otra vez llegó a ser cabo. En fin, en Algibes, por un amigo que era ordenanza, supo que en la mesa del jefe estaba un despacho que lo ascendía a sargento; solo le faltaba la firma, pero desgraciadamente Pancho fue herido y despertó en el hospital. A poco los médicos le amputaron una pierna y ¡adiós para siempre el sueño de llegar a ser sargento!

Y "¡Lo que hacen cambiar los años!" Ahora su ilusión es que su nieto llegue un día a sargento.

Comentario

Este es un cuento con cierta gracia en su amargura. Causa tristeza el ver a alguien perseguir un sueño sin llegar nunca a lograrlo. El caso de Pancho es aún más sensible que eso ya que muchas veces está a punto de colmar su ambición y el destino decreta cosa diferente. Pero Pancho no se amarga; sigue en su ambición; lucha hasta que la pérdida de la pierna lo incapacita. Sin embargo de todo, no desiste de su ambición; renuncia, sí, al sueño de llevar él mismo los galones de sargento pero sigue esperándolos, solo que ahora para su nieto. Pancho, aunque vulgar y hablador, es un hombre muy humano y simpático. Aunque nunca realizó su sueño y ahora es viejo y pobre y tiene solo una pierna, no se queja de nada.

Comentario sobre EL PAJAREADOR

En esta colección de cuentos de Rojas González hay temas más variados que los que, en general, se encuentran en sus libros.

Su tema predilecto: los sufrimientos de los pobres, aparece en El Pajareador, en Tragedia Grotesca, en La Accesoría. Aquí la crueldad no es la de un ser humano contra sus semejantes sino la de las propias miserias de la vida en general, y especialmente, la de los pobres.

En Guadalupe "El Diente de Oro" y en Kid Lancaster escribe acerca de lo inhumano que los hombres pueden ser con sus semejantes y con los animales, en ambos casos por la miseria espiritual propia de la ignorancia.

¡Fuera con Yo! nos dice algo de los peligros de algunos obreros que, sobre todo en las minas, arriesgan la vida en un trabajo peligroso por una escasa paga, pero así lo impone nuestra civilización.

El Caso de Pancho Planas es un elogio al que batalla en la vida sin desaliento aun cuando muchas veces hace frente a la derrota.

Hay más variedad en esta colección y me parece que es mayor el equilibrio entre los cuentos tristes y los un tanto ligeros, hasta llegar a los casi alegres.

SED

SED apareció en 1937. Es una colección de doce cuentos; los primeros seis son de ambiente campesino y los últimos de la ciudad.

La Restitución

La Restitución es un cuento de la Revolución. Una tarde cuando ya se hacían largas las sombras, los hombres regresan al pueblo, callados por el cansancio. Hacía dos horas que habían dejado el potrero que ahora segaban. La noche se les echa encima; los viejos los aconsejan que canten a coro el "Alabado", pero los jóvenes están demasiado cansados para cantar. Un joven pregunta a Juvencio por qué no les habla del agrarismo. Juvencio dice que está cansado ahora, que hablará después; y se va a su jacal, donde están su madre y sus hermanos para decirle que los ingenieros han llegado y que están viendo las tierras. El amo, dice uno de los hermanos "está que se le pueden tostar chiles en el lomo". Juvencio no contesta, se sienta en un banco y clava la vista en las llamas del fogón. No quiere cenar y su extraña actitud inquieta a su madre que trata de infundirle algo de su entusiasmo, diciendo que por fin volverá a ser suya la tierra donde descansa el cuerpo de su padre. Juvencio deja que termine su madre y sale bruscamente del jacal. Se quedan todos sorprendidos, pero se acuestan los muchachos mientras la madre termina el quehacer de la cocina. Luego ella oye el cacarear de las gallinas y el ladrar del perro; "es el coyote" se dice ella y sale decidida a escarmentar a la alimaña. Atraviesa el corral y, cerca de los nopales, puede distinguir a dos hombres que hablan. Se acerca y pronto se da cuenta de que son Juvencio y don Demetrio. Este dice a Juvencio que don Manuel, el amo, lo admira y piensa que él es el único capaz de mandar

la guardia blanca. Juvencio alega que no puede traicionar a la gente, porque tiene confianza en él y que hasta su madre está alborotada con el reparto. Don Demetrio afirma, para tranquilizarlo, que no tendrá más que los otros; que ahora su madre trabaja mucho, y que toda la familia no gana bastante para comprarle a la pobre vieja ni un par de zapatos. . . "desgraciada vieja con hijos tan inútiles. . ." Esta última razón le hace terrible daño. Continúa prometiendo y le dice que será "el mandón". . . y tomándolo del brazo, le hace caminar como títere. La señora Pánfila vuelve al jacal y se echa en su petate. Luego se da cuenta de que Juvencio regresa muy tarde y se acuesta en silencio. Ella ve el brillo de las armas que descansan al alcance de la mano de su hijo. Al amanecer, Juvencio se levanta sin hacer ruido, y sale después de tomar la pistola y el rifle. Instantes después se oyen disparos, gritos destemplados, correr de caballos, blasfemias. Vienen los campesinos a buscar a Juvencio porque la guardia blanca ha matado al Comisario, y ellos buscan a Juvencio para que los mande. Doña Pánfila dice que fue a la estación por unos fierros de los ingenieros, que a falta de Juvencio tomen a sus tres hermanos, que de algo les han de servir.

La guardia blanca, después de asesinar al Comisario Ejidal, fue repelida por los campesinos y huyó hasta la casa de paja de don Demetrio. Uno de los campesinos piensa en un plan diabólico: los pastales son tan altos que tapan a un hombre de pie; hay que prender fuego por los cuatro lados del pastal y no saldrán ni los zorrillos. Pero antes de que puedan prender fuego al pastal, alguien, a gritos, dice que Juvencio anda entre la guardia blanca, que Juvencio es el amigo, el guía de todos, que es él quien pidió al gobierno que se les

devuelvan sus tierras. Pero doña Pánfila dice que sí, que prendan fuego al zacate seco, que Juvencio no está entre ellos, que se fue temprano a la estación. El hombre afirma que Jesús el milpero le vió con sus propios ojos. La madre insiste que el milpero miente; que deben prender fuego al pastal ahora mismo que sopla el viento. Cuatro hombres se van por diferentes rumbos, armados de teas.

Pronto el pastal empieza a crujir y el círculo de lumbre se va estrechando poco a poco alrededor de la casucha de don Demetrio, "el humo sube en una negra columna". Algunos de los escondidos en la casa salen desesperados para echarse de rodillas y con los brazos abiertos en cruz, dicen oraciones y jaculatorias. En vano los ojos de doña Pánfila buscan a su hijo; en su corazón hay un íntimo orgullo: su Juvencio es tan hombre que no sería capaz de salir a inspirar lástima o a que le maldijeran por traidor. Recargada contra un mezquite, permanece allí hasta ver desaparecer entre las cenizas el último puntito rojo. Cuando unos de sus hijos le asegura que ninguno se salvó, la pobre no puede más que morder sus labios resecos hasta humedecerlos en sangre.

Comentario

El clima del cuadro final es en verdad digno de una tragedia griega: la mujer que prefiere sacrificar a su hijo antes que permitir que descubran en él al traidor. Juvencio inspira simpatía; al principio es un celoso agrarista. Cae en el desencanto al descubrir que el agrarismo no va a resolver todos los problemas de los campesinos, como se esperaba. Cuando el amo, a través de don Demetrio, le ofrece que mande a la guardia blanca ¡qué dilema para el pobre joven! ¡Qué no haría para sus hermanos, y sobre todo, para su madre ya vieja y cansada!

Pero doña Pánfila es de otro temple. Al darse cuenta de que su hijo va a traicionar a sus compañeros los campesinos, no grita, no trata de impedir la traición, y cuando el campesino denuncia la complicidad de Juvencio con la guardia blanca, ella niega e incita a los campesinos para que ahora que sopla el viento prendan fuego al pastel. Sufre en silencio; con la muerte de su hijo no sólo cree realizada la restitución sino que se siente orgullosa de que, a pesar de su traición, él era tan hombre que no salió de la casa a pedir misericordia. ¡Qué fuerza de carácter femenino y qué devoción a la causa!

El Retorno

El Retorno es un cuento muy breve. Cuenta de un soldado que regresa a su tierra después de mucho tiempo. Cuando el tren militar lo deja en la estación, ve que los caminos están enlodados, y se quita los zapatos y el pantalón para no maltratarlos y, tarareando una canción vaquera empieza a andar. Cuando ve las primeras huertas de naranjos, trata de captar todo el perfume de los azahares. Luego se renueva el recuerdo: piensa que por ahora Nacha estará acabando de barbechar, y el chamaco debe de haberle ayudado mucho, que ya cumplió ocho años el día de San Blas. El ganado y las gallinas . . . ¿Cómo estarán? Hace cuatro años que recibió la última carta de Nacha. ¡Quién sabe lo que haya pasado!

Cuando el perfume de los naranjos se hace más intenso y a lo lejos se oye cantar al gallo y ladrar al perro, no puede contener los deseos de correr, y allá va. A la entrada del pueblo, se sienta un momento cerca del río; se lava la cara y los pies; se pone el pantalón y los zapatos, y se peina cuidadosamente. Luego, entra en el pueblo por la calle real. Nota que los que lo miran no lo conocen.

Le parece que las calles del pueblo se han encogido, que las casas se han achaparado y que los colores de las fachadas son sucios y poco brillantes. De improviso está frente a su casa.

Toca a la puerta y dentro se oye ladrar a un perro.

"Es el Jicote." se dice.

Una mujer que no es la suya abre la puerta. Mientras se seca las manos con el mandil pregunta:

"¿Qué hay, forastero?"

El reconoce a la mujer, doña Juana, y le pregunta por Nacha. Nacha huyó hace más de dos años con uno de los de la gente de Almazán, llevando con ella al chamaco; ella, doña Juana, compró la casa y "los tiliches". El siente el pecho oprimido y por sus ojos pasa una cortina enrojecida. Ella le dice que puede preguntarlo a todo el pueblo, y que ahora no tiene derecho a nada. Sí, rectifica, si quiere al "Jicote". . .

El amarra un cordel al pezcuezo del perro, y a tirones lo saca a la calle. Dice adiós a doña Juana y echa a andar sin rumbo fijo. Sale al campo. El "Jicote" demuestra su desagrado con gruñidos, y el hombre se detiene para dejarlo en libertad. Pronto, el perro coge un trotecillo por el camino que lleva al pueblo, y el hombre se va también, rumbo a la hacienda vecina en busca de trabajo.

Comentario

Hay aquí una de las tragedias de la guerra, de aquellas que muchas veces pasan inadvertidas: es la tragedia del soldado que regresa a su tierra para encontrarse sólo y desconocido; su mujer se fue, la casa es ajena. . . Así nuestro protagonista ha perdido hasta su hijo. Aun su perro lo ha olvidado y lo abandona. Ahora

el hombre no tiene más que sus recuerdos de los buenos tiempos, cuando tenía su amada Nacha, su hijo, su casita. . .

Sin poder pensar en nada después de ver acabados sus sueños de regresar a su familia y abatido por la noticia inesperada, solo, ¿qué le queda?

Sed

Sed, como es evidente, es el cuento que titula este volumen de doce relatos.

El pastor y su hijo están en el corral contando y recontando las ovejas. Faltan ocho que murieron por la sequía que va acabando con el ganado. Alrededor de ellos, en todas partes, mueren las ovejas por falta de agua. El hombre y su hijo hacen revisión de su provisión de agua: les quedan tres cántaros llenos hasta el cuello; dos para las bestias y uno para ellos, dice el padre, y los dos tratan de compartir el agua con los animales, pero sin éxito. Los animales se echan encima, derriban al hombre y a su hijo, y hacen añicos los cacharros. Ellos apartan las crías y les dan del agua reservada para su propio consumo, y uno por uno toman un trago, apenas suficiente para mojarse la lengua y el gznate.

A su regreso al jocal, dan con un vecino "de cuesta abajo", viejo indio que, tras de saludarlos cortesmente, les dice que quiere instruir a los pastores jóvenes de lo que deben hacer en estos casos. Hace treinta años hubo una sequía tan fiera como ésta. Dice que hay que trasquilar la borregada para que tenga menos calor, y que antes que el sol salga, hay que llevarlos a los lugares bajos donde haga sombra, y traerlos a encerrar cuando haya caído la tarde. También hay que tener cuidado con el coyote y el tigrillo, porque hoy van las

fieras buscando un trago, no más que sea de sangre. . .

El pastor le da las gracias y le ofrece un taco, pero el indio astuto dice que sí aceptaría un poco de agua para poder seguir adelante con fuerzas, y bebe un jarro lleno del precioso líquido. El pastor y su hijo empiezan a trasquilar los animales para que al amanecer descansen debajo de los sauces que crecen en las márgenes del río, ahora seco.

Ese día, la sed es espantosa; la mujer dice al pastor que ya no hay agua ni para los hijos. El calor es infernal y en torno del jacal los huesos del ganado blanquean el terreno. Sentado frente a su puerta, el pastor piensa en el jagüey de don Crispulo, el mestizo avariento. Cuando dejó de llover, don Crispulo cercó con espinas su laguneta y a medidas que las lluvias se retiraban, impidió que los hombres tomasen de sus aguas represadas aun para saciar las necesidades individuales. Se decía que algunos habían sido golpeados inhumanamente, o perseguidos por la jauría, cuando trataron de llevarse un cántaro con que saciar la sed de sus hijos.

El peligro de morir en manos de don Crispulo detiene al pastor, pero, al fin, los gemidos de sus hijos reclaman decisión: el hombre va por la vereda y, tambaleante, sube por la ladera de la loma. Desde la cumbre puede ver el jagüey. Para no ser sorprendido por don Crispulo, se arrastra hasta el cerco de espinas. La distancia entre el cerco y el agua le parece enorme, pero al fin llega al agua verde, se arrodilla para pegar su boca a la superficie. Súbito escucha un estallido y al instante un golpe en el costado; voltea la cara para ver a don Crispulo con una escopeta humeante en las manos. Luego oscuridad, inconciencia, nada.

Cuando vuelve en sí, está en el hospital. Pasan los días y poco a poco va mejorando. De pronto ve el sig-sag del relámpago y oye el alarido de un rayo y ya vienen las grandes gotas; ahora habrá agua para los hombres, para los niños, para las bestias, para la tierra; agua para todos.

Ahora viene una curación rápida, entre inactividad y atoles delgados. Por los amigos y por los parientes sabe que sus ganados no han podido resistir la sequía. Pero allí están las zaleas en salmuera y con el dinero que de ellas saque, dice optimista, podrá comprar sementales para rehacer su aprisco.

Un día regresan del mercado y en grupos de tres o cuatro caminan los pastores. Bromean con la sutileza de los que han bebido sin llegar a la embriaguez. Siguen alegres entre chacotas y toscos juegos de manos. Al llegar al jagüey de don Crispulo, éste pasa a caballo cerca del primer grupo de pastores. Uno de ellos, el más bromista, fue el autor de la idea.

"Muchachos, vamos a hacerle una travesura al viejo. . ."

Luego se toman todos de la mano y hacen una cadena que corta el camino al mestizo. Le pregunta el bromista a don Crispulo qué dice el jagüey. Un poco nervioso el mestizo contesta que se va llenando poco a poco, con la voluntad de Dios. Y con la sed de ellos, replica el bromista, y señala al herido, que quedó más aporreado que un coyote dañero, por sus postas.

Don Crispulo trata de huir, pero uno de los muchachos toma el freno del caballo por las cadenillas y lo contiene. El bromista le pide agua a don Crispulo y le dice que beban la que quieran, que para eso es el agua, pero el bromista replica que las cosas no fueron

así cuando la sequía. Don Crispulo trata de justificarse diciendo que entonces el líquido andaba escaso. Ahora que todos están allí juntos, los pastores quieren que toda el agua sea para él. Un empujón hace salir a don Crispulo disparado por las orejas de su caballo. Le amarran los pies y las manos, y lo tiran boca arriba en medio del camino; le ponen un calabazo en forma de embudo en la boca, y le dan a beber toda su agua. Los viejos se quedan inactivos en aquella maniobra. En el jagüey, cien ovejas abreven del agua de nadie.

Comentario

La falta de agua y la desesperación que ella produce a los que carecen del líquido precioso no es nada nuevo. Hay en Estados Unidos muchos cuentos del oeste de ese país acerca de tal tema, pero Sed no desmerece por eso. El clímax llega rápidamente y es de una fuerza brutal; es una muestra de la habilidad de Rojas González para presentar el clímax con fuertes y seguras pinceladas.

Antonio Magaña Esquivel en "Rojas González y la Novela" en El Nacional de marzo de 1938, página tres, dice: "En sus cuentos emplea dos paleas, dos modos de tratar la narración; unos parecen close-ups, rápidos momentos de acción muy leve de un suceso del que solo se presenta la crisis culminante, el clímax; otros ofrecen más amplia respiración, mayor hondura y más altos relieves psicológicos, mejor dibujo."

Es un cuento que tomo como ejemplo de la filosofía de la venganza. El sentimiento de la venganza es muy humano; eso es evidente, pero es obvio el derecho de proteger lo propio, y al mismo tiempo surge la consideración de hasta que punto existe la obligación de compartir las propiedades con los demás en una época dura y ...

crítica. El castigo que recibe don Crispulo a manos de los pastores no nos deja el sentimiento de que la justicia ya ha sido cumplida, sino con inquietud por la justicia que obra por medio de la venganza, de la fuerza, de la violencia, y de la muerte.

Un Par de Piernas

Un Par de Piernas es un cuento simpático de un niño que va todos los días con su tía anciana a la iglesia, a la hora de la oración. El niño tiene siete años, y ayuda a la anciana a llevar su banco plegadizo. Paso a paso entran en la iglesia; la vieja busca con la vista el lugar más discreto, un rincón oscuro, allí el chico arma el banco en que se sienta la anciana con mucha dificultad entre suspiros y quejas, y pronto empieza a hacer correr entre sus dedos las cuentas del rosario. El, sentado en el suelo, se aburre soberanamente; pero su imaginación de niño vuela. En su fantasía, sale del templo para recorrer todos los campos o riberas del río; desde el puente lanza al río un pedrusco que su perro "Togo" trata de alcanzar, dando chapuzones emocionantes. A veces, vuelve a la realidad y fija su atención en las paredes tapizadas con oleos oscuros y macabros.

Para entonces, la anciana termina la vuelta al rosario e inicia la letanía. Presa de éxtasis no se fija en el niño que, recobrando la propiedad total de sus movimientos, busca algo con que distraerse: sigue los movimientos de un par de moscas que revolotean en medio de la nave; cuenta y recuenta las velas que arden sobre el altar mayor; desata y ata las correas de sus zapatos; busca el parecido entre los apóstoles de una mala copia de la "Cena" de Leonardo, con los tipos más conocidos del pueblo; o fantasea en torno

del purgatorio. De pronto, la tos seca de Bruno, el sacristán, les avisa que ha llegado la hora de desalojar el templo, y ellos salen de la iglesia para perderse en la penumbra del atrio.

Aquella tarde, su aburrimiento era terrible; hacía un calor espantoso. La iglesia estaba solitaria y la tía cabeceaba presa de un sueño impertinente. El joven, de pie, giraba de un lado a otro cuando de súbito, sus ojos tropezaron con la imagen de una santa en la que, hasta ahora, no había reparado. Estaba la imagen de pie sobre una mesita baja, vestía túnica azul celeste tachonada de estrellas plateadas y sus labios carnosos se fruncían con una sonrisa picaresca e inquietante; los párpados caían como doblegados por el peso de las pestañas; una toca blanca y elegante cubría su cabeza. Después de cerciorarse de la profundidad del sueño de la tía, el muchacho se acerca poco a poco a la mesa en donde está la santa. Se da cuenta de que, a una distancia de pocos metros, la santa se parece mucho a la maestra del segundo año. Aun más cerca, puede leer el cartelito que dice: "Una limosna para el culto de Santa Rosa de Lima". Le parece que hasta el nombre suena bien. Más confiado, llega hasta el bordo de la mesa desde donde puede observar punto por punto el encanto de la imagen. Está realmente subyugado; su corazón palpita fuertemente.

De pronto, impulsado por la curiosidad, quiere ver lo que hay debajo de tan bonitos vestidos y levanta la falda. Primero ve un par de babuchas deslucidas y polvorientas que no cuadran -- ni con mucho -- con el aspecto exterior de la imagen. Pero no puede detenerse allí, sigue hasta dejar descubiertos dos morillos resacos, endebles de madera blanca, que se pierden entre la túnica arrugada

y que, abajo, se clavan en la paena, tras de atravesar las babuchas vacías. Tan desagradable es esta intimidad, que el chico lanza un grito de decepción y de espanto. La tía despierta, lo ve con una mirada quemante, se levanta y lo arrastra afuera del templo. El castigo fue rotundo: durante un mes, no saldría a jugar al béisbol con sus camaradas.

Comentario

La gracia en este cuento es, además, traviesa. Podemos sentir el fastidio del pobre muchachito, pasando hora tras hora en espera de la tía perdida en sus oraciones. La oración es para los viejos y los moribundos. Un templo no es un lugar divertido y sin embargo de ello el jovencito hace lo que puede para llenar los largos ratos de espera. El descubrimiento de la imagen es para él un verdadero hallazgo para su satisfacción estética pero también -- pero eso fue lo malo -- para su curiosidad: el desencanto, el grito, y, claro, el castigo.

Otra vez, podemos observar la facilidad con que Rojas González penetra en la mente de sus protagonistas, sobre todo en la de los niños de sus cuentos. Me parece que comprendía muy bien a los jóvenes. Los de sus cuentos se hacen amables y despiertan nuestra simpatía.

Trigo de Invierno

Otra vez tenemos un cuento dentro de un cuento en Trigo de Invierno. En el potrero los peones hacían cuidadosamente los manojos de trigo para llevarlos a la trilladora mecánica. Tras de los segadores vienen las pepenadoras. Cuando el sol desaparece,

los hombres levantan la cara al cielo, alzan los brazos para sacudir su cansancio; las mujeres hacen revisión del fruto de la jornada: un manojo de espigas flacas, muchos arañones en manos y piernas, y sed. Cuando el cansancio las agobia, se sientan a la sombra de un capulín y hablan de sus vidas pequeñas e insignificantes. Una dice que Emeterio le prometió soltarle de vez en vez alguna espiga grande, pero no lo hizo. Otra se queja de que como unas de ellas son mujeres de los que no alcanzaron nada en el ejido, las sacan sin dejarlas pepenar. Otra comenta que Toña se desmayó al mediodía, y pregunta a tía Pitacia qué remedio le da a Toña. Pitacia gruñe que ésa no se aliviará porque anda mala desde que le pegó el gálico su marido.

Luego la vieja Pitacia empieza a hablar ante la indiferencia de su auditorio. Dice que las cosas no han cambiado para los pobres y que siguen igual que cuando ella era joven. Entonces no se usaba la trilladora mecánica ni el agrarismo; se trillaba con yeguas brutas y toda la tierra era de un amo malo. Pero para ellos la cosa sigue igual que antes. Cuando el mayordomo estaba de buen humor, los dejaba entrar y podían sacar algo de trigo. Un día ella siguió a su marido que pizcaba en el potrero. Entonces sus hijos eran niños y ella andaba preñada. Con trabajo brincaba de surco en surco. El, de vez en vez, le dejaba alguna espiga gorda que ella recogía callada. Después del trabajo del día, caminaba despacio para que su hombre la alcanzara antes de llegar al camposanto porque ella tenía miedo. Luego que se juntaban, hacían todo el camino cantando.

Pero un día, alguien fue con la historia al mayordomo quien, al instante, vino en busca de su marido. El mayordomo dijo que eso era un robo que la hacienda castiga muy duro. Le quitó a

ella las espigas y le dió un aventón que la hizo caer al suelo. Amarraron a su marido y lo llevaron a la hacienda. Allí lo encerraron en la troje y ella se quedó en el barbecho. Al día siguiente, el mayordomo llamó a Telésforo, el comisario, y discutieron sobre la pena que había que echarle a Demetrio.

Al fin, el mayordomo encontró un castigo ejemplar, duro. Después de desgranar las espigas, midieron el trigo; había litro escaso de granos. El mayordomo mandó que Demetrio lo sembrase "de invierno" en el terreno más rendidor, luego que vendiese la cosecha y con una cantidad igual a la que diese en pesos, se multase al sinvergüenza.

No dieron yuntas a Demetrio, y tía Pitacia y un hijo se pegaron como bestias al arado. El mayordomo los obligó a abonar el terreno que dió cosecha abundante. Le sacaron más de cien pesos que cargaron a la cuenta de Demetrio. El pobre murió antes de ver liquidada su cuenta, y apenas hace un año que Julio, el hijo de Pitacia, acabó de pagar. Igual que hoy, dice ella. Alguna de las mujeres observa burlona que a Pitacia se le han caído los dientes por habladora.

Comentario

Trigo de Invierno es otro cuento en que el autor señala una vez más la injusticia contra los pobres: el castigo exagerado de un delito. Esa injusticia aparece agravada por el empujón que dió el mayordomo a la joven Pitacia, acción brutal e inútil que causó el malparto. Me parece que en este cuento, como lo hace en La Restitución Rojas González sugiere que en el paraíso del agrarismo y de la reforma ya ha aparecido la serpiente del desencanto y de la realidad, y que la realidad no es como lo soñado. En ese clima no se debe externar

una opinión como la de Pitacia: "las cosas no han cambiado pa los meros pobres." Debe admitirse que todo cambio es mejoramiento, y por eso "se le han caído los dientes por habladora."

Voy a Cantar un Corrido

El argumento de Voy a Cantar un Corrido es un poco diferente: trata del deseo del Chato Urbano de que le compongan un corrido.

Urbano Téllez hace cuartel general del Mesón de la Fortuna en Equistlán, poblado al que la estrategia concede importancia capital. Urbano, más conocido como el Chato, era jefe de los agraristas y se había prestado a cooperar con las fuerzas federales en la defensa del pueblo. El Chato tenía dos debilidades: el alcohol y los corridos y, apareadas esas dos, daban lugar a una tercera: el escándalo.

Todos en el pueblo sabían que, cuando el Chato empezaba a beber, las puertas de las casas en donde había muchachas en edad debían estar cerradas y, en el mercado, las comadres cargaban con las ollas de pozole o levantaban los puestos de naranjas para desaparecer por la esquina más cercana. Por lo demás, Urbano era un buen chico, aunque las gentes de orden nunca estuvieron de acuerdo en que un muchacho tal como era él fuera guardián de los intereses de Equistlán. Pero los de abajo, que eran los más, querían lealmente al Chato y sentían por él una fuerte admiración y les gustaba verlo de jinete "haciendo Santiaguitos de aquí para allá" o encabezando a los greñudos que le seguían. Por eso, le perdonaban lo que hacía.

Aquel día, el Chato amaneció de buen humor. En el tendajón "Las Quince Letras", don Constancio diligentemente escanciaba para los cinco bebedores. El Chato esperaba a Pedro el Ciego y su mariachi;

la espera se distraía entre trago de tequila y mordida de queso que había dado fama al establecimiento de don Constancio. Luego viene Pedro el Ciego con su mariachi y toca muchos corridos mientras el Chato y los suyos se emborrachan. El Chato, con la cabeza entre las manos dice lo que ha repetido muchas veces:

"Me gustan los corridos porque sólo a los hombres valientes se los componen."

Y todos escuchan en silencio como si presenciaran un acto litúrgico.

De pronto, el Chato sale de la tienda, se echa sobre el lomo de su caballo, y se deja ir furioso contra mil imaginarios enemigos, repartiendo mandobles a derecha e izquierda; la gente, en la calle, huye despavorida, las puertas se cierran con estrépito, las mujeres gritan, los niños lloran, y el jinete se pierde por la calle oscura, dejando tras sí el eco de sus gritos. Los demás salen tras su jefe, excepto los del mariachi que aprovechan la huida y el escándalo para dar fin a las botellas empezadas.

Por el barrio del Nuevo Mundo, frente a la casa de Amalia la Nopalera, coima del Chato, se oyen algunos disparos. Allí el Chato ha encontrado a Tuspírín, el que "se quiere volar a Amalia." Don Constancio envía al Ciego y su mariachi a calmar al Chato antes que haga alguna avería. Se va el Ciego y pronto los disparos cesan: la fiera ha sido amansada por el corrido de Benito Canales.

Los cristeros estaban resueltos y se disponían a tomar el pueblo. Muy temprano habían pedido la plaza al Chato; la respuesta fue elocuente: los agraristas colgaron al comisario rebelde y se posesionaron de la torre. Los atacantes superaban en número a los

defensores, pero el Chato ya había enviado un propio al capitán Godínez de las fuerzas federales, pidiendo auxilio. Ya en la torre, el Chato hace el plan de defensa y envía a buscar a Pedro el Ciego para que venga a tocar corridos "a la hora de ahora". Cuando la batalla se puso seria, Pedro empezó con el corrido de Eutemio Larrea. Los de la torre hicieron lo suyo. Pedro el Ciego preguntaba de vez en vez si se podía ver "la polvareda que deberían levantar las bestias de los soldados federales," y siempre le daban la respuesta pesimista. Por fin, se vió la polvareda, pero ya el Chato se retorció apretándose el vientre con desesperación.

Llega el capitán Godínez con los federales y pronto derrota a los cristeros. Suben a la torre el curandero Ulpiano, el Secretario del Ayuntamiento, y el Presidente Municipal para auxiliar al Chato. El capitán dice que tiene instrucciones de atenderlo hasta salvarle la vida; el Secretario del Ayuntamiento juzga oportuno pronunciar el discurso que ha preparado para el 16 de septiembre; y el señor Presidente dice que informará a la Superioridad de su acción, con objeto de que se le reconozca su grado de coronel.

A todo esto, el Chato hace una mueca despectiva. Siguen los ofrecimientos; nada de lo ofrecido le interesa, y al fin le preguntan lo que quiere, y él dice:

"Bueno, pos ya que tanto me lo preguntan. . . Quiero que me compongan un corrido."

Comentario

Este es un cuento en el que Rojas González no es defensor de los pobres, de los miserables. Su simpatía por los pobres está en segundo término; en primero está el Chato y su deseo de ser, un

un día, el héroe de un corrido. Ya que sólo a los hombres valientes se les componen, él, en su defensa de Esquitlán, da pruebas de que es un hombre valiente.

El autor nos da una muestra de su conocimiento de los hombres. Comprende que todos aspiramos a algo en este mundo y que todos aspiramos a algo diferente, unos a lo imposible de alcanzar y otros a algo muy sencillo. El Chato Urbano, aunque escandaloso, es hombre valiente que realiza su sueño: va a tener su propio corrido.

Cuatro Cartas

En otro cuento hace el relato por medio de las Cuatro Cartas de un jovencito. El escritor encuentra en la Alameda Central a un hombre, y establece con él aquella amistad efímera que tantas veces hacemos por casualidad. El extranjero le pregunta si está sin trabajo. Sin muchas ganas de platicar el escritor responde que sí, y cuando el otro declara que él también es cesante, el escritor le pregunta si tiene familia. Como respuesta, el hombre le da a leer algunos pliegos escritos a mano.

Son cuatro cartas escritas por Paco, el hijo mayor del señor. La primera, escrita el 16 de diciembre, describe a su amigo Toño la ciudad de México que éste no conoce. Paco habla de los exámenes del fin de año; dice que espera salir bien de las pruebas finales y terminar pronto la primaria. Describe el mercado que puede ver desde su casa y la gente que va y viene; los vendedores que gritan en la calle: "¡Una piñata barata!" o "¡Ah, la castaña asada!" Dice que su madre está un poco enferma, y que su padre no ha conseguido el ascenso en su trabajo porque lo dieron al compadre de un diputado. Dice que ya pidió a su padre una bicicleta con faros eléctricos, y

que van a tener un arbolito de navidad. Promete escribir muy pronto y contestarle a Toño más cosas.

La segunda carta es del 20 de diciembre. En ésa, Paco dice que recibió la carta de Toño, y que le alegra saber que su caballo ganó las carreras de la feria y que la cosecha de trigo promete ser buena. Dice que en la ciudad siguen los festejos de navidad y año nuevo. Los dueños del edificio ya pusieron su arbolito e invitaron a Paco y a sus hermanos a verlo. Los tres muchachos vieron muchas cosas que les gustaron: Lupe y Güicho lloraron por no tener juguetes iguales, pero hubo pasteles y ponche. Por desgracia, cuando Paco dió las gracias, Jorge, el más grande de los invitados, le dijo que nunca podría invitarlos a su casa porque eran pobres y muchas otras cosas. Paco no pudo contenerse y le dió a Jorge un bofetón en la boca que le sacó sangre, y entró en su casa. El padre de Jorge, ofendido, no tardó en bajar a dar la queja. Eso le valió a Paco una reprimenda y hasta unos coscorrónes. Paco dijo la verdad para explicar su acción. Su pobre padre se sintió en el deber de explicar a su vez las circunstancias de su pobreza, pero aseguró que para Navidad habría muchas cosas bonitas en la casa. Güicho quiso saber si Santa Claus trabajaba en el Gobierno. Festejaron el chiste, y todos fueron a acostarse muy contentos. Ahora están invitados por los vecinos de abajo y allí espera estar más contento que con los de arriba. Y así termina la segunda carta.

La tercera es del 22 de diciembre. Dice que aunque no ha recibido contestación a su última carta escribe para contarle de la fiesta. Dice que había tres piñatas muy bonitas. La mamá los arregló lo mejor que pudo. Los recibieron muy bien; les obsequiaron agua

fresca de jamaica y almendras y él recogió de la piñata mucha fruta y dulces, y se divirtieron tanto que los niños ricos del tercer piso se asomaron a su balcón para ver. Pero cuando el señor empezó a repartir los juguetes, pronto se dió cuenta de que no tenía bastantes para todos; tuvo que explicar que no pensaba que vinieran tantos niños y que a Paco y a sus hermanos no les tocaba ningún juguete porque eran menos pobres que los otros. Los tres se pusieron tristes. Pronto vino su padre a recogerlos. En la noche oyó a su padre decir que por la mañana iría a pedir dinero prestado y él se quedó dormido lleno de esperanzas. Pronto escribirá a Toño para contarle de los regalos.

La cuarta carta tiene fecha de 25 de diciembre. Paco dice al amigo que si no fuera porque prometió escribirle, no le escribiría ahora, pues está muy cansado. El 24 ocupó la mañana en quitar las macetas del patio para hacer una pista donde correr en bicicleta. Luego escribió a Santa Claus, pidiéndole los regalos para sus hermanos y cuando vino su padre a comer, al mediodía, le entregó las cartas. La tarde se hizo eterna; sonaron las seis, luego las seis y media y las siete. Se alarmó por la tardanza de su padre. Pasaron muchas horas más y por fin llegó el padre que sonrió en forma muy rara, se acercó a la mamá y le dió a leer un pliego lleno de sellos y firmas. Ella se puso pálida y arrojó lejos el papel. Aparecieron los hermanos y el papá dijo que esta vez Santa Claus no va a llegar pues se quedó en el camino porque sus renos reventaron de tanto correr. Los niños lloraron, y Paco estuvo a punto de revelar a gritos todo cuanto sabe de Santa Claus, pero vió tirado el papel que tanto apenó a su madre. Lo recogió; leyó en el que, con motivo de las economías en el nuevo presupuesto, su padre se queda sin trabajo a partir del día último

del mes. A sus hermanos, Paco les dice que pronto comprará Santa Claus nuevos renos y vendrá cargado de juguetes para ellos. En el tercer piso, los niños festejan la llegada de Santa Claus; abajo también hay trompetazos y redobles de tambores. Mientras la mamá solloza, Paco queda dormido sobre las piernas de su padre.

Terminada la lectura, el escritor devuelve los papeles a su vecino que explica sencillamente que no los puso al correo porque no tenía los diez centavos para el porte postal. Sin decir más, se va sorbiendo ruidosamente y arrastrando sus zapatos empolvados.

Comentario

Este cuento, aunque muy bien construido no llega al valor de los otros. En cuanto a la simpatía que despierta se enfoca sólo a los niños, particularmente a Paco; la actitud del padre puede juzgarse más como imprevisión culpable que como desgracia de una víctima de la sociedad. La idea de revelar los hechos por las cartas no es nueva pero resulta bien. Las miserias de la familia parecen demasiadas: vienen las fiestas de navidad, una época en que es fácil despertar la simpatía de la gente y emocionarla; la madre está enferma; el padre no tiene dinero y pierde su empleo; Jorge, el muchacho rico, ofende a Paco, diciéndole que es pobre y que su padre debe la renta; el señor del primer piso no tiene juguetes para Paco, Lupe y Güicho. Se acumulan las decepciones, la mala suerte y las miserias. El padre aparece como uno de esos hombres siempre frustrados; con él me quedo fastidiado. Lupe y Güicho son "mocosos chillones". Contrariamente, Paco es un hombrecito muy simpático; trata de proteger a sus hermanos, y cuando el padre explica que Santa Claus no va a venir, él hace por aliviar la situación con sus explicaciones.

Palomera López

Palomera López es un cuento muy gracioso. Ante el asombro del vecindario, las prensas de la imprenta de la esquina han enmudecido y nadie sabe por qué. En la mañana, los obreros impresores desfilaron silenciosamente y no han regresado para la jornada de la tarde. El director de "El Titán, Periódico Rebelde" se ha encerrado en la oficina, y solo él conoce la causa de su desasosiego y de la inactividad desusada. Con paso firme y lento, recorre de un lado a otro el pequeño cuartucho.

Todo comenzó la noche anterior cuando la campanilla del teléfono, transformado en timbre de alarma, le hizo escuchar un aviso inquietante: la información sobre el contrabando de sedas dada en el último número de "el Titán" ha enfurecido al tirano; en la Inspección de Policía, en la propia mesa del General Palomera López, está la orden de aprehensión en su contra. . . y tiene la contraseña terrible, la crucecilla roja que ponen contra aquellos que no deben amanecer. . .

Una orden de aprehensión en su contra no tenía nada de extraordinario para él, periodista de oposición, pero ¡en la mesa del General Palomares López! Era algo terrible, capaz de quitar el sueño al más templado. Esa noche despidió a los colaboradores, advirtiéndoles el peligro que revoloteaba sobre sus cabezas. Alguien aconsejó al director que huyera del lugar, pero él no juzgó prudente dar una muestra de debilidad y se quedó con gesto heróico. Su muerte sería la única oportunidad de su vida para salir de la mediocridad.

Siguió su ir y venir de fiera acorralada; la intranquilidad machacaba su corazón: la Ley Fuga con la muerte ignorada, el sepulcro clandestino, el silencio hecho en torno de su desaparición o la

puñalada artera o, peor que todo, la prisión; tal vez las Salinas de las Islas Marías o los sótanos pestilentes de la Inspección. Su cabeza estaba a punto de estallar.

Las horas pasaban; a la madrugada oyó en la calle un rumor de voces que se acercaban. Sintió que un sudor copioso corría por su frente; detuvo su paso, se abotonó el chaleco, asentó su pelo y esperó con la frente en alto. Pronto vino las notas de una mandolina a sacarlo del suplicio; eran parranderos que andaban de serenata. Entre vals y foxtrot, el director pensaba en Palomera López, las Islas Marías, la Penitenciaría, la Escuela de Tiro. Lo indignaba la frivolidad de los trasnochadores. Cuando los enamorados se fueron, decidió que era lógico dejar algo escrito que informara la posteridad de los últimos instantes del paladín, y así lo hizo.

Pronto la luz del amanecer penetró por la ventana; era de día. La agonía se columpiaba pendiente de la duda, entre el afán de vivir y el anhelo del sacrificio. ¡Al fin! Unos fuertes golpes en la puerta: "Allí están," se dice. Arregla el nudo de su corbata, da un paso adelante, y ensaya varias actitudes y, procurando no afectar la voz:

"Adelante; empujen la puerta, siempre ha estado dispuesta para que la abran sin forzarla," dice.

Entra un hombre solemnemente vestido de negro, desde el sombrero hasta los zapatos de forma afrancesada; la enorme corbata a la papillón le da un aspecto estrafalario. Es Alicandro de Atenas, un gran poeta -- aunque inédito -- que viene a suplicar la publicación de su última oda a la Primavera.

Comentario

Aunque no aparece Palomera López, su personalidad domina el cuento, lo llena desde la primera palabra hasta la última. Sentimos su poder, su malevolencia, desde el momento en que leemos por primera vez su nombre hasta la llegada del poeta a la oficina del director de "El Titán." Palomera es una nube negra, amenazante que tiende su sombra sobre el pobre director. Este cuento me hace pensar en la novela Rebecca de Daphne du Maurier, novela muy discutida cuando se publicó. No aparece Rebecca en la novela porque murió antes que empiece la historia, pero la novela está saturada de ella, de su personalidad, de su espíritu, como sucede en Palomera López.

El título del periódico es divertido por ambicioso. Revela algo de la personalidad del director, ambicioso también, egoísta y divertido. Y ¡qué imaginación la suya! Es este cuento una buena exposición de que lo imaginado va más allá de la realidad por grave que ésta hubiera llegado a ser. La imaginación es capaz de hacernos morir mil veces sin muerte.

La Caldera

La Caldera es un cuento cuyo desenlace es inesperado. Cuando el Tuercas llega a la fábrica, la tarde "ha madurado"; los trabajadores del primer turno ya salen. Muchos saludan al Tuercas y aun uno de ellos le dice que dejó la caldera bien cargada y que con un poco que la atice, tendrá presión para toda la noche. Un chiquillo a quien encuentra en el patio le dice que tienen fiesta, que ahora cumple 25 años la fábrica, que hay música y tragos, y que "el Chapopote" le dió un tarro de cerveza helada.

El Tuercas comprueba lo dicho del aprendiz: en el piso

Comentario

Aunque no aparece Palomera López, su personalidad domina el cuento, lo llena desde la primera palabra hasta la última. Sentimos su poder, su malevolencia, desde el momento en que leemos por primera vez su nombre hasta la llegada del poeta a la oficina del director de "El Titán." Palomera es una nube negra, amenazante que tiende su sombra sobre el pobre director. Este cuento me hace pensar en la novela Rebecca de Daphne du Maurier, novela muy discutida cuando se publicó. No aparece Rebecca en la novela porque murió antes que empiece la historia, pero la novela está saturada de ella, de su personalidad, de su espíritu, como sucede en Palomera López.

El título del periódico es divertido por ambicioso. Revela algo de la personalidad del director, ambicioso también, egoísta y divertido. Y ¡qué imaginación la suya! Es este cuento una buena exposición de que lo imaginado va más allá de la realidad por grave que ésta hubiera llegado a ser. La imaginación es capaz de hacernos morir mil veces sin muerte.

La Caldera

La Caldera es un cuento cuyo desenlace es inesperado. Cuando el Tuercas llega a la fábrica, la tarde "ha madurado"; los trabajadores del primer turno ya salen. Muchos saludan al Tuercas y aun uno de ellos le dice que dejó la caldera bien cargada y que con un poco que la atice, tendrá presión para toda la noche. Un chiquillo a quien encuentra en el patio le dice que tienen fiesta, que ahora cumple 25 años la fábrica, que hay música y tragos, y que "el Chapopote" le dió un tarro de cerveza helada.

El Tuercas comprueba lo dicho del aprendiz: en el piso

alto, las oficinas se han convertido en salones de baile; desde el patio pueden verse las parejas; hay muchachas muy elegantes. "¡Va!" gruñe el Tuercas, y echa a andar, balanceando su corpachón, y entra en "la cueva", que está precisamente abajo del improvisado salón de baile. La respiración de la caldera echaba afuera pequeños fragmentos de la leña encendida. La estrecha puerta se parece al ojo de un ser fabuloso; la caldera ruge como una bestia mitológica. En un rincón, don Roque reniega, como siempre, de la vida, de los veinte años pagados al hocico de la caldera, de la muerte que no llega, de su reuma. . . El Tuercas no hace caso del viejo; conoce ya sus locuras, y lo deja gruñir libremente. El Tuercas se desnuda de cintura arriba, cuelga a su cuello el mandil de vaquetas, echa mano al atizar y comienza a remover la hornaza. Allí está el Tuercas en acción. Bajo el recio torso los músculos se mueven en complicado juego; las venas saltan a flor de piel; el sudor brota a gotas sobre la epidermis de cobre y escurre en pequeños arroyos por el pecho velludo. En su rincón, el viejo Roque sigue gruñiendo.

Aquella tarde, después de atizar, el Tuercas vuelve la vista irritada en busca de algo. Cerca del petate del viejo encuentra un cántaro con agua que reparte entre la boca y el pecho sudoroso. Después, se sienta cerca de Roque y los dos hablan de la fiesta. Pronto se quedan los dos con la vista fija, como fascinados por el ojo ciclópeo de la caldera. A poco notan que la presión baja, y con un grito de "leña, leña" en dos pasos están de nuevo frente a la hornaza.

El patrón viene con sus invitados que visitan la fábrica; les advierte que no deben entrar porque está sucio, pero muchas

mujeres entran en loco tumulto. El viejo Roque gruñe furioso mientras, erguido frente a la caldera, con el pecho saliente, la grena en rebeldía y el gesto altanero, el Tuercas ve la extraña invasión. Todas las mujeres lo observan asombradas. La más pequeña, la más femenina se lanza hacia él, le ve muy de cerca y estira la mano para acariciar su barba. Al sentir la caricia, el Tuercas experimenta en todo su cuerpo una conmoción extraña: primero cree que se abraza, luego siente un frío terrible que corre por su espalda; el piso se mueve bajo sus plantas. El patrón comenta que ella hizo mella en el gigantón y ella declara que le gusta por macho. El tropel sale; en la cueva hay un momento de perfume y frescura. El Tuercas está loco de placer. ¡Qué manita tan fresca, tan suave y a la vez tan áspera, tan ardiente! El viejo Roque se ríe de él y el Tuercas se pone serio. Sí, es verdad: las "rotas" no son para él; son para los patronos. Pero persiste en pensar en ella, en sus ojos grandes, en su pequeña mano, en su caricia tan emocionante.

Roque le dice que es feo, que apesta, que sus manos torpes no son para acariciar, que es necio y estúpido, y que está muy lejos de ella; los separa a los dos una alta muralla de oro.

El joven ni siquiera escucha el sermón. Pegado a la pared ve vagamente hacia arriba. "Me gusta por macho" había dicho ella. . . Al fin, hace por serenarse y consigue aplacar el tumulto de sus sentimientos. Va hasta la puerta y sale al patio. Allí el aire de la noche serena un tanto el alma atormentada. Se sienta, y de nuevo deja trabajar su cerebro. . . Vuelve a divagar, hasta perderse en la ilusión. Se queda así largo rato. Atraído por la música, levanta la cara para ver las parejas por la ventana. "¿Se

habrá ido?" se pregunta, pero pronto la duda se aclara: en la terraza ve a una pareja unida por un beso largo, cálido, procaz.

Baja la cabeza y así permanece largo rato. Después, se pone en pie. Su gesto es el del hombre que ha tomado una determinación y marcha de nuevo hacia la cueva. Al entrar, clava la mirada a la carátula del manómetro, y después de hacinar mucha leña en la caldera, empieza a atizar con furor incontenible. A poco, la máquina brama; sus paredes parecen licuarse. Las agujas del manómetro dejan atrás la línea roja que marca el peligro de explosión. Arriba, el baile sigue.

El Tuercas grita a Roque que salga; que los de arriba, que ella, que todos deben volar con la caldera y con él, pero Roque también quiere volar para llegar a ser el primer fogonero del infierno y entre los dos meten en la caldera el leño más grueso que tienen.

Comentario

La Caldera es un trazo bastante rápido y hecho a fuertes pinceladas. Es un ejemplo del alcance que una actitud atrevida y descuidada puede llegar a tener. El Tuercas, gigante joven, probablemente sin experiencia con las mujeres y seguramente sin experiencia en el mundo de la joven, en los modales y costumbres de ese mundo, cree que él está enamorado. Por necedad y estupidez y un poco de locura, determina acabar con todo de una vez.

Pese a lo violento de la acción de nuestro pobre Tuercas su proceder es bastante simple. El es torpe, y en unos instantes, ha visto, ha sentido, ha amado; y porque no alcanza a ver solución a su problema, va a acabar no solamente consigo mismo sino también con ella y con los de su clase que están con ella. Su manera de protestar

contra el destino es fuerte y decisiva. La muerte acaba el problema que es sólo suyo.

Es interesante notar que don Roque, aunque loco, como viejo que es, comprende la situación y, aunque simpatiza con el Tuercas, sabe que no se puede resolver de una manera que el Tuercas querría porque la distancia entre él y ella es insuperable.

La Celda 18

En La Celda 18, el narrador interviene como uno de los protagonistas. Llevan a un grupo a la cárcel; el personaje principal, el narrador, es comunista y revolucionario que viene muy bien recomendado. Las gentes ven con interés al hombre que ha cometido el extraño delito. El sargento entrega al prisionero al alcaide con instrucciones de que lo vigilen estrechamente. El alcaide escribe las generales del comunista, y ordena que lo metan en la celda 18, en donde ya hay dos prisioneros: Rufino el loco y Ausencio Ruíz; "un terceto para meter miedo," dice el alcaide. Pero primero hay que registrarlo. Que no le dejen nada y que pasen todo a la oficina, para que lo turne a . . . donde corresponde.

El prisionero sigue al carcelero; tras sí puede oír crujir los herrajes, ¡la libertad perdida! Los que serán sus compañeros, sentados en el rincón jugaban baraja a la luz de un mechero improvisado. Apenas el carcelero desapareció, se ponen en pie y se le acercan al nuevo, haciendo gestos alarmantes. El comunista se mete en el rincón más cercano y se dispone a repelar la agresión. Pero opta por parlamentar y les pregunta qué quieren de él. Los dos dicen que todo lo que traiga será bien recibido. Dice que trae cigarros de tabaco. . . el loco se queda desconsolado. . . y dinero, no más

veinte centavos: esto satisface a los dos, y Ausencio, con cierta amabilidad, ofrece enseñar al comunista a jugar baraja, y los tres se hacen amigos inmediatamente. El juego resulta algo complicado y el comunista oye sin escuchar; la mecha ha aumentado la luz, y él observa la celda con su puerta angosta y baja, ventanillo en donde apenas se enmarcaría una cara, y bóveda oscura. Afuera se ve una estrella.

Al saltar la pregunta obligada: "Bueno, y tú, -- ¿Por qué cayistes?" el nuevo dice que por comunista, por revolucionario. Ausencio se recuerda que vino otro revolucionario pero nada más estuvo allí una noche, porque al otro día lo sacaron, y unos dicen que oyeron hasta la descarga de los máuseres. Ausencio era dulcero que andaba todo el día con su caja de merengues. Un día, vendió todo muy temprano y se fue a recoger. Llegado a la casa, encontró a su vieja "dándose sus besotes con el gachupín de 'Las Glorias de Franco'", sacó el puñal y, de una vez, acabó con el hombre. Pero su vieja fue a la comisaria, y allí está él. Ahora ella viene a llorar allí, pero él no le hace caso. El loco, al principio, no quiere decir porqué cayó en la cárcel, hasta que Ausencio amenaza pegarlo. El loco dice que lo acusan de haber matado a su sobrina, que era tan bonita, y dicen que después que la mató, la enterró en la cocina.

Los tres se quedan un momento sin hablar, pero de pronto, Ausencio dice al idiota que busque "la yerba". Tienen marihuana escondida en la celda. Primero Ausencio destripa uno de los cigarrillos que el comunista les ha regalado, le pone marihuana y lo prende en el mechero. Al idiota le gusta más con papel de periódico y pronto tiene entre sus dedos un rollo de marihuana torcida en un pedazo de

hoja impresa. Hacen fumar al comunista. Ausencio y el loco dicen locuras mientras el narrador ve por el ventanillo la estrellita que brilla intensamente. Y una cortina de humo verde se interpone entre ellos y la vida. . .

Comentario

Hay que admitir que nuestro terceto es "para meter miedo" como dice el alcaide. Rufino, el loco, quiere mucho a sus ratas "Rosita" y "Chole", y dice que le "acumulan" que mató a su sobrina, que era tan bonita y chiquita, y ¿cómo iba a matarla, hombre? Excita un poco la simpatía del lector a pesar de su crimen repugnante. Ausencio es menos simpático pero es humano y trata de enseñar el juego de cartas al revolucionario para divertirlo durante lo que podría ser sus últimas horas. En cuanto al narrador, no parece precisamente un monstruo. No sabemos qué crimen es el suyo aparte de ser revolucionario, qué crimen puede exigir la muerte, aunque Ausencio dice: "Bueno, pos yo creo que es pior lo que ustedes hacen, porque a nosotros nos dejan pudrir aquí adentro; pero a ustedes les dan 'agua' luego luego." Si nuestro revolucionario es de los que predicán y creen en el cambio por la fuerza y la violencia, seguramente merece la cárcel porque es una amenaza, como cualquier otro criminal.

En todo caso el cuento, aunque a veces gracioso, es bastante macabro. El ambiente de una celda de cárcel nunca es muy alegre, pero esta celda es particularmente deprimente: el ventanillo chiquito, la puerta baja y angosta, las ratas, el petate roído por las ratas, la cobija gris color tierra, la mugre, los dos asesinos, uno de ellos loco. . . todo huele a la muerte. ¡Ojalá que duren los efectos de la marihuana hasta que fusilen al revolucionario!

Porcelana

Porcelana es el último cuento de esta colección. Es una descripción de una noche, en una gran ciudad, y de la gente que vive de noche como las ratas, y desaparece al amanecer. Primero vemos un puesto de "café piquete", alrededor del cual dos o tres obreros beben a sorbos ruidosos, mientras el policía ronda a zancadas. Hace mucho frío. La puerta del hotelucho de la esquina se abre para dejar salir a una pareja. El hombre oculta la cara tras las solapas de su sobretodo; sin siquiera despedirse, se va en coche de alquiler después de dar unas señas complicadas. La mujer, tosiendo ruidosamente, se va hasta el policía de la esquina y le sonríe cariñosamente; él es su amante y ella le da el dinero que acaba de ganar. Contento, él sugiere que aunque su turno termina a las cinco, ya pasó la vigilancia y pueden ir a dormir muy calentitos. . . si ella trae para el hotel. Ella dice que el viejo cliente tomó el cuarto para toda la noche y que el dueño no le pondrá dificultades. El policía está de acuerdo; hace tres días que no "muerde" al dueño, pero antes de entrar en el hotel quiere ir a ver qué puede sacar a la del café porque hace dos horas que está vendiendo alcohol en "las propias barbas de la autoridad". Y entran en el hotel, mientras afuera hace más frío y los transeuntes son cada vez más escasos.

Una pordiosera se acerca al puesto del café; la luz deja ver su aspecto escalofriante: los pómulos carcomidos por repugnante mal; las cuencas rojizas y profundas de sus ojillos verdes; la nariz ganchuda; el cuello delgado y lleno de costras; los escasos pelos que caen en mechones grises y grasientos y la voz tipluda y cascada, como si las flemas alojadas en su garganta ahogasen los sonidos que

hacen las palabras; encanijada, corta de cuerpo, quizás debido a la joroba encaramada sobre sus hombros. Esa es Porcelana.

Pide su café como lo quiere, el aguardiente nada más teñido con unas gotas de café y un poco de azúcar. . . Habla con familiaridad a la vendedora que rehusa darle el café a menos que ella traiga dinero. Porcelana se ríe, diciendo que le regaló tres tostones un gringo que salía del Cabaret Imperial. Sí, le dió tres tostones que ella ha venido gastando en café con "chinguere" en todos los puestos del camino. La dueña del puesto le advierte que un día caerá para siempre en la cárcel. Pero Porcelana protesta, diciendo que todos ganan la vida como pueden: los canarios cantan en sus jaulas, los gusanos se arrastran dejando tras ellos su baba asquerosa; los policías hincan mordidas, y que ella, la otra, vende garbanzo quemado por café, y que las "güilas" gastan mucha saliva en cada beso. Antes ella vivía de otra forma; llevaba trajes elegantes, las pieles más finas llegadas a México, y andaba por las calles en su landó arrastrado por un par de yeguas inglesas. Los hombres de levita lloraban a sus pies, pidiendo que ella los quisiera sólo un ratito, y los artistas le pagaron muchas veces sólo por pintar sus manos. Las caricias de esas manos años antes valían un platal; ahora para huir de su contacto, es justo que le paguen algunos cobres. Dios primero le dió la gracia y la hermosura; ahora pus y pestilencia.

La señora del café le dice que se calle, que está espantando a la clientela. Porcelana se va con sus papeles que trae para dormir y se pierde en la oscuridad de una calleja; arregla su cama en el quicio de una puerta y se tira presa de una sensación de bienestar, de voluptuosidad inaudita; luego con súbita lujuria, se dice frases

dulces entrecortadas por un goce extraño. Sueña en las caricias de los señores enlevitados, en besos largos y esparmódicos, en el champaña, en el ruido de las pezuñas de sus caballos.

El frío del amanecer la hace chocar cruelmente contra la realidad, y empieza a temblar. El cerebro en desequilibrio produce la chispa que hace fuego; un vértigo se apodera de ella y su cuerpo se remueve poseído de horrible y monstruo deseo. En fin, plasma un proyecto audaz y salvador. Espera el paso del primer madrugador. No tarda mucho, dos siluetas aparecen doblando la esquina. Son dos jóvenes papeleros que van en busca de los diarios que venden. Van hablando de los negocios, y quejándose del frío. Porcelana, dulcificando su voz, suavemente dice:

"¿Quieres calentarte? Ven, ven cerca de mí, quedarás muy contento."

Los muchachos se ven sin saber qué decirse. Porcelana insiste:

"Ven, ¿Qué no eres hombre? Yo también tengo frío; mira como tiemblo. ¡Ven!"

Entonces el más joven guiña picarescamente a su compañero mientras le dice: "Vete, mi cuate, al rato nos vemos allá. . . Sepárame diez "Universales", ¿quieres?"

Comentario

Porcelana es un cuento de la vida nocturna de una gran ciudad con retratos de los varios tipos que pululan por la noche. Primero hay la prostituta que vende sus favores, pero que da su amor al policía su amante; este depravado que exige dinero de ella y de la vendedora de café, que hinca mordida al dueño del hotelucho, y que

deja su puesto antes de que termine su turno, para ir a acostarse con su amiga; luego tenemos a la mujer que vende café, o, según Porcelana, garbanzo quemado, y alcohol en las propias barbas de la autoridad. Allí están los trabajadores tomando café caliente antes de regresar a su casa, cansados por el trabajo y pensando en el frío que hará en el camino. Por fin, tenemos Porcelana, antes prostituta hermosa, rica, solicitada por los poderosos y por los artistas, y ahora vieja, fea, repugnante, sarnosa, y pestilente. Todavía piensa en la lujuria y seduce a un jovencito. El retrato que hace Rojas González de la prostituta no es grato pero sí fuerte e impresionante por la apariencia misérrima y la actitud odiosamente degradada de ese despojo humano.

Comentario sobre SED

Aunque se dice que entre los cuentos de Rojas González son los de ambiente campesino los de mayor éxito, me parece que presenta la vida ciudadana con igual acierto. En esta colección de doce cuentos, seis son de ambiente campesino. Creo que Rojas González se siente más feliz en este ambiente, que su gente le gusta. Sin duda, los campesinos le son simpáticos porque generalmente son más sinceros y más simples. Aunque Rojas González nació en Guadalajara, ciudad bastante grande, muy joven fue a vivir, con su familia, en la Barca, pueblo cercano de Guadalajara. Allí, parece que su vida fue feliz y lo que aprendió de joven, los gustos que desarrolló en esta época influyeron en toda su vida. Sabemos que más tarde, en su vida de diplomático, poco le impresionaron el brillo de los salones y la oficiosa cortesanía de la gente que lo rodeó. Pero, testigo infantil de la opresión de los pobres, la miseria y los sufrimientos de los campesinos sí impresionaron al joven inteligente y sensible.

No hay duda alguna que los cuentos de ambiente campesino son interesantes y generalmente conmovedores, tal como La Restitución y El Retorno. Sed y Trigo de Invierno son además inquietantes. Un Par de Piernas es gracioso, y Voy a Cantar un Corrido evoca la simpatía del lector por el Chato y su ambición.

No menos bien logrado son los cuentos de la ciudad. Cuatro Cartas de buena estructura técnica; Palomera López, que sostiene el interés y la sensación de calamidad inminente que crece hasta el clímax; La Caldera atormenta al lector por la manera de pensar del protagonista, el Tuercas. La Celda 18 es un cuento macabro, lleno de la mugre, del temor, y de la desesperación de la cárcel y de sus habitantes; Porcelana repugna al lector, todos los personajes son antipáticos degenerados, y Porcelana llega al ápice de la degradación. No podemos decir que los cuentos de la ciudad sean menos interesantes, ni menos bien escritos que los del campo.

CHIRRIN Y LA CELDA 18.

En 1944 apareció CHIRRIN Y LA CELDA 18. De los cuentos que contiene este libro, sólo uno es nuevo pues La Celda 18 ya había aparecido en la colección SED, de 1937.

Al volver de la escuela, los niños encontraron a Chirrin en casa. La mamá lo había comprado en el mercado, y los niños se quedaron asombrados ante las graciosas volteretas y emocionantes actos acrobáticos de la avecilla. Todos los niños de la vecindad vinieron a ver al lorito y, poco tiempo después, Nacho bautizó al huésped: Chirrin. Nacho pidió a la mamá permiso para que Chirrin se acostara con él pero ella le aseguró que los loros no duermen en camas; Nacho, aunque no quedó convencido, se sometió a lo que para él era un absurdo. Durmió solo.

Chirrin cobró popularidad entre el vecindario, repitiendo los ruidos y las palabras que oía. La madre también le enseñaba monerías pero, una vez, él enriqueció su vocabulario con una palabra fea que había escuchado de boca de don Juan cuando, al pasar tambaleante, tropezó contra el quicio de la puerta de la casa de Chirrin y se lastimó un pie. Cuando la madre oyó la palabra fea, el castigo no se hizo esperar: ella volteó sobre él una palangana de agua fría. Chirrin, hecho una sopa, alzó su pico y se puso a cantar un himno; con esto ganó un trozo de plátano.

Cuando Chirrin advertía la presencia de los niños en la casa, reía y pronunciaba el nombre de cada uno, luego se lanzaba en vuelo hasta ir a parar en el hombro de alguno de los pequeños. A veces Chirrin hacía peligrosas escapatorias; cruzaba el patio y llegaba al

dos, donde doña Micaela siempre tenía para él una golosina apetitosa. Los vecinos del nueve, mercaderes polacos, le hablaban en su idioma; de allí Chirrin seguía su recorrido hasta donde le daban tajadas de pan de huevo empanadas en chocolate. Pero su lugar preferido era el quince donde había, como en su propia casa, niños traviesos que jugaban con él. Fue allí donde, un día, perdió la vistosa cola. Chirrin regresó a casa triste y cabizbajo para escuchar las reprimendas de la madre y las cachufletas de los niños.

El vocabulario de Chirrin sólo comprendía palabras y frases propias de niños y de mujeres, porque en la casa no había hombres mayores. "El" partió un día en busca de trabajo a una finca del interior y nunca regresó. La madre echó sobre el recuerdo un piadoso velo: para sus hijos, papá murió en la noble empresa de buscar a la familia un bienestar nunca conseguido. Ahora las cosas iban de mal en peor y Chirrin pronto se dió cuenta de ello cuando su chilindrina mojada en leche fue sustituida por un pedazo de tortilla empapada en caldo de frijoles. Para la mamá cantaba sus canciones más románticas o decía frases más dulces. Una tarde la madre sacó de casa su radio viejo para empeñarlo. Laura, la del 21, dijo a los niños que nunca iban a juntarse con el radio; los niños se quedaron tristes hasta que Nacho decidió que no importaba pues Chirrin cantaba canciones más bonitas.

Una tarde, vino un señor con quien la madre habló por largo rato; después de dos o tres días el hombre volvió, pero ella hizo mentir a su hijo para fingir que ella había salido. Poco después, cuando los niños estaban a punto de terminar su tarea escolar y la madre planchaba, se oyeron fuertes toques en la puerta. Entraron tres

hombres; la madre los invitó a sentarse y ellos recorrieron con la vista todo el recinto; no pudieron ocultar su decepción. Uno preguntó si ella estaba dispuesta a pagar los sesenta pesos que debía, y dijo que habían venido a practicar una diligencia si ella pagara. La madre confesó que no podía pagar y el hombre le pidió que señalara algunos bienes para embargarlos de acuerdo con la ley. No pudieron señalar la "Singer" porque era instrumento de trabajo.

De pronto se oyó la voz de Chirrin, y el actuario señaló al loro como objeto de embargo. La madre se quedó muda por un momento y luego objetó diciendo que el loro no valía nada pero que era el único juguete, la única diversión de sus hijos.

El abogado señaló al loro y salieron los tres hombres con Chirrin en su jaula. Cuando trasponían la puerta, Chirrin dejó caer una pluma de su panacho y Pepe se apresuró a recogerla; luego la puso cuidadosamente entre las hojas de su libro de lectura. Nacho lloró y lloró y sus hermanitos, todos, rodearon para abrazarlo muy estrechamente. La madre se puso a dar lustre al cuello de una camisa.

Comentario

En Chirrin, Rojas González nos presenta, una vez más, muestra evidente de su conocimiento de la psicología de los niños. Aquí, mientras los niños tienen a Chirrin, en la casa hay felicidad y alegría. La descripción de la madre trabajando mientras los niños hacen su tarea escolar es muy expresiva del ambiente de amor de orden que reina en esa casa. Como hemos notado antes, los niños que aparecen en los cuentos del autor se hacen amables por la viva sensibilidad que manifiestan. El dibujo es seguro, ligero y, a la vez, claro y preciso. En pocas palabras el autor presenta al niño y al joven

de modo que, para el lector, es fácil asimilarlo a su propia imaginación como un ser real y viviente. La aparente crueldad del actuario es en realidad un simple acto legal -- aunque increíble por el nulo valor del ave -- que sólo sirve para dar a la historia un desenlace atono con la ternura de todo la situación planteada en este cuento.

CUENTOS DE AYER Y DE HOY

En 1946 apareció la colección de cuentos llamada CUENTOS DE AYER Y DE HOY. Es interesante observar que el título no quiere decir que se trata de cuentos del pasado y del presente, sino que fueron escritos en diferentes épocas. De los 24 cuentos que forman la colección, 16 ya habían aparecido en colecciones anteriores; Guarapo en . . . Y OTROS CUENTOS, en 1931; El Parajeador, Guadalupe "El Diente de Oro", Lancaster Kid, Tragedia Grotesca, ¡Fuera con yo!, La accesoria, y El Caso de Pancho Planas habían aparecido en la colección EL PAJAREADOR, en 1934; La Restitución, El Retorno, Sed, Trigo de Invierno, Voy a Cantar un Corrido, La Celda 18, y La Maestra de Segundo están en la colección SED, que apareció en 1937.

En el prólogo de CUENTOS DE AYER Y DE HOY, la Editorial declara que Rojas González se negó a revisar sus antiguas producciones, diciendo que una obra literaria, como una arquitectónica, pierde su equilibrio y armonía, con retoques. A pesar de eso, notamos que el cuento llamado La Maestra de Segundo en CUENTOS DE AYER Y DE HOY, en la colección SED se llama Un Par de Piernas, y además sí contiene retoques, aunque en nada destruyen el equilibrio del cuento. También Chirrin, que fue publicado antes, está aquí. Así es que lo nuevo en este libro se reduce a ocho cuentos "de hoy".

Silencio en las Sombras

El primero "de hoy" es Silencio en las Sombras, cuento tierno y conmovedor.

Un día aquel hombre apareció en la vida del narrador al pedirle ayuda para cruzar la calle porque al otro lado iba a tomar

su tranvía. El vehículo que él esperaba era el mismo que el narrador tomaría y desde ese día, a menudo viajaban juntos. El era profesor de la Escuela Nacional de Ciegos y Sordomudos, donde se había educado. No conocía los colores, nunca vió la montaña, ni el alba, ni el crepúsculo. . . era ciego de nacimiento.

Luego, después de más de un mes, volvieron a encontrarse. Se acogieron con cariño. El ciego iba vestido de luto y se veía muy triste.

"La semana pasada -- dijo -- tuve una gran pena: murió mi esposa."

A bordo del tranvía, la ocasión fue propicia para la confidencia. El ciego narró su vida.

"La sentí por primera vez -- dijo -- en la escuela hace cuatro años." El empezaba a dar sus clases de lectura a los ciegos; ella estudiaba. Ese día celebraban una fiesta y tenían asientos contiguos. El contacto accidental con el brazo desnudo de la muchacha le produjo una impresión indescriptible. El le habló pero sólo hubo silencio. Cuando el Quinteto de la escuela terminó la Elegía de Massanet, él volvió a hablar; otra vez silencio. Poco a poco él iba conociendo a su vecina: su cuerpo exhalaba un olor grato, atractivo, muy apreciable para un ciego; la respiración calmada le indicaba que su temperamento era tranquilo y apacible, y él la supuso linda, robusta, sana. Fue aquello un "amor a primera vista".

La fiesta pasó rápidamente; el público salió, y en el salón quedaron sólo maestros y alumnos. Ella se quedó sentada. A poco el director de la escuela dió órdenes: "Los ciegos deben permanecer en sus asientos mientras los mudos desalojan la sala." Hubo

un momento de silencio; ella se puso en pie; era sordamuda. Cuando pasó cerca de él, la mano de la señorita buscó la suya y un momento permanecieron enlazadas.

Desde entonces su recuerdo vivió en el cerebro del ciego, en su tacto, en su olfato. Pasaron los meses y jamás volvió a saber de ella. La quimera siguió adelante, se hizo amor, y el amor maduró en la pasión.

Su condición de maestro le permitía visitar todas las dependencias de la escuela. Un día buscó en el plantel de sordomudos, pero sólo fue a chocar contra uno de los pilares del corredor. De súbito, una angustia mortal se hizo en él; se sentía sólo, perdido en un desierto tenebroso, y lloró. Una mano lo tomó por el brazo y lo condujo bruscamente hasta la puerta de salida. Él estaba cierto de que ella lo había visto; creía que ella lo amaba tanto como la amaba él, y por segunda vez, se atrevió a entrar en el plantel de sordomudos. Esta vez fue más discreto y caminó cerca de los muros del corredor y llegó hasta el portón que conducía al huerto. Una mano se puso sobre su brazo y lo condujo hasta el interior del huerto. Aquella mano pequeña, palpitante, cogió la suya y así caminaron; las manos se acariciaron y se dijeron mil cosas apasionadas; después vino el beso fugitivo y tímido.

Estas entrevistas se repitieron hasta el día en que una maestra llegó hasta ellos. Fueron conducidos al director, acusados de violar la estricta moral reglamentaria. Pero antes de escuchar la reprimenda del director, él declaró que querían casarse. Se casaron y fueron a vivir en Tlalpan. Eran felices. Ella lo guiaba todas las mañanas hasta la estación del tranvía y, al regreso, apenas

bajaba su primer pie del estribo ya la mano cariñosa y atenta se tendía para evitarle un paso falso. Cuando él preparaba sus clases del día siguiente, ella trabajaba en la casa y de vez en vez se acercaba para acariciarlo y darle un beso. Antes de comer, lo acicalaba; le peinaba el pelo cuidadosamente, apretaba el nudo de su corbata, equilibraba las solapas de su chaqueta.

El aprendió el alfabeto de los sordomudos y trató de enseñarle la escritura en el sistema de Braille, pero sin éxito. Una noche notó que ella iba a tener un hijo; la felicidad fue desbordante para los dos. Durante aquellos días llegaron a entenderse aún más y vino felizmente al mundo una hija saludable; sus ojos estaban vivos, abiertos y sanos. A pesar de esto, la angustia de la madre se prolongó hasta el día en que la niña volteó la cara hacia la sonaja que ella agitaba entre sus manos. Durante meses enteros él hablaba a la niña y sabía que ella escuchaba sus palabras; la madre, en torno, frente a la niña hacía piruetas que ella festejaba ruidosamente. Así estuvieron seguros de que la niña podía ver y oír.

Un día, Rebeca se fue inesperada y silenciosamente, tal como había llegado. Un escultor amigo hará un busto de la muerta; así el ciego podrá palpar su hermoso perfil para no olvidarlo jamás. De su cartera sacó el retrato que había de servir de modelo al escultor.

"Bella, ¿es verdad?" dice el pobre ciego.

"¿Bella? Sí, amigo mío, bella y mucho," responde el narrador.

La fotografía muestra una mujer de facciones vulgares, rechoncha, rubia descolorida. . . en sus ojos brilla el fulgor de inteligencia y en sus labios plegados se advierte la voluntad. . .

Comentario

Este cuento bifurca la atención del lector por una parte a un concepto de la belleza, aquel que la considera no basada en la sustancialidad de lo físico, sino en el equilibrio del espíritu. El ciego intuye en la mujer la belleza espiritual y se siente tan seguro de ella que de allí deriva la convicción de que es hermosa. Ciego, está libre del posible engaño de la belleza externa. El entendimiento perfecto entre él y ella es fácilmente comprensible por los caracteres de ambos que los aíslan del peligro de la confusión de los valores. El otro punto de interés que el autor recalca es el hecho de la hipergudeza de los sentidos cuando alguno de ellos falta. El percibe el aroma, supervaloriza el contacto de la piel; mide la intensidad de la respiración, y de todo ello deduce, todo lo interpreta para concluir con una imagen que, si bien visto con los ojos del cuerpo, es equivocada. Para él es válida pues satisface sus anhelos.

El Honor

El Honor es un cuento irónico que hace ver uno de los tantos modos de entender lo que es el honor.

En una noche de enero, noche fría, sopla el viento, y el narrador pasa por una calle pobre de la ciudad. En la esquina una mujer pega su cuerpo al braserillo y de vez en vez su voz chillona implora la atención de los que pasan, "¡A la castaña asada!" Más allá hay una taberna en la puerta de la cual dos albañiles discuten sobre el seguro social y sobre la última faena de Silverio. Frente a la taberna hay un hotel con su anuncio luminoso.

En las sombras hay una mujer recargada a la pared; es lo de siempre, una prostituta que busca un "viejo". Entona su "ven" de

siempre, pero pronto se da cuenta de la apatía del transeunte. El se detiene para mirarla: es una chiquilla fea y anémica. Su cuerpecito cobra movimientos procaces dignos de una mona en brama; ella sabe su oficio pero cambia su táctica al descubrir que por ese camino no llegará a su meta. Ahora dice que tiene mucho frío y trata de meterse dentro del abrigo del hombre; esta treta tampoco tiene buen éxito. El, como respuesta y despedida, le hace una caricia en la cara y trata de seguir su camino. Desesperada, ella dice que la verdad es que no tiene con que amanecer y que tiene mucha hambre. El hombre está a punto de darle un billete cuando entra en escena un tercer personaje, un joven vigoroso, bien plantado y altanero que sale del hotel y se lanza furiosamente contra la mujer y la llena de injurias. Ella, sumisa y callada, entra en el hotel.

Luego, el salvaje encara al hombre:

"¿Por qué la ha tomado usted? Sépase que le tengo prohibido recibir dinero sin que lo haya desquitado. . . Si quiere darle algo, suba a su cuarto: ella tiene como y con qué ganárselo. . . ¡No necesita limosna!"

Luego, congestionado de furor, grita:

"Es bueno que vaya usted conociendo a las gentes de vergüenza y de honor. . . !"

Comentario

La idea del autor en este cuento es de hacer notar una de las muchas variantes del concepto del honor. Nos la da de manera evidentemente caricaturesca pero muy eficaz, pues aunque trata un caso aislado y extremo, mueve mucho al lector a recordar los distintos modos en que los autores españoles del siglo de oro español trataron

el tema.

El joven del cuento, que vive de lo que "gana" su amiga, considera normal su actitud con tal que ella proceda de acuerdo con lo que, para él, es ganar la vida honradamente: ella tiene algo que vender y lo vende; no puede aceptar limosna sin comprometer su dignidad y aun más siente que su propio honor le exige defender en ella lo que estima propio de las "gentes de vergüenza y de honor". No parece siquiera pensar que su propia posición respecto de la muchacha sea nada indigna.

La presentación literaria es, como en todo momento de nuestro autor, muy acertada. Hay, como siempre, una superposición de cuadros fijos que establecen un fondo completo de realismo que, a su vez, prepara la escena principal de modo que nos parece viva: la vendedora de castañas arrebujaada junto al bracerillo; dos albañiles que discuten; el hotel con su anuncio luminoso y, todavía más, "la figura humana que realzaba del muro", todo es fijo, estático. . . Luego viene el movimiento: "ven" es la entrada en escena de la muchacha y de allí parte la acción.

Una Cáscara en la Banqueta

Una Cáscara en la Banqueta es un retrato rápido y seguro de un miserable más.

La luminosa tarde iba desapareciendo con el sol que declina allá en el poniente. En la alameda central pasan los niños, los limpiabotas, los turistas y cuando el hombre del cuento alcanzó la banca, su cabeza estaba a punto de reventar y sus piernas flaquean; el hambre clava sus garras en el vientre vacío. No pudo llegar hasta la fuente a tomar un trago de agua. Se sienta, aprieta el

nudo de su corbata y alinea las rayas de su pantalón roído, y bruscamente enclavija sus manos sobre sus piernas.

Un perro llega hasta él para olisquear las valencianas deshilachadas de su pantalón y él lo aparta con un movimiento tímido, para quedarse después sumido por un sopor muy parecido al sueño.

Al despertar bruscamente, estira las piernas y mira pasar la gente. Pasa un niño comiendo una naranja; la fruta provoca en el cuerpo del hombre un estremecimiento incontrolable de lucha interna entre el deseo imperativo y la voluntad de dominio. A tres pasos de él queda la cáscara; un instante pensó en el peligro que la cáscara representa para un peatón despreocupado. Todos los pasos sorteaban la cáscara de naranja, pero él advierte a un vejete que estuvo a punto de pisarlo y resbalar. Su pensamiento pasa de una cosa a otra pero siempre regresa a la cáscara que está allí a tres pasos. Ahora pasan sobre ella dos pies de mujer perfectamente calzados; ahora el zapatón de un obrero alcanza a machacar parte de la cáscara sin que llegue a suceder más. Pero piensa en su responsabilidad; si alguien resbala en la cáscara; si hay un hueso roto o una contusión grave. . .

No pudo contenerse: se lanza hacia la cáscara, la tiene un momento entre sus manos, y viendo que nadie ha observado su maniobra, se la lleva a la boca y la devora. Vuelve a la banca. Enfrente parpadea un rótulo luminoso: Restaurant. . . Restaurant. . . Restaurant. . . Cierra los ojos, pero el fondo de su cerebro es una fiel pantalla: Restaurant. . . Restaurant. . . Restaurant. . .

Luego, las ideas chocan en su cerebro. La calle pasa vertiginosamente ante sus ojos; al fin pese al vértigo, logra fijar una idea: la fuente no está muy lejos. Se levanta para alcanzarla. Por

la acera viene una dama y, prendido de su mano engantada, un niño que con voz chillona pide:

"Mamá, cómprame un globo, mamá, cómprame. . ."

El hombre nota como se corta la frase en los instantes en que él inicia su marcha tambaleante; para no caerse, apoya sus manos en un tronco de un árbol.

"¿Qué le pasa, mamá? ¿Qué tiene ese hombre?"

No se oye la respuesta de la madre, pero sí

"Mamá, cómprame un borracho."

Comentario

También aquí aparece un doble enfoque: aunque la historia gira en torno de la miseria del hombre y de la "cáscara en la banqueta" y aunque bien pudiera concluirse en la obsesión provocada por el rótulo "restaurant. . . restaurant. . ." pasa a un nuevo clímax, el de la ironía resultante de la inocencia del niño: "Mamá, cómprame un borracho."

En medio de la situación del realismo de las circunstancias miserables del hombre, hay la captación acertada del aspecto psicológico: la lucha que se establece entre el hambre y la dignidad que se ha manifestado ya en la preocupación del arreglo de las rayas del pantalón en el momento mismo en que está a punto de desfallecer por la debilidad. El aparente motivo del interés en recoger la cáscara para apartar el peligro de los paseantes, oculta el móvil subconsciente que es, en realidad, el afán de devorarla." Hay también ironía en el contraste de la miseria angustiosa que hace tambalear el hombre, con la despreocupación de la dama enguantada al declarar borracho al infeliz hambriento.

Un Nuevo Procedimiento

Un cuento imaginativo y fantástico es Un Nuevo Procedimiento.

A aquel señor los médicos habían diagnosticado desde una hipertrofia renal hasta un ciervo endurecido en pleno subconsciente; sus consultas a homeópatas, naturalistas herbolarios, cirujanos, y psiconalistas habían recrudecido su esplín. Era un hombre que tenía cierta erudición: sus viajes -- hechos en el Baedeker, por cierto -- le habían familiarizado con los más conocidos hoteles; por sus lecturas conocía a las gentes notables, aristócratas, artistas, aventureros. . . y las piezas de valor artístico que guardaban los salones de los museos del mundo. Sus conocimientos de estética provenían de hojear catálogos o de escuchar hora tras hora la música de su discoteca. Coleccionaba autógrafos; era dueño de un ex-libris; era miembro de muchas sociedades científicas; fumaba cigarrillos egipcios. A pesar de todo eso, le aburría su existencia y, un día, pensó en el suicidio.

Luego pensó en los métodos más socorridos; ninguno era digno de él. Hojeó los periódicos; consultó el recetario de Soiza Reilly; y pidió consejo a los atormentados: Zola, Huysmans, Andreiev.

Sus amigos lo veían cada vez más demacrado. Una tarde amenazante, lo vieron tranquilo, calmado como si acabara de aplicarse su acostumbrada dosis de heroína y "cuando las gotas gordas tamborilearon sobre los techos," él llegó a su casa. "La tempestad rodaba como pelota entre el sube y baja de las nubes y los relámpagos iluminaban la tarde."

Entró en su gabinete, cerró puertas y ventanas, y llegó hasta cubrir con papeles engomados los ojos de las cerraduras, las ranuras todas, y los más pequeños interstices. Después, puso el

gabinete a media luz y conectó el radio. Se echó sobre su más comfortable chaiselongue y allí se quedó.

En el radio se oían anunciadores, estática, anuncios, ruidos, música, las notas escalofrantes de la Cabalgata de las Walkrias, y más y más, un torrente incontenido e incontenible de ruidos, melodías trozadas, palabras, gritos. . . La pequeña estancia era insuficiente para soportar el aluvión y el suicida empezó a sentir una dulce pesadez sobre su cuerpo y una pasta de notas sobrenadaba en el cuarto; los ruidos, las palabras y las melodías corrientes se amontonaban en el piso; ya casi no había lugar para el cuerpo semiyerto; el radio seguía su vómito endemoniado.

Pasaba el ruido contenido apenas por los gruesos muros de la sala. Una pared de rumores opacos se interpuso entre él y la luz. Luego se desplomó pesadamente sobre el cuerpo del vencido.

En la mañana, cuando la casera abrió la estancia, un estallido rompió los cristales e hizo temblar la casa. La alcoba quedó vacía de ruidos y un arroyito de murmullos se escurrió por el quicio durante algunas horas.

Dentro de la pieza, el cadáver apretaba entre sus manos un puñado de escarcha, remate del "Viaje de Invierno" de Schubert.

Comentario

Este cuento, distinto a todos los otros cuentos de Rojas González, es una fantasía interesante probablemente inspirada en varios hechos: el poder de ruidos sobre el intelecto y aun sobre lo físico hasta llegar una nota aguda a estrellar objetos de cristal y hasta a causar la muerte. Según se dice, la voz de Caruso podía romper un vaso de cristal. Además la fuerza de la voluntad, ejercida en campo

propicio, el uso de la heroína, todo concurría a hacer verosímil el cuento. Si se hiciera observación de la incongruencia de los por-menores que le dan el tono fantástico: la "pasta de notas", el "sedimento despreciable, plomoso. . . que se amontonaba en el piso", el "fantasma azul. . . en un rincón", el "collar de corales" que "pendía del perchero" y que "era el fragmento de la despedazada serenata Mexicana". . . Hasta aquí puede atribuirse lo imaginativo de la descripción al estado progresivo de aniquilamiento agónico del suicida. . . Pero, ¿qué decir de: el "estallido" que rompió los cristales "cuando la casera del hombre esplinático abrió la estancia"? ¿Y de que el "cadáver apretaba entre sus manos un puñado de escarcha, remate del 'Viaje de Invierno' de Franz Pedro Schubert"?

Queda, pues, un cuento fantástico que aunque sigue un camino distinto de la preocupación frecuente -- si no habitual -- del autor acerca de las miserias sociales en un plano local, esto es de los desheredados de la fortuna y de la sociedad, no por ello desmerece en el vigor y la estimable elevación del estilo que siempre hallamos en los cuentos de Rojas González.

Mateo el Evangelista

También en Mateo el Evangelista, Rojas González se aparta de su tema frecuente, el de la miseria humana en el ambiente determinado.

Hasta la mesilla del escribano público llegaba una procesión de hombres y de mujeres cargados con sus bagajes de penas, de esperanzas, de recuerdos o de alegrías. Mateo el Evangelista recogía todo eso amorosamente y con los golpecillos sobre el teclado de la "Oliver" forjaba la relación apasionada, o la misiva empapada

de lágrimas. Los compañeros de Mateo progresaban día con día. Ellos, en sus máquinas flamantes, redactaban documentos oficiales, recibos, solicitudes, etcétera. . . servicios por los que cobraban sumas casi astronómicas, para el viejecito, que aborrecía la rutina burocrática, porque para él, su misión en el portal de Santo Domingo era recoger para sí lo peor de la parroquia. Su modesta actividad le daba para obtener pequeñas compensaciones materiales: los cigarrillos; alguna copa solitaria y silenciosa; el chocolate a la española acompañado de unos bizcochitos.

Por la mañana, Mateo arreglaba el teclado, y esperaba el trabajo inicial.

De pronto venía una vieja trémula que quería una carta para su hijo que estaba en la Peni, y cuando ella decía que nunca volvería a verlo, Mateo se emocionaba y la ternura lo llenaba el corazón durante varias horas. A veces él que venía era un joven pálido por la anemia y el cansancio y solicitaba una carta en la que imploraba perdón. Las cartas amorosas salían de sus manos con fluidez y cada vez que escribía, se metamorfoseaba en el escritor y se ponía alegre o sufría, según el caso.

Cuando no tenía nada que hacer, Mateo vivía su propia vida. ¡Cuánta soledad; qué anhelos estrangulados! Su alma era sensible negativo de cámara oscura, preparada para recoger la más pequeña partícula de luz que se proyectase. Vivía para todos; había llorado en silencio. En la vieja pupila de Mateo se reflejaba todo un pasado de dolorosa agonía. La clientela escaseaba.

Una mañana llegó a su mesa un individuo sombrío e impresionante; antes de hablar, sus dedos tamborilearon en la mesa;

luego, casi en secreto, dictó unas palabras:

"No se culpe a nadie de mi muerte."

La vieja "Oliver" crugió dolorosamente; por la espalda de Mateo corrió un calosfrío; el alma transparente del escribano había recibido el lívido reflejo de la amargura infinita y del dolor irremediable. . .

Al otro día, los compañeros de Mateo colectaron los instrumentos de trabajo abandonados. Notaron que la "Oliver" no funcionaba; se la envió al taller de reparaciones y de allí regresó con la indicación de que "su compostura resultaría incosteable". La pobre "Oliver" también había muerto.

Comentario

Mateo el Evangelista es un cuento imaginativo que se desenvuelve en la tragedia interior de un espíritu extraordinariamente sensible que ejerce su ternura en las penas de los demás hasta el extremo de morir. Es definitivamente romántica la muerte de la "Oliver". Ambos, heridos en muerte con el tiempo y las emociones reciben el golpe final, ese golpe que es ajeno pero que alcanza al delicado espíritu del viejo y que de él se trasmite a la fiel compañera de trabajo y de tristezas.

¿Dónde está el Burro?

¿Dónde está el Burro? es un cuento satírico.

El hombre de ciencia y su discípulo regresan a la gran ciudad después de asistir a un congreso indigenista; tienen prisa porque van a un five o'clock tea que, en honor del maestro, preparan en la capital las damas de la "Sociedad de Amigos del Indio". El

maestro pide al chofer más velocidad porque faltan sólo dos horas para el momento de la cita.

El discípulo halaga al maestro; dice mil frases trilladas: todas las que parecen armonizar con las bien conocidas teorías indigenistas del científico: "la ciencia al servicio de la colectividad"; "la energía encauzada hacia el mejoramiento de todo un pueblo agonizante de hambre y de sed", "presa del monstruo de la epidemia", "acogotado por el reptil de la ignorancia." Luego viene el ataque implacable a "la ciencia por la ciencia", "charca pestilente en la que habían naufragado más de cien colegas."

Sin notar siquiera que ya ha cansado al maestro, el discípulo sigue hablando ahora concretamente del congreso y de los miles de dollicocéfalos. . .

Esta última palabra desborda el enfado del maestro que no puede contener un brusco movimiento de ira y lanza al discípulo una mirada fulminante cuando dice:

"Los pames son braquicéfalos."

El otro se permite argumentar que hay autoridades: Lumholtz, Boas, McGee, Powers, que aseguran. . .

"¡Los pames son braquicéfalos!" dice categóricamente el maestro.

Al darse cuenta de que el hombre de ciencia está irritado, el discípulo trata de "parchar la armonía destrozada tan torpemente" por él y vuelve a la adulación: este "país espera su salvación de hombres como usted"; dice también que, por fortuna, los científicamente capacitados se aprestan a dar batalla para la redención de sus gentes, porque saben que el remedio de los males no está en proyectar y aprobar bonitas leyes ni en escribir brillantes "tiradas", sino que la solución

se obtiene tras el planteo del problema en el propio terreno de los hechos y así se podrá decir con autoridad, de las vidas mutiladas, de los dolores ahogados, y de las inquietudes espirituales que se convierten en complejos.

El "gran hombre" no puede resistir a la lisonja y admite que, en efecto, valen todos los sacrificios cuando se ponen al servicio de estos miserables incomprensidos. Y nuevamente el discípulo: "su amor por los indios es ya proverbial; de eso se habla en todo México y aun en el extranjero. . ."

El proyectil da en el blanco; el humor del maestro ha mejorado; sin excederse, obsequia al discípulo una sonrisa seca. Al mismo tiempo, invita al chofer a acelerar la velocidad del auto porque "no es propio que las damas de la 'Sociedad de Amigos del Indio' me esperen más de la cuenta."

Poco tiempo después pasan junto a un pueblecillo de aborígenes que está al lado del camino. De pronto, el auto se sacude de modo que saca de sus sitios a los ocupantes; los frenos chirrían macabramente y las llantas resbalan sobre la carretera. Sin hablar, los hombres bajan del coche; diez metros atrás ven el cuerpo inmóvil de un indio y cerca de él, despanzurrado, el burro, su compañero. El chofer corre en socorro del agonizante; discípulo y maestro se acercan al herido con pasos irresolutos. Cuando el chofer pone sobre sus piernas la cabeza del lesionado, en los ojos del discípulo se ve una chispa de triunfo:

"Perdone, maestro," -- dice -- "pero los pames son dolico-céfalos, vea usted el cráneo alargado. . ."

El científico no escucha; ordena al chofer:

"Arrástralo hasta la cuneta; en el próximo poblado daremos cuenta a las autoridades para que vengan a levantarlo. . . Estos bobos. En fin, vámonos: no es correcto hacer esperar tanto tiempo a mis anfitriones. . . Por lo demás, querido discípulo, los pames son braquicéfalos: a éste se le ve la cabeza alargada porque el golpe se la ha deformado. Mi doctrina antropológica queda en pie."

En el fondo de la cuneta se puede oír una voz:

"¡Mí burro, jefecitos! . . . Ay, se los encargó! . . ."

Comentario

En ¿Dónde está el Burro? Rojas González aborda concretamente por primera vez el aspecto del indigenismo propio de su orientación hacia la antropología. Dije antes que este cuento es cuento satírico. La sátira se nos da en la ironía de las actitudes del "científico" y aun en las del discípulo. Aquel preconiza hasta el fanatismo el valor del indio como elemento integrante racial del país y sus doctrinas se estrellan contra su conducta frente a la realidad que el accidente del indio pone en su camino. El discípulo, a su vez, se manifiesta incongruente: halaga, adula, teme y de pronto, frente a la verdad, que habrá de confirmar su propia opinión, descuida sus esfuerzos anteriores y . . .

"Perdone, maestro, pero los pames son dollicocéfalos."

La nota humana del indio señala otro punto de contraste que fija la ironía: él es más atento a la seguridad del burro que a la suya propia; para el "gran hombre" no importa el indio, ni siquiera el ser humano.

El Carro Caja

En El Carro Caja, que no es propiamente un cuento, el

autor vuelve a un ambiente que ya ha tratado: la Revolución.

Un tren va a México; consta de la máquina, diez furgones con víveres, unos seis carros-jaula cargados con reses agonizantes de sed y de fastidio, y dos carros de carga que se van llenando de gente en cada parada. Aquella gente, más que de la guerra civil, huye de la miseria aparejada al anormal estado de cosas. Casi todos son del campo. Las mujeres están echadas sobre el piso del furgón y los hombres hablan quedamente y comentan los graves sucesos, o hablan de lo que el camino les ofrece.

Dentro, un sacerdote reza el rosario, y algunas mujeres contestan. Al fondo del furgón, un viejo ranchero se queja horriblemente sobre un montón de paja que le sirve de lecho, mientras una muchacha trata de alentarlo. El pobre tiene una pulmonía fulminante. Las mujeres se acercan a opinar respecto del mal y aconsejan sus remedios predilectos.

A poco, cuando el tren ha devorado más tiempo que espacio, la noche cae sobre los campos. Dentro del carro se oyen los gemidos de los niños friolentos. Luego, poco a poco, el tren se detiene.

Entran campesinos: un charro gigantesco; una mujer regordeta que lleva a su hijo cargado a la espalda y en las manos un gran canasto y la jaula que encierra un loro; tras ellos un aluz de rancheros que pisotean a los niños y a las mujeres: hay ruidos, gritos, confusión, maldiciones, y carcajadas. El ambiente huele a sudor agrio y a pañales de niño. El conductor trata de checar los pasajes; los pasajeros, por temor de perder los boletos, los han escondido en el último pliegare de sus vestidos. El conductor batalla y maltrata a los torpes viajeros hasta que da con una mujer que, mirándolo desde los

balcones de un par de ojeras, pone entre él y el cumplimento de su deber la barrera de su sonrisa. Todos van a la Capital.

El conductor y la de las ojeras entran en confianza y pronto, pasan a las bromas encendidas, mientras las rancheras sentadas cerca de ellos se tapan la cara con el rebozo y hacen que no escuchan; los hombres se ríen con malicia, se ven unos a otros, sin intervenir en la charla.

Una botella de tequila pasa de mano en mano, de boca en boca; la alegría sube hasta el grado de la canción procaz y entre canción y canción se oyen los quejidos del enfermo, las oraciones del sacerdote, alternando con los gritos llorosos de los niños, o con algún lamento, o una carcajada. Dos o tres horas más y un "parón" inesperado viene a despertar a los somnolientos.

El conductor asoma la cabeza por una de las puertas, salta al andén y habla largamente con el despachador. Sin volver al carro, el conductor grita:

"Es Tacuba. Todo el mundo abajo, porque por orden superior ningún tren puede entrar en Colonia."

Los pasajeros, sin protestar, empiezan a removerse y a abandonar lentamente el furgón.

Dentro sólo quedaba la basura; la peste anidada en los rincones; y la mujer de las ojeras boca arriba en medio de la puerta, apretando entre la entrepierna una botella a medio llenar.

La muchacha, de rodillas junto a su padre, le ayuda a bien morir:

"Sal, alma cristiana, de este cuerpo pecador. . ."

Comentario

El Carro Caja no es un cuento sino más bien, por su forma, una sucesión de cuadros sin más relación entre sí que el escenario general; instantáneas de eventos marginales con respecto a la revolución. Es un estudio muy breve de lo asqueroso, de la mugre, del desorden que la huida produce entre la pobre gente que se apiña en un carro de carga con la esperanza de llegar al lugar seguro. Describe escenas palpitantes de vida y de muerte, todo en el fondo común de confusión. Así, fuera, está la lucha guerrera; dentro sigue la vida con sus realidades y sus desenlaces, toques interesantes: la mujer que lleva el loro en su jaula; deja atrás todos sus bienes, sólo piensa en salvar a su hijo. . . y a la avecilla; la mujer que de pronto grita: "Mira, Apolonio, este viejo abusivo me está pellizcando."; la mujer borracha, compañera incidental del conductor, que se queda allí durmiendo en el piso del carro.

Y no falta la botella de tequila, gran consolador que opone una barrera entre la angustiada realidad del presente y el futuro. Hay también el aspecto más serio, el de la muerte; el sacerdote que reza y el viejo que agoniza presa de la pulmonía, y la hija que trata de alentarlo:

"Ya, papá; cálmese por vida suya. Dios quiera que de una vez lleguemos a México. Allí el doctor le quitará ese dolor de costado. . ."

El autor ha vuelto a su tema clave, el de la miseria colectiva. Otra vez estamos frente al grupo que convive en medio del caos que es, ahora, el de la desbandada por la revolución.

Los Dolientes

Los Dolientes es el último cuento de la colección.

El difunto está tendido sobre una cruz pintada con cal viva en el suelo apisonado del jacal; "parece irracional que por aquella herida tan chica -- apenas si alcanzaba el vuelo de un garbanzo -- se hubiera escapado toda su vida."

Afuera, los hombres hablan en voz baja, temiendo despertar al eternamente dormido, mientras adentro, las sombras de las mujeres se pierden en los rincones.

Las mujeres inician la enésima plegaria. El rumor de sus voces calosfría a los hombres, y al fin, el gallo anuncia oficialmente la llegada del alba. Los hombres, píamente echan el cuerpo del prójimo dentro del féretro de madera de encino; seis fortachones encaraman el ataúd a sus hombros y encabezan el cortejo: sigue todo el pueblo rezongando letanías; atrás vienen los muchachos quemando cohetes; más atrás, algunas viejas lanzando vivos alaridos; todo el ruidoso pesar de los campesinos.

Para llegar al cementerio, hay que vadear ríos, saltar barrancas: siguen por estrechos atajos y caminos de venados, y, de cuando en cuando, los cargadores se turnan y vuelven a confundirse entre el grupo de dolientes. Por fin, la montaña se queda atrás y viene el valle reseco y polvoriento. El peso de un sol de canícula doblega a los hercúleos y en sus gargantas la sed clava sus garras, pero el pueblo ya está cerca y el último turno echa el féretro a sus espaldas; la jornada toca su fin.

A la entrada del poblado, la pulquería les sale al paso. Sobre la banqueta es depositado el ataúd y los hombres entran a calmar

la sed en enormes tinajas. Entran las mujeres y los niños. . . y los hombres doblan la ración. Beben en silencio; a poco, uno deja escapar un alarido incontenible y ya viene la charla, las bromas, la risa sofocada, la canción cortada por hipo alcohólico. . . el olvido.

La tarde pasa inadvertida. El consumo importa algunas docenas de pesos, pero cuando se hace una colecta entre los ebrios, apenas juntan algunos cobres sudados y hediondos.

La solución llega fácil, espontáneamente: allí está el difunto; tan bueno y tan macho en vida, no se negaría a prestar el último servicio a sus paisanos. Se queda en prenda, empeñado mientras tío Anacleto regresa al rancho para vender el mantecoso cochino prometido en venta a don Roque Hijares, el de la tienda grande. Ante esa solución, muchas parejas se pierden entre las callejuelas, buscando más lóbregos rincones.

"Junto al féretro, sólo queda una sombra. . . hecha ovillo de sollozos."

Comentario

En Los Dolientes tenemos una prueba más de que la vida es inexorable y sigue a pesar de todo. Pronto, los dolientes olvidan al difunto y a su viuda afligida. Aquí, hay exposición costumbrista que no hemos hallado en otros cuentos. El costumbrismo deja en segundo término al aspecto anecdótico que es bien simple. El autor no filosofa en torno de la imprevisión y del descuido de la gente; sólo expone como tantas veces lo ha hecho; deja abierta la puerta al comentario; así, el lector es libre para llevar su atención al aspecto folklórico o para establecer sus propios juicios, todo sin perjuicio, de lo narrativo que tiene en sí mismo la gracia de lo

cómicamente trágico.

Comentario sobre CUENTOS DE AYER Y DE HOY

En CUENTOS DE AYER Y DE HOY el autor nos presenta una colección con una gran variedad de argumentos.

El Caso de Pancho Planas, Lancaster Kid, El Retorno, Voy a Cantar un Corrido, La Restitución, y El Carro Caja tienen como fondo más o menos definido la Revolución. No es, sin embargo, la Revolución propiamente lo que parece interesar al autor, sino el protagonista y los efectos de la guerra sobre él. Casi siempre se interesa en un tipo humano particular.

Un Nuevo Procedimiento desenvuelve la teoría fantástica en parte de que los sonidos pueden matar. La fantasía va más allá de esto: se extiende hasta lo poético de situaciones imaginarias que crean un fondo de misterio en torno de la teoría insinuada. También en Mateo el Evangelista hay un clima casi fantástico en lo extremo de la sensibilidad de Mateo y de su vieja "Oliver".

En Guarapo, El Pajareador y La Maestra de Segundo nos presenta jovencitos, casi niños, en su primer encuentro con las realidades de la vida.

Nos enseña la crueldad del hombre en Guadalupe "El Diente de Oro" y en ¿Dónde está el Burro?. En Guadalupe, la crueldad es propia de la ignorancia y de la codicia. En ¿Dónde está el Burro? el caso es más complejo: la crueldad se asienta en la personalidad misma del individuo y aparece más reprochable pues choca contra los alardes de un humanitarismo indigenista.

En Silencio en las Sombras nos presenta un cuento tierno, emocionante y romántico, a la vez que un estudio de hechos evidentes

de la vida de los lisiados.

La rígida realidad de la prisión aparece en La Celda 18; en El Honor, vemos una divertida e interesante interpretación de lo que es el honor.

El autor nos presenta su tema predilecto: los pobres, en Tragedia Grotasca, La Accesoria, ¡Fuera con Yo!, Trigo de Invierno, Sed, Chirrín, Una Cáscara en la Banqueta, y Los Dolientes.

Notamos que nunca predica, nunca nos dice qué conclusiones debemos hacer sobre los hechos que nos presenta, aunque a veces parece evidente en dónde están sus simpatías.

EL DIOSERO

Después de la muerte de Rojas González, se publicó en 1952 EL DIOSERO, colección de cuentos, todos nuevos; unos indigenistas, otros costumbristas pero de ambiente indígena también.

La Tona

La Tona es el primer cuento de la colección.

Crisanta descendía por la vereda hasta el río; a cada paso, el aire de la tarde calosfriaba su cuerpo encorvado al peso de la leña que llevaba, la marcha se hacía más penosa porque el vientre estaba urgido de preñez. Hubo un momento en que las piernas se negaron al impulso y vacilaron. Con pasos inseguros la india buscó las riberas, desató el macapal y depositó la leña en el suelo. Luego, como lo hacen todas las Zoques, remangó hasta arriba de la cintura su faldita, para sentarse en cuclillas, con las piernas abiertas y las manos crispadas sobre las rodillas. Entonces se esforzó, respirando profunda e irregularmente. Después hizo de sus manos utensilios de consuelo, pasándolas por el vientre excesivo. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano. De pronto la sed se hizo otra tortura, y ella se arrastró hasta llegar al río en donde intentó beber, pero la náusea se opuso cuantas veces quiso pasar un trago. Allí la halló Simón, su marido.

Cuando llegó hasta Crisanta, ella lo recibió con palabras duras en lengua zoque; Simón se hizo el sordo, la levantó en brazos para conducirla a su choza, y después fue en busca de Altagracia, la vieja que moría de hambre en aquel pueblo en donde las mujeres se las arreglaban solas, a orillas del río, sin más ayuda que sus manos, su

esfuerzo y sus gemidos.

Altagracia vino al jacal, encendió un manajo de ocote y, en seguida, con ademanes complicados y posturas misteriosas, rezó un credo al revés: fórmula, según ella, muy linda para sacar de apuros a la más comprometida. Después siguió practicando algunos tocamientos sobre la barriga deforme.

La vieja daba a Crisanta muchos consejos; Crisanta hacía cuanto la vieja le decía y más. Todo en vano. Mientras la vieja echaba toda su habilidad, toda su experiencia. Entretanto, Simón, para distraer el "enervamiento", se había puesto a trabajar en un rincón de la choza.

Altagracia, sudorosa y desgañada, siguió sus esfuerzos hasta que Crisanta se desmayó. Entonces Altagracia dijo que tendrían que suspender a Crisanta del techo para hacer con ella "el columpio" y a poco, Crisanta era un títere que pateaba y se retorció pendiente de la coyunda. Altagracia empujó el cuerpo de la joven pero Crisanta ya no hacía nada por ella: había caído en un desmayo convulso.

Altagracia envió a Simón a comprar chile seco para ponerlo en las brasas para que el humo hiciera toser a Crisanta.

En el camino, Simón encuentra a Trinidad Pérez que le aconseja ir al campamento de los ingenieros de la carretera; allí está un doctor que le ayudará. Sin reflexionar siquiera, Simón va al campamento. Allí, frente al médico, Simón no tiene necesidad de hablar mucho. El médico, un viejo amable y bromista, entiende el mal español del indio y le pregunta si está bueno el camino hasta el pueblo; el camino sí está bueno; el médico monta en su bicicleta y se va a toda prisa.

Un poco más tarde, cuando Simón regresa a su choza, Crisanta está cubierta con un sarape; Altagracia retira de la lumbre una gran tinaja de agua caliente, y el médico desmontaba la aguja de la jeringa hipodérmica.

"Hicimos un machito," dice Crisanta con voz débil.

"¿Macho?" pregunta Simón orgulloso, "Ya lo decía yo. . ."

Entonces Simón toma las cenizas del fogón y sale del jacal. Altagracia explica que Simón regará la ceniza alrededor de la casa; al amanecer, saldrá otra vez para ver qué animal ha dejado sus huellas en la ceniza y éste será la tona del niño, quien llevará el nombre del pájaro o de la bestia que primero haya venido a saludarlo. La tona lo cuidará y será su amiga siempre, hasta la muerte.

Cuando Simón entra, el médico se dispone a irse. Simón le ofrece en pago un poco de sal; el médico, sin aceptar, le da las gracias, y promete volver con medicinas para que el niño crezca saludable y bonito. Simón dice que quiere que el médico sea su compadre; que lleve a bautizar al niño. Acepta el médico. Cuando regresa el miércoles, la esquila llama a misa, los zoques vestidos de limpio esperan en el atrio, la chirimia toca aires alegres y los cohetes truenan.

Y allí viene la comitiva bautismal: Crisanta carga a su hijo, la sigue Altagracia, la madrina. Atrás vienen Simón y el médico, charlando amigablemente. El médico pregunta qué nombre van a poner al niño.

"Pos, verá usted, compadrito doctor. . . Damián, porque así dice el calendario de la iglesia. . . y Becicleta, porque ésa es su tona, así me lo dijo la ceniza. . ."

Comentario

La Tona es un cuento simpático, gracioso, y a la vez tierno. La ceremonia de regar cenizas alrededor de la casa para descubrir la tona del niño es interesante, y aunque en este caso el resultado podría ser un poco ridículo, no lo es a causa de la seriedad y de la fe de Simón. La sencillez y la honestidad del joven lo hace parecer muy grato y amable.

El médico es "buena gente", como dice Trinidad Pérez; acepta socorrer a Crisanta aunque sabe que Simón no podrá pagarle; comprende que la oferta de ser el compadre de Simón que se le otorga es un honor; y acepta con seriedad el nombre que Simón va a dar a su hijo.

En este cuento se puede ver que el autor comprendía y estimaba a los indios. Con buen éxito, pone a su protagonista en una situación en que podría parecer ridículo, pero, en vez de eso, parece sencillo, honesto, amable y simpático. También es interesante notar la mezcla de la religión católica con las viejas supersticiones que casi siempre se encuentra entre los indígenas de todos los países.

Los Novios

Los Novios, más que un cuento es una descripción de unas costumbres de los indios tzeltales.

El joven, de una familia de alfareros, y cuyas manos desde mucho tiempo han aprendido a redondear la forma y a manejar el barro, es hijo único. Desde hace tiempo un dulce vértigo se ha apoderado de él, y, a veces, tararea una tonadita tristoná.

Cierto día, su padre, al sorprender el canturreo, dice:

"Ese pájaro quiere tuna."

El joven no vuelve a cantar, pero su padre, Juan Lucas, ya sabe el secreto de su hijo.

Ella es pequeña, redonda, y suave. Día tras día pasa frente al portalillo de Juan Lucas, donde el joven está sentado ante una vasija de barro crudo. Un día, chocan sus miradas. No hubo ni chispa, ni llama, ni incendio, pero desde entonces, ella acortaba sus pasos frente a la casa del alfarero; él suspendía su labor y alzaba los ojos para seguir con ellos la silueta de la muchacha.

Una tarde, el padre sigue con la suya la mirada de su hijo hasta llegar al sitio en que éste la ha clavado.

"¿Esa es?" pregunta en seco el viejo.

"Sí," responde el muchacho, y esconde su desconcierto en la reanudación de la tarea.

Juan Lucas va a ver al "Prencipal" quien escucha solícito la demanda de aquél, y los dos van a la casa de la elegida.

El "Prencipal" y Juan Lucas tienen que hacer las tres demandas que pide la exigente etiqueta tzeltal.

La primera vez, Mateo Bautista, el padre de la joven, pretende no saber por qué vinieron Juan Lucas y el "Prencipal". Los dos padres desprestigian a sus hijos; en un rincón Bibiana Petra, la madre de la joven, sonrío: habrá boda, como se puede ver por el buen cariz que toman las cosas. Antes de irse, Juan Lucas ofrece los regalos que Mateo Bautista debe rechazar. Son éstos chocolates, cigarrillos de hoja, leña, y "ocote".

A la semana siguiente, la entrevista se repite y en aquella ocasión visitantes y visitado deben beber mucho guaro; así lo hacen. Mas la petición reiterada no se acepta y tampoco los presentes, ahora

enriquecidos con jabones de olor, marquetas de panela y un saco de sal. La niña ha dejado de ir por agua al río y así no pasa frente a la casa de su pretendiente.

Durante la tercera visita, Mateo Bautista ha de sucumbir con elegancia: acepta los regalos y se habla de fechas y de padrinos; todo lo arreglan los viejos con el mejor tino.

Ahora viene el día. Bibiana Petra y su hija han pasado la noche en vela en la molienda de boda a la cual han concurrido las vecinas. En grandes cazuelas hierve el mole negro; Mateo Bautista ha llegado con dos garrafones de guaro, y la casa espera la llegada de la comitiva del novio.

Ya están aquí. El y ella se miran por primera vez a corta distancia; la muchacha sonrío; él se pone grave y baja la cabeza. El "Prencipal" está en medio del jacal y a sus pies se arrodilla la pareja mientras la concurrencia los rodea. El "Prencipal" habla de derechos para el hombre y de sumisiones para la mujer; de órdenes de él y de acatamientos de ella. Luego los novios "se toman de manos" y el "Prencipal" reza con ellos. Ella se pone en pie, va hacia el suegro y besa sus plantas. El la alza y la entrega a su hijo.

Por fin, entra en acción Bibiana Petra; con solemnidad dice al yerno:

"Es tu mujer; cuando quieras, puedes llevarla a tu casa para que te caliente el tapexco."

El joven responde con la frase consagrada:

"Bueno, madre, tu lo quieres. . ."

La pareja sale lenta y humilde; al torcer el vallado, él toma entre sus dedos el regordete meñique de ella mientras escuchan, bobos, el trino de un jilguero.

Comentario

Es éste un cuento puramente costumbrista, pues, en realidad, el tema aparece sólo como pretexto para exponer costumbres indígenas extraordinariamente interesantes y novedosas.

Las Vacas de Quiviquinta

Las Vacas de Quiviquinta es el título sarcástico de un cuento triste y amargo.

Los perros de Quiviquinta tienen hambre, pero también tienen hambre los hombres, las mujeres, y los niños, porque en las trojes se ha agotado el grano; en los zarcos ya no hay queso, y de los garabatos no cuelga ni un pingajo de cecina.

En los jacales de los coras se ha acallado el palmoteo de las mujeres porque falta el nixtamal; no hay masa para las tortillas y sobre los comales se cuecen negros discos de cebada. Los viejos se quejan de que las gordas de cebada no son comida de cristianos.

Esteban Luna lamenta que no tendrán semilla para el año siguiente. Martina, su mujer, sonrío a la caricia de una pequeñuela que pende con labios y manecitas de un pecho carnudo, abundante y moreno como cantarito de barro.

Esteban, taciturno, anuncia a Martina que irá a Acaponeta a buscar trabajo, pero Martina protesta: ¿Qué harán ella y la hijita sin él?

Desde la puerta del jacal donde ha escuchado esas palabras, Evaristo Rocha, amigo de la casa, dice que ya regresaron del norte Jesús Trajo y Madaleno Rivera; que vienen más muertos de hambre que los de Quiviquinta. Dicen que no hay trabajo por ningún lado y que las tierras están anegadas hasta Escuinapa. . .

Esteban dice que ahora, con la cebada, los mezquites, los nopales, y la guámara la van pasando, pero ¿Qué van a hacer cuando lleguen las secas?; que los únicos que la están pasando regular son los que tienen animalitos y que los huevos de su gallina son para Martina que los necesita. . . ¡Y don Remigio está vendiendo leche a veinte centavos el cuartillo. . .!

El jueves es día de mercado en Quiviquinta. Esteban y Martina, limpios de cuerpo y de ropas, van allí, más por costumbre que por necesidad; Esteban carga una gallina que quiere vender, pero le ofrecen tan poco que no la vende.

De súbito, se oye un ruido diferente en el mercado; es el motor de un automóvil que se acerca. El pueblo está aislado de la carretera, y es raro que un automóvil llegue hasta allí. Del coche baja una pareja que parece buscar algo. En seco, se paran frente a Esteban y Martina que está dando de comer a su hija: ya han encontrado lo que buscan. Buscan una nodriza para su hijito y ofrecen a Martina llevarla a Tepic con ellos; le ofrecen veinte pesos mensuales, buena comida, buena cama, buen trato. . .

Martina no responde, pero Esteban dice un "no" muy seco.

Luego el hombre ofrece veinticinco pesos; otra vez Esteban dice su no; aquél ofrece cincuenta pesos.

Martina pregunta si le da setenta y cinco pesos y la lleva "a media leche".

El pobre de Esteban quiere hablar, pero no le dejan.

Le darán setenta y cinco pesos "de leche entera".

Martina acepta, alegando que ella está obligada a ayudar a Esteban; que con el dinero que va a ganar, él podrá criar a la niña

con leche de cabra mediada con arroz. . .

La pobre dice a su marido al dejarlo;

"Si don Remigio tiene sus vacas, d'ionde sacar el avío, pal' año qu'entra, tú, Esteban también tienes la tuya. . . y más rendidora. . ."

Y el forastero, al arrancar el coche:

"Estas indias coras tienen fama de ser muy buenas lecheras. . ."

Martina se va con los extraños, mientras Esteban, con su hija, toma el camino hacia su casa; va despacio, arrastrando los pies y sin volver la cara.

Comentario

Las Vacas de Quiviqinta hace pensar en The Grapes of Wrath, novela de John Steinbeck. Esta novela narra los sufrimientos de los campesinos del oeste, sobre todo de Oklahoma, durante la sequía y los vientos que duraron varios años en esta parte de los Estados Unidos.

En Quiviqinta y sus alrededores hay hambre porque las milpas amarillearon antes del jilote y el agua hizo charca en la raíz de las matas. La gente está desesperada; Martina se sacrifica y se va a Tepic para amamantar un niño ajeno, dejando a su marido y a su propia hijita; situación dramática de los que frecuentemente fijan la atención de nuestro autor.

Hículi Hualula

Hículi Hualula es un cuento que capta el interés y la imaginación del lector.

El narrador presencia la escena; en su propio jacal, una mujer cuenta al patriarca de Tezompa que el "tío" mató a su hombre

porque la noche anterior llegó a casa borracho y diciendo cosas horribles, y más de tres veces dudó del "tío".

El patriarca, por ser más viejo y el más sabio, es el único que puede llamar Hículi Hualula al "tío", que es bueno cuando lo respetan, pero, en cambio, cuando lo provocan es perverso, vengativo, malo. Cuando el viejo se da cuenta de que ha pronunciado el nombre frente a un extraño, sigue hablando con la mujer en su propio idioma, mas era tarde: el raro nombre está ya escrito en la libreta del investigador.

El viejo dice que es bueno dejar a la viuda sin más compañía que su pena, y los hombres salen del jacal.

Al salir, el investigador pregunta acerca de Hículi Hualula; el patriarca objeta que este nombre sólo él puede pronunciarlo sin incurrir su enojo. Aunque el investigador insiste el viejo no habla más; el investigador comprende que sólo podrá saber algo con una serie de preguntas discretas.

Una mañana, cuando doña Lucía, la mestiza, le preparaba una tizana de quina, volvió a preguntar acerca de Hículi Hualula. Las huicholes, criadas de doña Lucía, se taparon los oídos y salieron del jacal, horrorizadas. Doña Lucía dijo que sus criadas no regresarían hasta que la luna nueva deshiciese el hechizo, y que él no debe volver a pronunciar esas palabras; luego le vuelve la espalda sin decir más.

El, esa misma tarde, va a recoger la letra de una balada agrícola que un campesino, Catarino, va a pronunciar. El investigador lo felicita por su bonita milpa. Catarino dice que con la ayuda de Dios y del "tío" las milpas crecen. . . pero eso es todo y el escritor sigue sin saber más que el "tío" puede ser bueno, o malo, según el caso.

En el camino de regreso a Tezompan, encuentra a Mateo San

Juan, el maestro rural, huichol de pura raza. Mateo es inteligente, accesible, y comunicativo, pero ante la pregunta acerca de Hículi Hualula, Mateo cambia su actitud y sólo dice que de él no espere ninguna luz acerca del "tío" y bruscamente se va.

Llega el sábado y con él, la última esperanza: el cura de Colotlán quizás pueda aclarar el misterio que lo inquieta. Pero el cura no sabe mucho más: los indígenas "lo" llaman el "tío" y lo suponen hermano del "tata Dios"; para ellos es tan poderoso que el pueblo entero puede dormir tranquilo si se sabe bajo su protección. . . y el "tío" es cruel y vengativo para quien lo injurie o pronuncie su nombre. . .

Una noche, Mateo viene a su casa y le dice que lo ha pensado mucho y ha decidido que el mundo entero debe conocer al "tío", aunque con su revelación expone su vida; que no teme al "tío" sino a los "sobrinos".

El investigador cree que se trata del peyote: no es eso. Mateo le entrega un bultito que encierra el misterio que un laboratorio en México podrá aclarar. Un ayudante es encargado de enviar el paquete por correo a México, al Instituto de Biología.

Antes de salir de Tezompan, el narrador va a ver a Mateo, pero éste ya ha sufrido la venganza de los "sobrinos" del "tío": está tendido en una estera de palma, su cara desfigurada a golpes y su cuerpo molido a palos. . .

Cuando el investigador regresa a México, su primera visita es para el Instituto de Biología. Allí desconocen por completo al "tío"; jamás llegó su encomienda postal. Hace una pesquisa en el correo con resultados también negativos. Escribe a su ayudante sin recibir respuesta; por fin un telegrama sí es contestado. El joven

le suplica que no vuelva a hablar del asunto porque "estuvo a punto de ser fatal para el suscrito". Luego escribe a Mateo; su carta le es devuelta. Su último recurso es el cura de Colotlán. Pocos días después recibe una carta del sacerdote: Mateo se ha ido a los Estados Unidos de bracero; no lo puede ayudar de ninguna manera acerca del asunto del "tío"; y le aconseja que no intente un nuevo viaje a Tezompan.

Comentario

Hículi Hualula tiene un interés particular que radica fundamentalmente en el misterio: ¿Qué es el "tío"? Produce la impresión de que el afán de sostener latente el misterio es lo que hace el autor alternar indicios de sospecha y de duda, en cuanto a identificar al "tío" con el peyote.

Alfonso Soto Soria en "Los Huicholes" en la revista Artes de México dice:

"El hambre colectiva es común en diversas épocas del año. Quizá a eso se debe el uso continuo del peyote, cuyo alcaloide hace insensible al individuo en sus más imperiosas necesidades (página 8). Para ciertas enfermedades usan el agua de algunos manantiales y el jiculi o peyote, que es el *Anhalonium luntii* o *Echinocactus Williamsii*. El peyote produce alucinaciones de fuerte y variado colorido; no sólo alivia de todo cansancio, sino que se siente renacer el esfuerzo. (página 12) Su danza principal sigue siendo la del jiculi que se celebra al aire libre, en un patio o campo donde están el templo y los adoratorios. (página 14) Cuando han transcurrido las fiestas pluviales, la tribu dirige su atención al lejano genio protector de su país, el pequeño cactus llamado jiculi, que se recoge lejos de su región. . . en el Estado de San Luis Potosí. (página 15)"

La semejanza entre la primera parte del nombre del "tío" en el cuento Hículi Hualula y el que se da al peyote "jiculi" hace pensar en la posibilidad que se trata de la misma cactacea. Esta posibilidad se fortalece con otra coincidencia, ahora respecto a la segunda parte del nombre, Hualula, que ofrece semejanza con el nombre científico Echinocactus Williamsii.

Isaac Ochoterena en Las Cactaceas de México dice que "cuando se toma peyote se siente una gran alegría, y aplaca toda sensación de hambre y sed." El cura dijo: "Para ellos, es tan poderoso que el pueblo entero puede dormir tranquilo si se sabe bajo su protección."

Así, parece que el "tío", el Hículi Hualula del cuento es el peyote ya conocido, aunque en el cuento, Mateo lo niega: "El peyote es conocido de ustedes hace muchos años. . . el "tío" es otra cosa. . ."

Tal como Mateo dice, el uso del peyote es malo -- esto debido al abuso; malo también es el "tío" "cuando se le provoca. . ." "Es perverso, vengativo, malo. . ."

Esa "otra cosa" de Mateo parece coincidir por su carácter divino -- "lo suponen hermano de Tata Dios" -- con el hongo mágico que estudia R. Gordon Wasson en En Busca del Hongo Mágico. El dice:

"En una aldea mexicana tan lejana que la mayoría de sus habitantes no hablan español, mi amigo Allan Richardson y yo compartimos con una hospitalaria familia india una "comunión sagrada" en la cual adoraron primero y se consumieron luego, ciertos hongos 'divinos'. . . Los hongos producen visiones a quienes los comen. . . Richardson y yo fuimos los primeros blancos que comimos los hongos divinos, cuyas propiedades guardan en secreto, desde hace muchos siglos,

varios grupos de indígenas que viven al margen del progreso en el sur de México. Ningún antropólogo ha descrito hasta hoy la escena que allí presenciamos."

A pesar de que Wasson dice que sus experiencias fueron en la sierra en el sur de México, Soto Soria dice que los peyoteros tardan más de cuarenta días en el viaje para recoger el peyote o jiculi; no es imposible que fueron hasta el sur para recoger el "tío".

Aunque el "tío" sea "otra cosa" como dice Mateo, y aunque esta "otra cosa" podría ser el hongo de que escribe Wasson, hay más motivos para afirmar que se trata del peyote.

Es interesante notar aquí que el diario de México, El Universal en su edición del 13 de julio de 1961, anuncia que llegó a la capital el día 12, M. Roger Helm, científico francés, para hacer un estudio de seis meses del hongo mexicano que produce alucinaciones en color. Monsieur Helm, director del Museo Nacional de Historia Natural de París, declaró que recientemente se ha usado con gran éxito el hongo en el tratamiento de neuróticos.

El Cenzontle y la Vereda

El Cenzontle y la Vereda es el relato de una expedición de estudio hecho a San Marcos Yólox, para estudiar a los indios chinantecos.

En la escuelita abandonada, los de la expedición disponen su aparato técnico y la primera semana pasa entre la inquietud de todos y las protestas de los europeos del grupo. Los europeos arguyen que si los indios se niegan a ser estudiados deben ser obligados, a punta de bayoneta si es necesario. . . Los mexicanos, que conocen a los indios, tiemblan al pensar en un acto de violencia con los chinantecos.

Un sábado, ya han logrado algo: un mendigo ebrio accede a

dejarse estudiar; entonces funcionan los aparatos niquelados: el antropómetro, los compases de Martín, el dianamómetro, y la báscula; hay pruebas sanguíneas y hasta el intento de un metabolismo basal. Cuando el primer caso salió del laboratorio con una decorosa gala en metálico, se nota en los futuros sujetos mejor comprensión y hasta cierta simpatía.

Mas las cosas se complican con un hecho insólito: por el cielo de Yólox pasa un avión, algo nunca escrito en los anales del pueblo. El pánico entre los indios es terrible: las mujeres aprietan entre sus brazos a los críos; los hombres preparan sus hondas y sus escopetas, y cuando el visitante no grato desaparece, los indios van al laboratorio. Allí, los científicos explican como pueden lo que es un avión; los indios se van aterrorizados y rencorosos.

Sólo queda allí una familia, gente triste, enferma y acongojada. Es una familia de tres personas; el padre imbécil, la madre pequeñita, preñada y la hija con ojos mongoloides. Todos son presa del paludismo, pero para los científicos son cifras con que operar y otra vez salen los aparatos científicos. Después les dan comprimidos de quinina.

En la plaza de Yólox, los chinantecos hablan, discuten, se acaloran, ven al cielo y levantan los puños.

Los europeos desesperaban, y el narrador opta por buscar un medio conciliador: va a ver al viejo intérprete, pero éste se niega a ayudarlos. Los indios creen que los miden para "criar esos pajarotes que se mantienen con manteca de cristianos, y que ahora quieren llevarse la grasa de los chinantecos para llenar el buche de esos gavilanes gigantescos." Los indios condenan al grupo dos horas para salir. Ellos prefieren no esperar: salen, pero en oprobiosa huida,

mientras tras ellos corren los pedruscos, las injurias y las maldiciones.

La amanecida los sorprende al encumbrar el puerto de María Andrea. Alguno abomina de los indios, diciendo que son pérfidos y mal agradecidos; otro sale en su defensa, diciendo que han sufrido tanto que su desconfianza y su temor se justifican.

En el camino encuentran a la familia enferma. Se detienen y les preguntan si han probado las medicinas. El hombre dice que sí, que están mejores y, separando el cuello de su camisa, enseña un collar de comprimidos de quinina bermejos y brillantes, mientras dice:

"El mal ya no se nos acerca; le tiene miedo al sartal de piedras milagrosas."

Y, a partir de aquel instante, nadie habla de la ingratitud de los indios, ni de su brutalidad, ni de sus descortesías. . .

Comentario

Otra vez, en El Cenizote y la Vereda podemos ver la simpatía, la comprensión, y la conmiseración de Rojas González para los indios. Los conoce y los comprende, y como dice en el cuento:

"Han sufrido tanto, que su desconfianza y su temor se justifican."

A pesar de que el grupo tuvo que salir de Yólox sin terminar los estudios emprendidos, la fe y la gratitud de la familia enferma los recompensa por todos sus esfuerzos. Este, como otros "cuentos" tiene más de relación de hechos reales descubiertos en el terreno de la investigación científica que de cuento propiamente dicho.

La Parábola del Joven Tuerto

La Parábola del Joven Tuerto es un cuento que nos hace ver que las bendiciones toman muchos modos subjetivos.

Desde joven el tuerto advirtió el defecto, pero con filosófica resignación se decía: "teniendo uno bueno, el otro resulta un lujo." Llegó a suponer que todos veían con misericordia su tacha. Mas, un día, ocurrió que cuando pasaba frente a la escuela en el preciso momento en que los muchachos salían, supo que no todos pensaban como él.

"Ahí va el tuerto," dijo una voz.

Y otra vez, también al pasar frente a la escuela, las risas y las burlas llegaron a sus oídos con acentos nuevos. Desde entonces la vida se le hizo ingrata.

Llegaron las vacaciones y los escolares dejaron el aula; la muchachada se dispersó por el pueblo; pero, para el tuerto, la zona peligrosa solamente se había diluido: se extendía por todas las calles, por todas las plazas. . . El no lloraba; se mordía los labios, berreaba, maldecía, y amenazaba con los puños apretados.

Para curar el ojo, la madre había recurrido a la terapéutica de las comadres; al fin se olvidaron los remedios caseros para ir en busca de las recetas del médico. Al fallar los medios humanos, se decidió buscar el concurso de la divinidad: prometió a la Virgen de San Juan de los Lagos llevar a su santuario al joven, quien sería portador de un ojo de plata, exvoto que ofrecían a cambio del milagro de templar la inclemencia del muchacherío.

Cuando todo estuvo listo para el viaje, emprendieron la caminata con el designio de llegar frente al altar precisamente por los días de la feria. En el santuario fueron una molecula de la muchecumbre, nadie notara su presencia ni, menos que eso, descubriera la falla del tuerto. Para la madre, esto era el principio del milagro.

La víspera del regreso, el cielo era un incendio; millares

de cohetes reventaban en escándalo de luz, al estallido de su vientre ahito de salitre y de pólvora. El muchacho seguía, embobado, la trayectoria de un cohete; de pronto sintió un golpe tremendo en el ojo sano. . . Oscuridad, dolor, lamentos. La multitud lo rodeó; la madre gritaba: "La varilla de un cohete ha dejado a mi muchachito ciego; busque un doctor, en caridad de Dios. . ."

La madre fue lazarillo en el viaje de regreso.

. . . "Ya sabía yo, hijito, que la Virgen de San Juan no nos iba a negar un milagro. . . ¡Porque lo que ha hecho contigo es un milagro patente!"

El muchacho no comprende. Ella continúa:

"Cuando te vean en el pueblo, todos quedarán chasqueados, y no van a tener más remedio que buscar otro tuerto de quien burlarse. . . Porque tú, hijo mío, ya no eres tuerto."

En fin, él entiende: "Volveremos al Santuario el año que entra para agradecer las mercedes a Nuestra Señora."

Lentamente, siguen su camino.

Comentario

La comprensión del autor otra vez vuelve a manifestarse, al poner de manifiesto la ingenuidad de la madre en la interpretación del milagro. Trata la actitud sencilla de su protagonista con afectuosa simpatía, con admiración ante la fe que impregna a la gente del pueblo. Y así hace al ciego exclamar: "Volveremos al Santuario el año que entra para agradecer las mercedes a Nuestra Señora."

La Venganza de "Carlos Mango"

La Venganza de "Carlos Mango" es un cuento que nos hace ver la astucia y la sutileza de los indios.

Es la víspera del día de Reyes. En Chalma, muchas "compañías" de danzantes han desfilado: los otomíes ofrecieron el baile de "Los Tocotines"; los matlazincas ensayaron la danza de "La Mariposa y la Flor"; los pames lucieron sus trajes de lustrina morada y amarilla en la danza de "La Conquista"; unas muchachas aztecas ofrendaron retablos floridos e incensarios humeantes de mirra al trigüeño crucificado; un caballero tepehua puso a prueba la habilidad de sus pies desnudos en una pantomima estridente y ridícula; la orquesta de tarascos durante largas horas ejecutó "Nana Amalia", cancioncilla pegajosa que habla de amores y de "sospiros".

Ahora que atardece, están en escena los mazahuas, danzando ante el Señor la farsa de "Los Moros y Cristianos"; se simula una batalla entre gentiles y "los doce Pares de Francia" que encabeza nada menos que el "Emperador Carlos Mango".

El aspecto de "Carlos Mango" gana la simpatía del narrador; lo sigue en todas sus evoluciones hasta que los cristianos han dispersado a la morisma, y "Carlos Mango" recita con voz de trueno esta cuarteta:

Detente moro valiente
no saltes la muralla,
si quieres llevarte a Cristo,
te llevas una tiznada. . .

Después de la danza, "Carlos Mango" reza ante el crucificado de Chalma y sale del templo. Saluda a la multitud con grandes ademanes, y se dirige hacia el extremo del atrio donde está un grupo de mujeres y niños. A poco, se arranca la artificial pelambre alazana y queda convertido en un anciano de rostro cansado y lleno de hondas arrugas. Sólo sus ojos se mantienen vivos, brillantes.

Se quita los ropajes y dos indios ebrios comentan:

"Ora sí que s'iacabó el Carlos Mango. . ."

"Sí, ahoy ya volvió a ser el pinche de mi compadrito Tanilo Santos."

Y Tanilo Santos busca el calor de la lumbre y se deja mirar de la gente que lo rodea.

"Nada atrae más en la noche que una fogata. . ." piensa el narrador, y se acerca a los indios. "Y nada más estimulante que la amistad de un buen trago de mezcal," se dice, tendiendo la botella a Tanilo Santos. Este toma y pasa la botella a todos sus amigos antes de devolverla al narrador, quien pronto se separa del grupo para dirigirse hasta la balaustrada del atrio.

Pasan largos minutos sin la reacción esperada, pero por fin, Tanilo se levanta y, simulando gran indiferencia, camina hasta la balaustrada; quiere reanudar sus relaciones amistosas con. . . la botella de aguardiente. . .

Luego se acerca y el narrador le pregunta:

"¿Qué dice Atlacomulco, Tanilo Santos?"

"Humm. . . Pos allá se quedó," dice Tanilo y se vuelve a mirar el río.

El narrador saca la botella, la pone frente a sus ojos, la agita, le quita el corcho y la huele; luego toma un trago y chasquea la lengua. Todos estos movimientos son seguidos por la vista de Tanilo que parece un perro hambriento que aguarda el bocado.

"¿Y qué dice México, patroncito?" dice Tanilo.

"Pues, allá se quedó," responde secamente el narrador al tiempo que mete la botella en su bolsillo. Sin más, vuelve la cara al río.

Tanilo se queda desconcertado, pero después de poco vuelve a hablar. Dice que los de Atlacomulco tienen disgustos: don Donato Becerra está enfermo y todos han venido a pedir que el Santo de Chalma lo salve. Parece que don Donato es un hombre muy malo y los mazahuas quieren que se alivie para acabar con él después. Los indios han gastado más de doscientos pesos en la caminata y en arreglar la danza, y Tanilo está seguro de que, a estos precios, el servicio que le piden queda muy bien pagado.

Don Donato ha robado marranos y terneras a Cleto Torre, y cuando Tanilo y Cleto se quejaron, don Donato negó y dijo que eran puras "levas" de los indios, y Tanilo y Cleto fueron encerrados en la cárcel. Cuando don Donato quería ser diputado, Tanilo lo ayudó, pero después, aquél no se acordó de sus amigos "si no es para trasquilar la borregada."

Donato habló de la Revolución, del "pobretariado" nacional, y del Sinarquismo: de todo eso los indios no entienden nada y don Donato se apoderó de un rancho, envió a los indios para hacer colonos a los ricos del pueblo y se apoderó de los mejores potreros, al mismo tiempo diciendo que era amigo de los pobres. Por eso hay tantos que piden limosna en Tlacotepec.

En Orocutín vivía una muchacha de quien don Donato "andaba apasionado"; la raptó, hirió a su madre; y amarró a su padre después de apalearlo. A los seis meses, regresó a su casa la pobre muchacha; don Donato la mandó a pie y sin más bastimento que el que llevaba adentro.

Todo esto determinó a los mazahuas a acabar con don Donato. Los de Tlacotepec eran los primeros en intentar el plan: un joven

se acercó al hombre cuando estaba borracho y le pidió unos centavos. Resultado: tres manchas de sangre "en el lomo" de don Donatito. Ahora ni los de Orocutín ni los de Atlacomulco quieren que se muera. Por eso han venido a pedir al Señor de Chalma un milagro.

Comentario

Es curiosa la idea de los indios de pedir que se alivie don Donato para luego acabar con él. Es interesante la combinación de sentimientos; el cristiano que impide pedir la muerte del enemigo, y el afán de destruirlo. La solución es ingeniosa: pedir que se cure "pues acaso las heridas suficiente graves para causarle la muerte." La muerte vendrá después o de los de Orocutín o de los de Atlacomulco.

El diálogo entre el narrador y el indio es una muestra de la paciencia que se requiere para vencer su astucia y su hermetismo.

Nuestra Señora de Nequetejé

En Nuestra Señora de Nequetejé el autor nos da una buena idea de la curiosa mentalidad de los indios.

El "test" de la psicoanalista era muy interesante. Tenía reproducciones de obras maestras de pintura y con ellas quería descubrir qué interesaría a los indios: el color, la forma, la composición o el significado de la obra.

Los indios de aquel pueblo -- Nequetejé -- miraban con admiración las láminas, pero cuando la psicoanalista preguntaba, los indios no eran elocuentes.

Había una lámina que, en particular, excitaba la admiración colectiva: "Esa es la más chula. . . la más galana," solían decir cuando pasaba delante de sus ojos alucinados; "linda como ninguna,"

decían de la Gioconda de Leonardo da Vinci.

Más tarde, en México, el autor visita a la psicoanalista para saber de las conclusiones que alcanzó con el "test". Ella dice que se trata de un estado de neurosis colectivo; todos al ver la Gioconda se han visto a sí mismos: la sonrisa indecisa, el color amarillento de la piel, la serenidad, el tocado, el traje, hasta el fondo rocoso hace al indio pensar en sí mismo, en su propia serranía. Para comprobar los rasgos de semejanza buscan la reproducción en el álbum; pasan ante sus ojos todas las láminas, una vez, dos veces, pero ha desaparecido la Gioconda.

Un año más tarde, el autor tuvo que verificar ciertos informes vagos y regresó a Nequetejé. Esta vez se le improvisó una alcoba en la sacristía de la capilla. Pronto se dió cuenta de que su presencia inquietó a la gente. Una anciana se llegó hasta él y le dijo:

"Todos sabemos a lo que vienes; cuídate. . ."

Luego un hombre se le acercó; "Si tu sales con la tuya, pagarás con el pellejo," le dijo.

Por fin, en la calle, se acercó a una de las viejas que lo miran y le pregunta: "¿Qué me ven?"

"No más pa mirar, a qui'horas te lo mueres, ladrón," responde la vieja con una sonrisa maligna.

El, sin responder, se va al templo. Allí está la Gioconda, enmarcada en un cuadro de madera de mezquite, del cual penden manojos de exvotos de plata. Los fieles "han dado la espalda al cristo indiano para entregar el rostro a la estampa florentina" a la cual se ha prendido la mística con increíble fortaleza. Pronto se da cuenta del peligro que corre si los indios suponen que viene a rescatar el

chromo robado.

Regresa a la sacristía donde el sacristán observa su turbación. Este le habla del caso, diciendo que conoce el origen del chromo; que cuando vino al pueblo lo encontró entronizado y trató de retirarlo de la iglesia, pero encontró una oposición que llegó a tener caracteres agresivos. La llaman Nuestra Señora de Nequetejé, y aseguran que es milagrosa y su culto se ha extendido entre los indígenas de muchas leguas a la redonda. Vienen a verla en procesiones y en peregrinaciones; le cantan loas, y ejecutan en honor de ella danzas pintorescas, y sienten por el chromo una devoción ciega que sería muy difícil arrancar de los corazones.

Y allí está; la Mona Lisa, la jovial mujer del viejo Zanobi el Giocondo; en Nequetejé, con la virginidad, le atribuyen ser madre de Dios, y hacer milagros.

Comentario

Dos son ahora los puntos que fijan el interés del autor: uno es el de la atracción que la bella imagen ejerce en los indios hasta el extremo de despertar su devoción apasionada; otro, el del concepto de propiedad y de derecho. Consideran suya la imagen robada -- y en verdad, es suya por el nuevo valor que ellos le han dado; por ello, sería ladrón quien tratara de rescatarla.

En el aspecto de la fe, el autor ni define ni juzga: sólo parece insinuar preguntas sin respuestas: "¿Qué sabemos de milagros? ¿Existen en verdad o sólo en nuestra imaginación?"

La Cabra en Dos Patas

La Cabra en Dos Patas es un cuento divertido.

En un recodo de la vereda, Juá Shotá, el otomí, echó raíces. "Ofrecía al peregrino una jícara de pulque, en los precisos instantes en que las piernas flaqueaban y la lengua se pegaba al paladar." Su servicio era económico pero bien productivo pues era constante. Cuando mejoraron los negocios, y ya vendía Juá refrescos, cigarrillos y latas de galletas y mecapales y ayates, apareció María Petra con su niña, obediente al llamado de Juá Shotá, su marido. Con los años, la venta de Juá Shotá creció, y él ya era un hombre gordo, vestía ropa blanquísima y calzaba huaraches de vaqueta, y había traducido su patronímico: ahora la clientela lo conocía por don Juan Nopal. María Petra se ocupaba en las labores de la casa, y la niña María Agrícola crecía entre riscos y abras.

En las montañas, ella corría de peña en peña, mientras llevaba el ganado al abrevadero; comía tunas y mezquites; reñía con el lobo, espantaba al tigrillo, y lapidaba despreciativa al pastor su vecino que con sospechosas intenciones trató, más de una vez, de salirle al paso. La clientela de Juan Nopal aumentaba. Por la venta desfilaban los caminantes y con aquella clientela hacía su vida.

Un día, una pareja instaló su tienda de campo frente a la venta de Juan Nopal. El hombre era blanco, tenía prominente abdomen y movimientos un poco amanerados. Usaba lentes. Ella era joven, delicada, y tímida; usaba pantalones de burda tela que hacían resaltar las protuberancias glúteas, para regocijo de Juan Nopal y de sus clientes. Todas las mañanas él salía en busca de piedras que por la tarde remolía en su tienda para después observar el polvo.

Una tarde, María Agrícola llegó sofocada, y dijo a su padre:

"Eh, viejo; ése, el que tú llamas ingeniero; me siguió por el monte."

"Querría que lo ayudaras a coger esas piedrotas que a diario pepena. . ."

"¿Piedrotas? No, si parecía chivo padre. . . Daban ganas de persogarlo con bozal debajo de un huizache y voltearle en el lomo un cántaro de agua fría. . ."

Un día el ingeniero entró en la venta; habló mucho; el indio escuchaba y cuando María Agrícola pasó frente a ellos, el indio notó que el ingeniero tuvo un sacudimiento, y descubrió en sus ojos el brillo inconfundible. Al otro día, el hombre repitió la visita, esta vez con su esposa. Esa tarde la visita del minero fue grata a Juan Nopal.

Las visitas del ingeniero a la tienda menudeaban; mientras bebía limonadas, decía cosas raras que el indio apenas comprendía. Las cosas siguieron así hasta el día en que el ingeniero dijo a Juan Nopal que entre su ganado había una cabra que quería comprar pero cuando Juan contestó que en su tierra no se vendía el ganado, el ingeniero le aclaró que la cabra que quería tenía dos patas. El indio se rió, como si no hubiera comprendido que se trataba de su hija. El minero le ofreció diez pesos por ella.

El indio borró la sonrisa mientras el hombre le decía que saldría ganando un nieto mestizo que valdría más de diez pesos. El enojo se iba apoderando del indio a medida que el ingeniero ofrecía más, hasta llegar a veinticinco pesos. Al fin, habló en indio, y ofreció al hombre cien pesos por su mujer, diciendo que, como había dicho el hombre, la raza se mejoraría con la mezcla, y a él le daría un mestizo moreno bonito y trabajador.

El hombre, asustado, replica que eso es bestial y la mirada

de ambos se clava en un machete que cuelga al alcance de la mano del indio.

A la mañana siguiente, Juan Nopal descubrió que no estaba frente a su casa la tienda de campaña del ingeniero.

Comentario

La Cabra en Dos Patas es un ejemplo de la conducta de ciertas personas cuando tratan con los que consideran sus inferiores, en este caso el blanco con el indio. Lo más interesante y lo que está en perfecto acuerdo con la actitud simpatizadora de Rojas González con el indio es la reacción de Juan Nopal frente a la insultante oferta del forastero. Es en verdad graciosa la manera en que el indio vuelve el golpe al ingeniero.

El Diosero

El Diosero es el cuento que titula la colección.

En la selva, el autor llega a la "champa" de Kai-Ian; allí están las tres "kikas" de Kai-Ian: Jacinta, niña casi y madre ya de una indita lactante; Jova, una anciana fea y huidiza; y Nachak'in, hembra en plenitud. Jova tortea grandes ruedas de maíz; Jacinta revuelve entre las brasas del fogón un faisán abierto en canal del cual sale un olor agradable. Nachak'in, de pie, mira el trabajo de sus compañeras. El visitante pregunta por que no trabaja ésa, y Kai-Ian, con una sonrisa, dice que ahora no trabaja de día; a ella le toca subir a la hamaca de Kai-Ian.

Cuando está terminando de comer la pechuga del faisán, Kai-Ian muestra alguna inquietud; voltea hacia la selva, hincha la nariz para husmear; se pone en pie y sale lentamente para interrogar las

nubes con su mirada. Cuando regresa, anuncia que viene agua, mucha agua. . . El visitante dice que debe llegar a la "champa" de Pancho Viejo donde lo esperan. Kai-Lan ya no habla, y pronto gotas enormes comienzan a caer.

El rayo brama, la tormenta se abate, y la voz de la selva se acalla. En el río, el agua sube alarmantemente. Jacinta y Jova levantan un dique para evitar que el agua entre en la choza. Nachak'in está sentada en cuclillas en un rincón y Kai-Lan, con el mentón entre sus manos, mira como la tempestad crece en intensidad y en estruendos. En la "champa" nadie habla; el pavor supersticioso de los indios es menor que los temores del hombre civilizado.

Ahora Kai-Lan dice que ya los viejos dioses no sirven; empieza a hacer un dios nuevo, mientras las mujeres han vuelto discretamente las espaldas. De pronto, Nachak'in arriesga una mirada que Kai-Lan sorprende. Grita roncamente y convulso de ira, deshace la obra casi terminada. Cuando está seguro de que las mujeres no ven, construye de nuevo un dios fuerte y valiente que acabe con el agua. La tormenta sigue y el lacandón alterna destrucción y construcción de nuevos dioses inútiles. Cuando un dios más está a punto de ser concluído, la niña despierta y lo ve, el indio aunque con mueca benévola impaciente destruye al dios. Kai-Lan empieza una vez más. Ya es noche, y al fin Kai-Lan, después de asegurarse de que el nuevo dios no ha sido profanado por la mirada de las mujeres, sonrío y lo traslada a sus altares.

Mientras tanto, Jova empieza a asar un sarahuate; Jacinta deposita el maíz en el metate; y Nachak'in se ha tirado en la hamaca, descontenta de ver pasar así su noche de amor. El río ha crecido

tanto que amenaza destruir la milpa, y Jova, Jacinta, y el forastero tratan de construir un dique para salvarla; trabajan y batallan pero no hay nada que hacer. De súbito, notan que la tormenta ha cesado.

Kai-Lan sale del templo, lanza alaridos de júbilo, mientras Nachak'in se asoma por la "champa" y festeja con risas el contento de su hombre. Sin hacer nada para evitarlo, ella mira como el cuerpo del sarahuate se chamusca, se carboniza.

Jova, Jacinta, Kai-Lan y el visitante entran en la "champa"; Nachik'in se acerca y trata de echar un brazo al cuello del hombre-cillo. El la separa delicadamente, diciendo:

"Nachak'in ya no, porque hoy es mañana."

Y llama con suavidad a Jova, diciendo:

"Hoy no trabaja de día la Jova. . . A la noche sí, porque a ella toca subir a la hamaca de Kai-Lan."

El viajero se dispone a partir después de regalar a las mujeres unos peines rojos y un espejo que ellas agradecen con sonrisas blancas y anchas. Kai-Lan lo obsequia con un pernil de sarahuate que se escapó de la chamusquina; y él corresponde con un manojo de cigarrillos.

Kai-Lan lo acompaña cuando sale hacia el "caribal" de Pancho Viejo. Al pasar frente al templo, el lacandón dice:

"No hay en toda la selva uno como Kai-Lan para hacer dioses . . . ¿Verdad que salió bueno? Mató a la tormenta. . ."

Comentario

En este cuento, Rojas González continúa su tarea descriptiva de las costumbres de los indios, y entre ellas, hace notar la hospitalidad. A pesar de esto, no es aquí la hospitalidad lo fundamental

de la narración; ofrece el relato de un aspecto de la vida de los lacandones enfocada ahora en la superstición más ingenua; la de los dioses hechos con sus propias manos. Es ése otro cuento indigenista concentrado en las costumbres y con numerosos aspectos interesantes tanto por la variedad de incidentes curiosos como por el paisaje que adquiere caracteres casi humanos de fuerza malévola.

Los Diez Respónsos

Los Diez Respónsos se parece mucho a Los Dolientes, cuento de la colección CUENTOS DE AYER Y DE HOY.

En la cuneta encontraron el cuerpo, los brazos en cruz, en la cara morena una expresión de sorpresa; cerca del cuerpo, el borrico y, aun más cerca, "Tlachique", su perro. Así fue como encontraron a Plácido Santiago los que regresaban al pueblo de Panales después de hacer el "tianguis" en Ixmiquilpan. Todos quedaron consternados y rodearon el cadáver.

"Fue un automóvil."

"Yo crío'que una troca."

"Malditos sean, desde que l'es abrieron camino a estos diablos, naiden anda tranquilo ni en sus propios terrenos."

Una anciana humedeció con saliva sus dedos índice y pulgar y con ellos acarició las orejas amarillentas del cadáver a la vez que brotó de su boca una jaculatoria que corearon los otros.

Descargaron el borrico y unos jóvenes se hicieron cargo de los tercios de leña y del pellejo de pulque. Entre varios hombres pusieron el cadáver en el burro: las piernas abiertas colgaban sobre la barriga del animal; la pelambre de la cabeza braquicéfala se revolvía al impulso del aire frío de diciembre; todos se fueron.

Tras del animal iban los hombres y las mujeres a paso lento y solemne. Más de una vez, el cuerpo estuvo a punto de caer, hasta que un muchacho trepó la grupa del jumento para mantener en equilibrio al cadáver. A la retaguardia venía "Tlachique" jadeando al trotecillo que había tomado el jumento.

Sin hablar, Trenidá recibió el cadáver de su marido Plácido Santiago; la pena le impedía hablar. Con unas ramas de huizache barrió la tierra de la choza, roció con agua bendita las cuatro paredes, y con cal, dibujó en el piso una cruz. Con la ayuda de los vecinos, colocó al cadáver. Tuvo que atar las piernas, abiertas en compás por el vientre del burro. Después puso en el pecho del difunto una imagen de la Virgen de la Merced. Se sentó en cuclillas, se echó sobre la cabeza el rebozo y se quedó inmóvil.

Ya venían los dolientes; alguno puso en la tierra una vela de estearina; otro regó todo el pavimento con flores de zepoalxóchitl; una mujer puso a los pies del muerto un manojo de retama cuya fragancia llenó el ambiente; alguien inició el rezo.

El tío Roque Higuera informó que por su cuenta había mandado buscar al cura de Ixmiquilpan para que rezara diez responsos de a "tostón". La gente miró con admiración y reconocimientos al Tío; el pulque le había hecho ligera no solamente la lengua sino la bolsa. Pasaron la tarde, la anochecida, y la alta noche; el pellejo del pulque ya estaba vacío. El Tío Roque mandó otra ración y poco después el duelo iba convirtiéndose en tertulia. Todos hablaron en voz alta; no faltaba quien alabara al muerto por sus excelencias y por sus, hasta ahora no conocidos, méritos. De súbito se oyó un grito ululante: era Trenidá que daba voz a su dolor.

A la amanecida, las mujeres cabeceaban, algunos hombres dormían en el suelo, mientras otros hablaban a gritos de las penas del purgatorio, de los sufrimientos del infierno, y de la paz del cielo. Por fin, los gallos anunciaron la madrugada, mientras en el jacal cantaron el "miserere".

De pronto aparecieron a la puerta cuatro vecinos: en sus hombros, un cajón de madera fresca. Los compadres colocaron dentro del féretro el cuerpo de Plácido, y el Tío Roque llamó a Trenidá, quien dijo su último adiós a su marido. Luego el Tío Roque remachó los doce clavos con una piedra.

Ahora viene el señor cura de Ixmiquilpan, tripulando su viejo Ford. Todos se arrodillaron y el sacerdote asperja bendiciones.

"¡Pronto, pronto! -- dice el cura -- acabemos con esto, porque tengo un bautizo en Remedios y un viático en Tamaleras. . . ¡Pronto, pronto!

El sacerdote hisopea el ataúd, y empieza las oraciones después de extraer un breviario de la bolsa de su sotana. Tras recitar los diez responsos contratados, se disponía a bendecir el cadáver cuando le corta la intención una voz borracha; es el Tío Roque.

"Un momento, padrecito; conté los responsos y fueron diez, cabalmente. . . Pero ¿no quiere su mercé echarle uno de ganancia al dijuntito?"

El sacerdote, un poco enojado, afirma que va tan de prisa.

El Tío Roque insiste, recordándole que ellos podrían llamar al padre de Alfajayucan en caso que. . .

El cura recita la oración para la que, momentos antes, necesitaba el breviario; más que guía el breviario "resultaba un

elemento de gran brillantez en la liturgia. . ." Ahora no era necesario. . .

Cuando los cuatro muchachos, llevando el féretro en sus hombros, encabezan el cortejo, el Tío Roque da los cinco pesos al sacerdote. Este, al sorprender a Trenidá, sentada frente al fogón y comiendo frijoles a puñados, grita:

"¡Ave María Purísima! Cualquiera diría, hija, que te ha importado muy poco la muerte de tu marido. . . ¿Cómo es posible que tengas hambre en estas circunstancias? ¡Es tuyo, mujer, pecado de gula!"

La pobre Trenidá explica que, por beber pulque, nadie comió sus frijoles. Luego, con los ojos llenos de lágrimas, dice que Plácido se llevó el corazón con él, y que nadie podrá ocupar su lugar. . .

Sin comentar más, el sacerdote se va, mientras Trenidá, con las lágrimas escurriendo, mete de nuevo la mano en la olla.

"Claro -- dice -- dejarlos es un pecado, con lo caro que están ahoy. . ."

"Tlachie", mientras tanto, se relame y espera su turno.

Comentario

Otra vez, el autor nos presenta un cuento costumbrista, casi igual a Los Dolientes en cuanto a lo descriptivo. La parte narrativa es diferente. El aspecto de las costumbres, en total, es el mismo. A diferencia de Los Dolientes, aquí hay un sacerdote que, como todos que Rojas González presenta -- y presenta pocos -- en sus cuentos, es desagradable.

La Plaza de Xoxocotla

Este cuento lo relata al autor el viejo Eleuterio Ríos,

tata Luterio. La plaza de Xoxocotla es muy bonita, pero "tiene su historia" dice tata Luterio.

El era delegado municipal cuando un día llegó la comitiva de un candidato a la presidencia. Rumbo a Puente de Ixtla, tronó una rueda y todos vinieron a Xoxocotla en busca de sombra y de un trago de agua. El candidato era alto, serio, y muy callado; sus compañeros hablaban mucho y don Eleuterio escuchaba sin creer nada. Pero el candidato le leyó el pensamiento, y le preguntó qué era lo que más necesitaba el pueblo.

Eleuterio pensó que había que seguirle el juego y le dijo que era tan triste la plaza que a los del pueblo les gustaría una plaza bonita, con sus banquetas, sus prados, y su kiosko rodeado de faroles.

Cuando el candidato prometió a Eleuterio que el pueblo lo tendría, éste siguió, diciendo que tampoco tenían escuela ni maestra. El candidato prometió maestra y escuela. Eleuterio creyó que el candidato se estaba burlando de él, pero siguió diciendo que, aunque hay bastante agua, les faltan tubos y les gustaría una fuente en la plaza.

Entonces Próculo Delgadillo no puede aguantar la risa, pero el candidato, siempre muy formal, dice:

"Tendrán su plaza, su escuela, su fuente y su maestra."

Cuando se fueron el candidato y sus compañeros, los vecinos se le juntaron para reírse de los ofrecimientos del político; los jóvenes creían buenas las promesas y estaban muy alegres.

Pasó un año y, un día en que hacía un calor infernal, Eleuterio y el policía del pueblo estaban en la tienda de Trina Laguna "echándose un pulque" cuando llegó Tirso Moya muy azorado. Tirso traía la noticia que el Presidente lo buscaba. Sin darse prisa,

Luterio pidió otro jarrito de pulque sin cortar la plática con el policía. Ahora llegó Lucrecia Gerardo, diciendo también que allí estaba el Presidente buscando a Tata Luterio. A poco rato apareció Odilón Pérez con la misma noticia. Tan seguro estaba Luterio de que era un chiste que, sin apresurarse, terminó la plática, bebió los últimos tragos de pulque, y se fue a ver lo que pasaba.

Al acercarse a la plaza, con gran sorpresa, vió el Ford del candidato en la carretera, y, en la plaza, al candidato mismo rodeado de más de veinte muchachos mientras desde las puertas de sus casas las mujeres miraban con admiración. Lleno de vergüenza, Luterio se acercó y se dieron la mano. El Presidente no dejó de sonreír para decir a Luterio:

"Señor Delegado, hoy llegarán a Xoxocotla los ingenieros a levantar la escuela, a hacer la plaza y a meter el agua en los tubos . . . y pronto vendrá la maestra o sea la preceptora."

Cuando se fue el señor Presidente, todos en el pueblo lo siguieron. Nadie hablaba y él andaba por delante, caminando rápidamente; subió a su Ford, se fue saludando al pueblo con la mano.

Al regresar, todos los jóvenes se reían de los viejos, y Luterio dice que, desde entonces "les hace más caso a los jóvenes". Uno de ellos le pregunta qué pediría si viniese a Xoxocotla otra vez un candidato; Luterio responde que pediría que se levantara una estatua al Presidente del cuento. El joven está de acuerdo porque él y los otros muchos muchachos saben leer y los viejos han vuelto a creer en un hombre, como cuando creían en Emiliano, el de Anene-cuilco. . .

Luterio y el escritor convienen en que el único defecto que

pueden poner a la plaza de Xoxocotla es que le falta el monumento.

Comentario

Por primera vez, en este cuento aparece el aspecto cívico, pues nos muestra la presencia de un gobernante que promete y cumple; y el hecho de que la fe radica en los jóvenes y en actos de justicia y de interés hace renacer en los viejos la confianza perdida.

La Triste Historia del Pascola Cenobio

La Triste Historia del Pascola Cenobio es una tragicomedia.

Cenobio Tánori vivía en Bataconcica. Era joven y galán, estimado de los hombres y amigo de las mujeres. Tenía fama de ser el mejor bailarín de danzas ásperas, rigurosas y ancestrales; le gustaba lucir su arrogancia en ferias, festividades y velorios. No ganaba mucho: una humeante y olorosa cazuela de "guacavaque", un trozo de carne de res asada en brazas, un par de tortillas o un puñado de cigarrillos. . . eso, aparte las sonrisas y las caídas de ojos, los guiños, con que las mujercitas pretendían atraerse la atención de aquel bohemio silvestre, de aquel esteta rústico y arrogante.

Cenobio iba de pueblo en pueblo, de feria en feria, llevando su alegría, pero un día, en su mismo pueblo, la voluntad del trotamundos quedó atado a las pestañas chinas y tupidas de un par de ojos café oscuro. Emilia Buitímea logró pescar para sí a Cenobio Tánori, el "pascola" garrido y orgulloso.

Los viejos comentaban que eran buena pareja, pero las ancianas, con los pies mejor hincados en la tierra, comentaron que era lástima que Cenobio andara tan flaco de la bolsa. Los optimistas sugerían que el suegro, Benito Buitímea, era rico y sabría ayudar

al muchacho.

Pero Cenobio seguía siendo orgulloso: él nunca consentiría en vivir "a costillas" del suegro. Cenobio colgó para siempre sus amados "ténavaris" para contratarse como peón, mas la labor agobiante del peón de surco no da mucho. . . y los dos jóvenes estaban tristes.

Un día, unos blancos le ofrecieron que les sirviera como guía por el cerro de "El Mazocoba"; se trataba de descubrir vetas de metales preciosos, y la soldada era superior a la que lograba en las duras tareas agrícolas. Los indios no veían con buenos ojos este trabajo y Cenobio no se contrató tan pronto como se presentó la oportunidad. La necesidad, la urgencia latente en el corazón del indio, y la anuente actitud de Emilia acabaron por vencer.

Cuando regresó a Bataconcica, traía el bolso lleno pero tuvo que encararse a una situación bien desagradable: los "yoremes" viejos lo recibieron fríamente y algunos hasta se negaron a darle el tradicional saludo de bienvenida, pero el joven sufrió estoico los desprecios.

Una tarde, a media Calle Real, se encontró con Miguel Tojíncola, viejo enorme de cara negra, quien se acercó al danzarín para burlarse de él con carcajadas hirientes. Cenobio mordía sus labios y fingía no escuchar los insultos, hasta que el viejo lo llamó "toro-coyori", traidor, vil, vendido al blanco. . . y a la injuria repetida a gritos, acompañó un escupitajo que escurrió por la mejilla de Cenobio.

El muchacho contrajo su cuerpo, dió pasos atrás para dar un salto de víbora; nadie pudo contenerlo; el puñal prendió el pecho del anciano, quien rodó por tierra vomitando espuma bermeja.

Cenobio no trató de huir; lo aprehendieron las autoridades

y lo condujeron a la cárcel. En una esquina, Emilia miraba a su novio con los ojos estrellados de lágrimas; él levantó su mano en un tímido gesto de despedida.

A la cárcel acudía la gente para demostrar su afecto al pascola en desgracia. En el pueblo no se hablaba de otra cosa, pero la ley india era concluyente: Cenobio había matado, debería sucumbir frente al pelotón de milicias. . . Tal decía la tradición. . . a menos que la viuda del difunto, la Marciala Morales le otorgara su gracia. Marciala era una mujerona vecina a los cincuenta, enorme de cuerpo, huesuda de contornos, con un perfil de águila vieja. Se decía que ella había prometido ser implacable con el asesino de su marido.

La justicia yaqui está circundada por una ronda de formulismos y de prejuicios infranqueables; el pueblo, asistido de las altas autoridades tribales, es el que dicta la última palabra tras de discutir. En la plazuela de Bataconcica están reunidos en impresionante grupo los ancianos. Allí está Marciala Morales, la viuda, rodeada de sus nueve hijos y, frente a la multitud, un pelotón de jóvenes que esperan. Emilia, la amada, está ausente como lo impone la ley; sin embargo, está allí su padre; no esconde su emoción ante aquel dramático suceso.

Ahora viene Cenobio Tánori; marcha altivo, con paso firme, flexible. Está hermoso con las espaldas y el pecho desnudos para dejar lucir su musculatura; pendiente del cuello, collares de cascabeles; entre las piernas, a horcajadas, una manta de lana fina sostenida por fuerte cinturón de vaqueta del que penden pezuñas y colas de venado, y, en las pantorrillas los "ténavaris" que suenan al paso del danzante.

El Pueblo Mayor habla diciendo que la ley obliga a acusar siempre en defensa de los intereses, de la paz y de la concordia del grupo. Pregunta si el pueblo está de acuerdo en que al hermano Cenobio Tánori se lo mate como murió entre sus manos el hermano Miguel Tojíncola.

"Sí, máuser. . . ehui, máuser. . ." dicen los hombres.

Pero entonces las mujeres jóvenes hablan con voz débil y temblorosa, implorando a Marciala Morales que vea a Cenobio y que lo salve. La viuda ve con mirada dura a las mujeres que así imploran. Poco dura aquella mueca en el rostro de la vieja. Con los dientes apretados todavía, se vuelve hacia Cenobio Tánori que permanece erecto, orgulloso, magnífico en medio de la plaza. Su cara se ablanda, sus ojos cobran un brillo humano, desconcertante; su boca pierde los respliegues del rencor y da lugar a un gesto bobo, laxo, imbécil.

Los hombres se mantienen en su determinación; las mujeres continúan implorando.

De pronto, una voz chirriante y destemplada se oye; es la de Marciala Morales, quien de pie y rodeada de su prole, hace ademanes tratando de silenciar a la multitud. Todos los ojos se vuelven hacia ella.

"No, máuser, no -- grita. -- Este hombre ha dejado sin padre a todos estos hijos míos. La ley de nuestros abuelos dice también que si el "yoreme" muerto por otro "yoreme" deja familia, el matador debe hacerse cargo de los deudos del muerto y casarse con la viuda. . . Yo pido al pueblo que Cenobio Tánori, el "pascola", se case conmigo, que me proteja a mí y a los hijos del difunto. . . Eso pido y eso deben darme."

Siguieron instantes de un silencio profundo. . . y luego

bocas alteradas, gritos, carcajadas, injurias, cuchufletas. Cenobio quiso hablar, mas el ruido impidió que sus palabras fuesen escuchadas.

Marciala Morales, seguida de sus hijos, llega hasta Cenobio y lo toma por el brazo.

"Anda, buen mozo -- dice ella -- tú dormirás desde hoy junto a mí, para que descanses de lo mucho que tendrás que trabajar en mantener a esta manada de "buquis" que recibes como herencia del viejo Tojíncola que Dios tenga en su gloria por los siglos de los siglos."

Fue entonces cuando el "pascola" perdió sus bríos; cabizbajo y arrastrando los pies, sigue a su horrible verdugo. Las muchachas se niegan a mirar de lleno el ocaso de un astro, la muerte de un ídolo resquebrajado entre las manos musculosas y negras de Marciala Morales.

Comentario

Nuevamente, Rojas González nos señala algunas costumbres de los indios. Dije que es tragicomedia pues, en verdad, ambos elementos están presentes y grotescamente fundidos en esta narración: es trágica indudablemente para el pobre pascola la "misericordia" de Marciala. ¡Cuanto mejor habría él aceptado la muerte! Lo cómico está en la actitud aparentemente legalista de Marciala, en la realidad inspirada por el agrado que la hermosura de Cenobio le inspira. Las "cuchufletas" del populacho hacen más evidente lo grotesco de la situación.

También hay tragedia en la situación de la pobre Emilia, situación en la que el autor no hace hincapié, pero que se hace sensible cuando "vemos" partir a Cenobio sin ella.

Comentario sobre la colección

Esta colección lleva el título de uno de los cuentos que hay

en ella. Ya como tema, ya como fondo, el indio y sus costumbres están siempre presentes en los trece cuentos de este libro. La orientación profesional del autor se manifiesta en frecuentes ocasiones; en otras aparece de manera aún más evidente y directa. Hículi Hualula, El Cenizontle y la Vereda, Nuestra Señora de Nequetejé, y El Diosero mismo desenvuelven temas que surgen, si no como resultado de la investigación misma, sí en torno de expediciones científicas realizadas por el autor. Consigna en todos, casi siempre de modo incidental, datos antropológicos, como en Las Vacas de Quiviquinta y en Los Diez Responsos, cuentos en los cuales alude a caracteres antropométricos de determinados grupos indígenas.

La exposición de las costumbres es siempre muy gráfica; se extiende en pormenores que dan al cuadro precisión y veracidad de documento informativo. Pese a todo lo técnico que este método tiene en sí, la belleza literaria no aparece como cosa ajena, sino perfectamente conciliada con el tema. Situaciones como la descripción de la naturaleza -- pienso ahora en El Diosero -- han llegado a alcanzar tal fuerza y tal belleza que hacen sentir la magnitud misma del fenómeno; todo sin apartarse de la conciencia de que se trata de la naturaleza como personaje integrante del relato.

Como ya dije de todos los cuentos de esta colección, también en éstos, el indio y sus costumbres tiene lugar importante; más todavía en El Diosero las costumbres son, aparte la grandeza descriptiva del paisaje, lo dominante en el relato. Son también marcadamente costumbrista La Tona, Los Novios, y La Triste Historia del Pascola Cenobio. Los tres describen costumbres locales, que, además de ser interesantes como información, ofrecen caracteres de atractivo especial en cada

caso. En La Tona la costumbre de esparcir ceniza en torno de la choza para descubrir al animal protector del recién nacido, en las huellas que dicho animal deje al cruzar la línea, da lugar a un incidente graciosamente cómico: dar al niño el nombre de "Becicleta", pues de este "animal" fueron las huellas.

Los Novios, serie de cuadros costumbristas enlazados por una sencillísima historia, también encierra circunstancias atractivas por lo graciosas; aquí no se trata de un incidente especial, como en La Tona, sino de las costumbres en sí mismas, a propósito de la "petición de mano" de la novia.

La Triste Historia de Pascola Cenobio, aunque en verdad triste historia, no deja de parecer grotesca: Marciala explota su "dolor de viuda" y el rigor de las leyes de la tribu para atrapar al bello Cenobio. Por otra parte, Cenobio mismo ofrece al autor un buen pretexto para desplegar todas sus habilidades descriptivas y todo su conocimiento de la indumentaria del danzante.

Los cuatro cuentos restantes -- que también se desenvuelven sobre un fondo indígena -- tienen en común el hecho de desenvolverse en torno de temas tan compactos que constituyen anécdotas.

La Parábola del Joven Tuerto puede ser tomada como la expresión de un conformismo ingenioso o bien como la convicción de un milagro.

La Venganza de "Carlos Mango" es una anécdota de morbosidad ingenua.

La anécdota contenida en La Cabra en Dos Patas se reduce a la respuesta ingeniosa de Juan Nopal al ingeniero que creía sorprender la ignorancia del indio.

Ahora, en La Plaza de Xoxocotla, la anécdota es un ejemplo cívico a propósito de un Presidente que recuerda y cumple las promesas hechas durante su campaña.

CONCLUSIONES GENERALES

Para juzgar a Francisco Rojas González, se debe, ante todas cosas, tener en la mente su calidad de antropólogo; esto por lo que toca a su base cultural. No menos importante que su preparación científica es la inclinación personal de su simpatía hacia el indio y hacia todo lo con él relacionado.

La compasión, la simpatía, que sin duda derivó de su madre, no se limitan al indio. Sí lo ocupa la miseria física y moral inherente a la condición de incuria en que la sociedad mantuvo al indio, pero va más allá: se extiende a todo lo que implica dolor y penuria, a todos los desheredados de la sociedad y de la vida, — en lo material y en lo espiritual -- a la ignorancia, al hambre, a la depravación, a las debilidades humanas todas y, en contraposición, a las virtudes tales como fuerza moral, resignación, prudencia.

En ningún caso constituyen estos caracteres el foco de interés primordial del autor; él mismo dice:

"El cuento lo mismo que la novela debe estar subordinado a los intereses de la colectividad. No creo en el arte por el arte, sino en el espíritu de redención que debe mover la pluma del escritor. Tratar de comprender a la gente y despertar en ella sus anhelos por una vida mejor, ésta ha sido mi preocupación fundamental."

A lo largo de toda su obra pueden verse satisfechas tales aspiraciones. Su presentación de la miseria de los desafortunados, su saber penetrar en el alma de sus protagonistas impresionan al lector. Es gran observador y toca la hondura del dolor, pero no predica, divulga imágenes fieles de la vida torturada de los campesinos

y de los pobres. Anota y pasa adelante; lo demás nos lo deja a nosotros. Penetra no solamente el lenguaje y las costumbres sino también la psicología de los campesinos y de los indios.

La dedicación de gran parte de su vida al estudio de la etnología y de la sociología; el hecho de haber escrito varios libros y de haber colaborado en algunos otros, todos de importancia técnica sobre esas materias, se reflejan claramente en LOIA CASANOVA y en sus cuentos, especialmente en los de la colección EL DIOSERO, y de casi todos los de las otras colecciones. Los que no son de interés científico en su especialidad tienen el fondo del mismo medio en el cual se desarrollaron sus investigaciones. Los demás, casi todos entrañan interés sociológico, sea como casos normales de la vida: Pax Tecum, Un Par de Piernas, Silencio en las Sombras, Huarapo; o bien patológicos: El Loco Sisniega, Kid Lancaster, La Caldera, Un Nuevo Procedimiento. Fuera de estas apreciaciones, Historia de un Frac encierra dentro del impresionismo de su fantasía una imagen crítica del nuevo rico.

Por lo que se refiere a los temas, se observa en ellos la constante de la comprensión de las miserias humanas con atención especial en las clases menesterosas. Esto no obstante, la variedad de los temas ofrece atractivo aun para el lector que buscara en ellos el sólo entretenimiento de una lectura por diversión.

Su estilo es breve, conciso; la fluidez y la naturalidad dan a su expresión un aspecto de realismo que se refuerza con el uso de las palabras mismas que corresponden a sus personajes de acuerdo con su idiosincracia, según el medio en que se desenvuelven, y aun de su psicología individual. El realismo en él no significa la

presencia de situaciones crudas ni de palabras ofensivas. No dogmatiza; insinúa, establece una comunicación mental con el lector sin recurrir a más que a algún adjetivo bien empleado. No retoca el paisaje; lo ofrece como lo vió o como podríamos verlo.

Transmite su filosofía de una manera intangible, valiéndose sólo de la consignación de los hechos que llevan al lector a intuirlos.

El diálogo, para él, parece secundario; lo hay sí, pero reducido al mínimo, no sólo cuando los interlocutores son, por idiosincracia, gente parca en expresiones -- gente del campo, indios -- sino en todas las ocasiones. Sus retratos son también concisos, pese a lo cual alcanzan una representación completa del tipo, tanto en lo físico como en lo espiritual. Logra esto por medio de su gran recurso: la adjetivación prudente.

Algo curioso que fija la atención del lector es el dato de que, de los 222 personajes que aparecen en sus cuentos, sólo a 115 les da nombre -- y a algunos hasta apellido -- y la variedad que alcanzan los nombres no va muy lejos. Algunos de ellos emplea hasta cuatro veces. En este caso, que podría atribuirse a falta de imaginación, el autor está indudablemente a salvo de tal sospecha; acaso sea despreocupación por la poca importancia que el hecho tiene en sí mismo o también pudiera ser una de sus notas realistas y que, posiblemente, hayan sido los nombres que emplea, los verdaderos de las personas que inspiraron sus narraciones.

En torno de su realismo hay algo más: no es la expresión escueta de los hechos vestidos con las galas narrativas para lograr un cuento; su realismo costumbrista es, como el de Angel de Campo, una protesta implícita contra los desniveles de la sociedad. En

ambos, se deja ver la inclinación de sus sentimientos compasivos y, frecuentemente, la esperanza de redención que es su meta. Su posición, pues, en la literatura mexicana alcanza la respectabilidad de altura que logró aquél, aunque ni uno ni otro, por la limitación impuesta por el tiempo, llegaron hasta la cima que era de esperarse de su calidad.

En suma, es Francisco Rojas González un escritor de impulso social cuya obra infortunadamente fue cortada por la muerte.

BIBLIOGRAFIA DIRECTA: LAS OBRAS DE FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

1. Historia de un Frac. Editorial Libros Mexicanos, primera edición, México, 1931.
2. . . . y otros cuentos. Editorial Libros Mexicanos, primera edición, México, 1931.
3. El Pajareador. Ediciones Río; A del Bosque, Impresor; México, 1933.
4. Sed Editorial "Juventudes de Izquierda"; primera edición, México, 1937.
5. Chirrin y La Celda 18. Editores Pablo y Enrique González Casanova; Colección "Lunes", número 2: primera edición; México, 1944.
6. La Negra Angustias. Compañía General de Ediciones, S.A., México; tercera edición; México, 1955.
7. Cuentos de Ayer y de Hoy Editorial Arte de América; primera edición; México, 1946.
8. Lola Casanova. Edición y Distribución Americana de Publicaciones, S.A.; México, 1947.
9. El Diosero. Fondo de Cultura Económica; tercera edición; México, 1956.

BIBLIOGRAFIA INDIRECTA

1. Azuela, Mariano: Los de Abajo; Editorial Pedro Robredo; México, 1938.
2. Caso, Alfonso: "El Problema Indígena" en México: realización y esperanza; Editorial Superación, primera edición, México, 1952.
3. Caso, Antonio: El Problema de México y la ideología nacional; Ediciones Libro-Mex, S de R.L. de C.V., México, 1955.
4. De Cuéllar, José Tomás: La Linterna Mágica; Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1941.
5. Flores Magón, Enrique: Superación del espíritu en México: realización y esperanza; Editorial Superación, primera edición, México, 1952.
6. González Peña, Carlos: Historia de la Literatura Mexicana desde los orígenes hasta nuestros días; Editorial Porrúa, quinta edición, México, 1954.

7. Hespelt, E. Herman: An Outline History of Spanish American Literature, Crofts and Company, New York, 1941.
8. Leal, Luis: Breve Historia del cuento mexicano; Ediciones De Andrea, Manuales Studium, número dos, primera edición, México, 1956.
9. López y Fuentes, Gregorio: Cuentos campesinos de México; Colección de autores mexicanos, Editorial Cima, México, D. F., 1940.
10. López y Fuentes, Gregorio: El Indio; Ediciones Botas, tercera edición ilustrada, México, 1945.
11. López y Fuentes, Gregorio: Tierra; Ediciones Botas, segunda edición, México, 1946.
12. Martínez, José Luis: Literatura Mexicana del Siglo XX; Editorial Porrúa, primera edición, México, 1949.
13. Micros (Angel del Campo): Semanas Alegres
14. Ochoterena, Isaac: Las Cactaceas de México; Publicación de la Escuela Nacional Preparatoria, Editorial Cultura, México, 1953.
15. Torres-Rioseco, Arturo: The Epic of Latin American Literature, Oxford University Press, New York, 1942.

Revistas y Periódicos

1. Abreu Gómez, Ermilo: ". . . y otros cuentos" en El Universal Ilustrado XVI, número 780, Abril 21, 1932.
2. Benítez, Fernando: "Entrevista: Francisco Rojas González, Primer Premio Nacional de Literatura" en El Nacional, noviembre, 1944.
3. Cuevas, Mariano: Historia de la nación mexicana, tercera parte: México Independiente, primera edición, México, 1940.
4. Datos obtenidos directamente de la familia del autor.
5. Jacobson, Rafael: "Francisco Rojas González: Cuentos de Ayer y de Hoy" en Letras de México V, octubre, 1946.
6. Lozano, Rafael: "El Pajareador" en Crisol, número 70, octubre, 1934.
7. Mancisidor, José: "Pancho Rojas González" en El Nacional, XXVII, número 8, 175, diciembre 17, 1951.
8. Parkes, Henry Bamfel: A History of Mexico, Houghton Mifflin Co., first edition, Cambridge, Mass., E.U.A., 1938.

9. Soto, Jesús S.: "Francisco Rojas González y sus cuentos" en El Libro y el Pueblo X, número 20, diciembre, 1932.
10. Soto Soria, Alfonso: "Huicholes" en Artes de México, número 7, enero-febrero de 1955.
11. Wasson, R. Gordon: "En Busca del Hongo Mágico" en Life en Español, 3 de junio de 1957.



ESTE LIBRO
NO SALE
DE LA BIBLIOTECA



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE MANIZABAZA
PARA ESTUDIANTES